



Destino: Granada

Teresa Mateo

Teresa Mateo

Destino: Granada

Teresa Mateo 2016
Destino: Granada

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor.
Depósito legal Safe creative
1604067163754

teresa196mateo@yahoo.com

Prólogo

—¿Qué te vas a dónde?

—Te has enterado perfectamente, me voy una temporada a Granada.

—Definitivamente te has vuelto loca. —Se ofendió Griselle, su hermana mayor.

—Sabes que no, estoy cansada de hacer siempre lo que se espera de mí. No me habéis dejado tener vida propia y ahora necesito ser alguien, necesito hacer algo por mí.

—Ya eres alguien, deja de decir sandeces.

—Sabes muy bien que no son sandeces y no voy a cambiar de opinión. En cuanto tenga el pasaje me voy una larga temporada. Dejaré de ser el blanco donde descargan tus amistades sus burlas. O ¿creías que no me daba cuenta de los comentarios? “Pobrecita, se ha quedado para vestir santos”. O, “Claro, es tan sosa, con esas pecas y ese pelo color zanahoria”. “¿Quién se va a casar con ella?” Y vosotras, que se supone que sois mis hermanas, acolitando y riendo las gracietas de vuestras amistades. Pues eso se acabó, he tomado una determinación y pienso cumplirla.

—Si no te has casado, es porque no has querido —la cortó tajante.

—Si no me he casado, es porque no me habéis dejado —replicó Kate—. Siempre que me fijé en algún hombre, lo espantabais Anastacia y tú, diciéndole sabe Dios qué. Solo estabais esperando que escogiera a vuestro candidato, y ni muerta me casaría con ese sinvergüenza.

—No, a ti te pretendía el príncipe Carlos. ¡Espera, no! Tu tenías que haberte casado con el rey Felipe, así vivirías en España, ya que tanto te gusta —su sarcasmo destilaba crueldad.

—A lo mejor, si no hubiese estado ocupada criando a vuestros hijos, lo habría hecho.

—Dijo esto último apretando los dientes, por no sacar trapos más sucios que aquellos, (que los había). No creyó conveniente en aquel momento decir nada más. Subió corriendo las escaleras que llevaban a su habitación y en media hora tenía hecho el equipaje.

De eso hacía como quince días, quince días en que todo el mundo se negaba a creer que fuese capaz de realizar su propósito.

Y ahora estaba allí, sentada en un banco; en un país extraño, con un idioma extraño, rodeada de extraños, sin saber qué hacer... y muerta de frío. Cuando llegó le pareció una temperatura estupenda, pero a medida que se echaba la tarde encima, la temperatura había descendido considerablemente. En ese momento tenía un frío insoportable, y no era solo que hiciera demasiado fresco, es que además lloviznaba y la humedad le calaba los huesos. Los nervios también contribuían al malestar que sentía, la hacían tiritar, además la ropa que llevaba era demasiado fina para aquel clima.

¿Cómo había llegado a esto? ¿Qué había pasado para que todo le saliese tan rematadamente mal? Se preguntaba.

Capítulo 1

El vuelo en sí ya le había parecido excesivamente largo, pero

dada su animadversión por las alturas, se había tomado una pastilla relajante antes de subir a bordo, y no tenía claro cuanto rato había estado durmiendo. De todos modos hacía horas que había despertado y no había manera que el dichoso avión tomase tierra.

En aquel momento debió darse cuenta que algo estaba fallando, pero el miedo a volar la volvía irracional y no pensó. Ni siquiera preguntó a la azafata por qué su reloj marcaba las siete de la tarde, cuando habían dicho que aterrizarían a la una y veinte del mediodía, hora local y solo había una hora de diferencia con España.

Según todos los relojes eran las dos menos cuarto cuando pasaba por la aduana y le sellaban el pasaporte. El equipaje lo había facturado directamente al hotel un día antes. La asistente de la agencia de viajes se lo había recomendado, así no llevaría tantos bultos, siendo que viajaba sola.

El aeropuerto le pareció enorme, aquello también debería haberle dado alguna pista, pero estaba tan contenta de estar por fin en Granada, que ni siquiera miró la enormidad de su alrededor. Atravesar todo aquello la agotó casi antes de empezar. Así que se sentó a tomar un té, antes de salir a la calle a buscar un taxi que la llevase al hotel.

Cuando se levantó de su asiento para irse, el bolso que había colgado en el respaldo de la silla... había desaparecido.

Y allí estaba ella, sin una libra en el bolsillo. Muerta de frío, esperando un milagro...

Estaba fuera de la terminal, sentada en un banco, con los pies encima del asiento y rodeándose las rodillas con los brazos intentando darse calor. No tenía medios para tomar un taxi. No tenía teléfono móvil, con qué llamar a su casa y decirles lo que le había pasado, ni siquiera unas monedas para hacerlo desde un teléfono público.

No solía ser una persona dada a los histerismos, pero en aquel momento o sucedía el milagro, o entraría en shock.

—¿Puedo ayudarla en algo señorita?

Uno de los taxis que esperaban clientes paró delante de ella, se bajó un apuesto joven, que si ella hubiese estado en plena posesión de sus facultades mentales, se habría dado cuenta que era realmente un bombón. El bombón se acercó a ella y le preguntaba algo en español. No tenía ni idea de lo que le decía, solo entendió lo de señorita.

—*No, thanks* —susurró sin ser capaz de entenderle.

—Es muy tarde, no debería quedarse aquí mucho tiempo —argumentó, viendo que ni siquiera levantaba la cabeza para mirarlo—. Si está esperando a alguien, a lo mejor debería entrar dentro, es peligroso quedarse aquí.

—*No, thanks* —volvió a contestar, continuaba sin asimilar lo que le decía.

Se acercó a ella y le tocó el hombro. Viendo que no reaccionaba, le levantó la cara con la mano y le secó con el pulgar una lágrima que rodaba traidora por su mejilla. En aquel momento, y aunque solo fue un instante, se cruzaron sus miradas. Sebastián supo que no podía dejarla escapar, la conexión había sido totalmente abrumadora, esperaba y deseaba que ella hubiese sentido lo mismo que él.

—Está helada —le dijo, friccionando sus brazos— no sé qué le ha pasado pero este no es sitio para una mujer tan guapa como usted. Tengo el taxi *parqueado en el andén*. ¿quiere que la lleve a algún sitio? —viendo su cara de susto, se apresuró a replicar—. Tranquila, no le voy a hacer daño, y si no tiene dinero, no se preocupe, no le voy a cobrar. Total ya me iba para casa, será como acompañar a una amiga, y, si es tan bella como tú, mucho mejor —le sonrió tuteándola por primera vez, intentando transmitirle confianza.

No estaba entendiendo casi nada de lo que le decía. Kate pensaba que dominaba el español, pero ahora se daba cuenta que no sonaba igual que cuando lo estudiaba. Aquel joven... aquel Adonis, mejor dicho, quería llevarla en un taxi y no tenía idea de lo que le proponía. Solo atendía a su corazón, que al tenerlo tan cerca se había acelerado con su presencia y no era precisamente miedo lo que sentía. Se lo quedó mirando con cara de tonta. En sus treinta y nueve años de vida, jamás había visto un hombre tan guapo como aquel, como no fuera en el cine, y, por descontado, esos estaban fuera de su alcance. Se ruborizó al mirarlo tan fijamente, pensando que se le notaría en la cara la miserable vida amorosa que había tenido. Sintió la necesidad de dejarse llevar, lo que le propusiera estaría bien, con tal de estar cerca, pensaba.

—*Thanks* —volvió a repetir— *I need to go to Granada*.

Le habló como se le habla a un niño pequeño, casi deletreando las palabras, pensó que si ella no lo entendía a él, no tenía él por qué entenderla a ella.

—¿Granada? —preguntó perplejo.

—*Yes, Granada... hotel Victoria* —contestó Kate.

—Pero Granada está muy lejos, además, ese hotel no lo conozco —dijo Sebastián confuso.

—*Granada ¿That's very far?*

—Sí, Granada está muy lejos, además supongo que querrás ir a Granada, Antioquia —dijo, en un inglés mucho más que aceptable.

—Claro que quiero ir a *Anda-lusía*, quiero ver el Patio de los *Lions* y la *Al-jambra* —intentó responder en español—. Hay cosas muy bonitas en Granada y quiero verlas todas —contestó retomando el inglés, algo más relajada, al ver que podía comunicarse en su idioma y no por señas.

—Me da la impresión que estamos hablando de lugares muy diferentes, toda mi vida he vivido en Colombia y no conozco nada de lo que me dices, me suena más a otro país bien alejado de aquí.

De pronto, una oleada de gente empezó a salir del aeropuerto. Acababa de aterrizar un vuelo y todo el mundo vociferaba pidiendo un taxi, así que se le perdieron las últimas palabras que había pronunciado Sebastián.

—Ven —conminó el joven taxista, tendiéndole la mano—. Tomaremos un café y me cuentas que ha pasado.

—No puedo ir a ningún lado, además, no te conozco ¿por qué querrías invitar a café a una vieja solitaria?

—Sebastián Suárez —se presentó alzándola y ayudándola a levantarse—. Yo soy un caballero, y un caballero nunca deja sola a una dama en apuros.

—Kate Cameron —dijo algo azorada estrechándole la mano, una mano cálida y acogedora como su sonrisa, un tanto descarada... adorable. ¿Qué le estaba pasando? Se veía muy joven, por muy caballero que dijese él que era.

La miró a la cara. Le separó un rizo rebelde que había osado escapar de la tupida trenza que siempre llevaba colgando de su hombro derecho, y, como algo natural, pasó su brazo por la cintura de ella y la acompañó hasta el taxi. Una vez allí, como el caballero que decía ser, le abrió la puerta trasera y cuando ella se acomodó en el asiento, la cerró. Kate se dejó llevar, no podía apartar la vista del espejo retrovisor, quería ver la cara de aquel joven, no solo su nuca, aunque también tenía unos ricitos adorables. Pensó que el papel de caballero se lo tenía muy bien aprendido. Aunque alguien le había dicho que los andaluces tenían mucho sentido del humor. “Eso debía ser”, se dijo captando la broma.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Granada? —preguntó Kate, una vez dentro del taxi.

—De eso hablaremos en la cafetería, cuando entres en calor y me expliques a dónde realmente es que vas, porque no me ha quedado demasiado claro.

El viento de la noche había desecho y alejado las nubes, dejando pequeños jirones diseminados a la luz de la brillante luna, una luna mágica que se reflejaba titilante en todas las gotas y charcos esparcidos por el entorno, simulando las estrellas que faltaban en el cielo.

Hicieron el resto del trayecto en silencio. Después de unos quince minutos, Sebastián estacionó en el parking de un restaurante de carretera, en el que a aquellas horas, parecía ser punto de encuentro de taxistas en retirada. Se acomodaron en una mesa y él, muy caballero, le preguntó qué deseaba tomar.

—Un té, por favor —dijo toda nerviosa ante su arrolladora personalidad.

Sebastián se sentó frente a Kate y se la quedó mirando fijamente. No necesitaba demasiado para sentirse incómoda, hacía tiempo que había perdido la costumbre de estar a solas con un hombre y menos con un ejemplar como aquel. Era como su ángel de la guarda, pero con apariencia de diablillo. Llevaba el pelo alborotado en la frente, un pelo de color rubio claro con unos reflejos avellana que le daban un aire a Daniel el travieso. Unos risueños ojos verdes completaban aquel aspecto de yo-no-he-roto-un-plato que Kate estaba segura, hacían que cualquier mujer se volviera loca. O por lo menos le estaba pasando a ella, ya que le estaba costando incluso respirar.

Al sentarse a la mesa, Sebastián tomó la mano de ella para infundirle ánimo, el mismo que estaba seguro que necesitaría y mucho, cuando le dijese lo que creía él que tenía que saber.

Una mano a la que ella se aferró y que le pareció de lo más sensual. Qué mal tenía que haberle sentado el viaje para estar pensando que la mano de un hombre pudiera ser sensual, se decía, pero es que lo era. Advirtió que se la estaba reteniendo algo más de lo normal, puesto que una corriente, algo así como una descarga atravesó su brazo. De pronto, le soltó la mano, como si estuviera electrificada. Al notarlo Sebastián una sonrisa afloró a sus labios. Kate de nuevo se ruborizó al darse cuenta que lo estaba mirando fijamente y alejó la mano de golpe, como si se quemara.

—Tranquila, mientras no nos sirvan, no me hace falta —bromeó Sebastián con falta de tacto, viendo como Kate se sofocaba.

—Lo siento —dijo bajando la vista, limpiándose una mancha inexistente de la falda.

“Salvada por la campana”, pensó cuando llegó una camarera con el pedido. En ese momento su estómago, ingrato, gruñó debido a los aromáticos efluvios del té, y a las horas que hacía que no ingería nada sólido.

—¿De verdad no quieres nada más? —sugirió, al oír el rugido traidor que salió de su tripa.

—No, no, de verdad, con un té será suficiente.

—*Mesera* por favor, tráiganos unas *arepas con queso*.

—No, gracias, no te molestes, cuando llegue al hotel ya comeré —protestó Kate, aunque no sirvió de nada, él ya había hecho el pedido a la camarera.

—Esa es la otra cuestión por la que estamos aquí —carraspeó con cara de circunstancias—. Creo que no entendí bien el nombre del hotel donde tienes la reserva, pero es que creo que no conozco ningún hotel con ese nombre.

—Hotel Victoria, me indicaron en la agencia que está en el centro de Granada. Dijeron que así tendría acceso a buses y, si quería caminar, estaba todo bastante cerca, como me han robado todo, no tengo la dirección exacta, lo siento.

—¿Granada Antioquia o Granada Meta? ¿Porque no será Nueva Granada? —enumeró Sebastián.

Se quedó perpleja, no sabía que en Andalucía hubiese más de una ciudad con el mismo nombre. En aquel momento sirvieron las *arepas*, unas tortas de pan, calientes y rellenas de queso crema, con un aroma delicioso, así que su estómago, de nuevo se hizo presente. Sebastián, como el caballero que de verdad era, Kate y no

le quedaba la menor duda, la obligó a comer una. Le sentó de maravilla y hasta empezó a ver con más claridad el lio en el que estaba metida.

—¿No estoy en España? ¿Verdad? —inquirió, con miedo a la respuesta.

Por la cara que puso, supo sin necesidad de palabras que la respuesta era negativa. Kate, en aquel momento, pensó que se le había acabado el mundo, qué iba a hacer ahora, sin dinero y sola en un país del que lo desconocía todo.

Quiso que se la tragara la tierra, pero no era una opción. Solo la invadió una sensación de mareo que revolvió todo su estómago y una opresión en el pecho, a la que con mucho esfuerzo, consiguió ignorar.

—No es por desanimarte, pero estás al otro lado del Atlántico, estás en Sudamérica, en Colombia y más concretamente en Bogotá. —Dijo Sebastián, confirmando sus temores.

—¡Dios mío, ¿qué puedo hacer ahora?! —susurró más para ella, que porque él pudiera darle una solución al monumental embrollo en el que estaba metida.

—Voy a proponerte una cosa, pero no quiero que pienses mal. Puedes pasar la noche en mi casa, es muy tarde. Mañana me cuentas exactamente qué ha pasado, y con calma, intentamos buscar una salida a todo este lio.

—No creo que sea muy conveniente, pero en este momento creo que no tengo otra alternativa —accedió.

Llegaron a su casa, un apartamento, que a decir verdad, Kate no esperaba que fuese tan coqueto y estuviese decorado con tanto gusto. Se abstuvo de preguntar si lo había decorado él mismo o no, al fin y al cabo aquello no era de su incumbencia, pensaba mientras lo recorría con la mirada. Dormiría aquella noche allí y por la mañana sería el momento de tomar decisiones. Se sentaron en el sofá, un enorme sofá negro de piel, que cubría casi la totalidad de una pared. Un poco por encima, ella no tenía intención de entrar en detalles, le explicó que su sueño siempre había sido viajar a Granada, tenía muy buenos recuerdos de las vacaciones de su infancia, pero de mayor por diferentes circunstancias nunca pudo volver a hacerlo. Ahora que sus sobrinos ya eran mayores y no la necesitaban, quiso darse la oportunidad de volver a la ciudad de sus sueños. Lo del avión no tenía explicación posible, le dijo que cuando habían llamado para embarcar indicaron muy claramente, pasajeros con destino a Granada puerta de embarque tres, y ella había pasado por la puerta número tres. Esto es cosa de druidas, dijo, terminando el relato como si los dioses se hubiesen confabulado contra ella.

Sebastián rió ante aquella ocurrencia y le dijo que no se preocupase, que seguramente tenía una explicación mucho más terrenal que todo eso, y que por la mañana intentaría averiguar qué había pasado en realidad.

—Pensarás que soy una inútil —murmuró.

—No es lo más normal equivocarse de puerta de embarque en un aeropuerto, pero estoy seguro que no eres la primera, ni serás la última persona a la que le pase —corroboró Sebastián. Supuso que lo decía por hacerla sentir mejor, aunque por supuesto no lo creyó.

Después de que Kate confesara su error y pusiera de manifiesto el poco mundo que tenía, Sebastián la invitó a pasar a la única habitación del apartamento, el resto era de tipo loft en un único espacio, se notaba que era enteramente masculina, por su decoración, aunque no por su orden. Estaba todo impecablemente ordenado e impoluto. Los sobrinos de Kate, jamás habían tenido la habitación tan ordenada y eso que la asistenta se pasaba la mitad de su tiempo en ellas, pensaba ella viendo tanta pulcritud. No era muy grande, pero la cama era de matrimonio, con un pie de cama muy práctico y un armario que ocupaba toda una pared. A un lado de la cama en vez de mesita de noche, había una estantería llena de CD's y libros, pudo ver que la mayoría versaban sobre música y músicos de todos los estilos. En el otro lado, un equipo de música de última generación y un par de guitarras. El edredón en tono negro, con una franja de rayas blancas en el centro y muchos cojines, conformaban el resto de la decoración

—Buenas noches, descansa, mañana veremos qué hacer — le deseó Sebastián, cogiendo unas sábanas para dormir en el sofá.

—Buenas noches, pero, por favor, yo puedo dormir en el sofá. De verdad que no quiero molestar —contestó.

—Te repito que no es molestia, intenta dormir — insistió.

—Gracias de nuevo, lo intentaré— respondió, a sabiendas que no pegaría ojo en toda la noche.

No, no pudo cerrar los ojos pero no por lo que había pensado, no pudo dormir porque cada vez que cerraba los ojos estaba Sebastián dentro de su cabeza. Aquello era algo que jamás le había pasado. Normalmente ningún hombre le había quitado el sueño y mucho menos la había desviado de sus pensamientos más perentorios, ella siempre había estado por encima de todas esas cosas... por lo menos desde aquel triste suceso.

Un calor abrasador recorría su cuerpo cada vez que pensaba en el hombre que tenía al otro lado de la puerta y aquello era nuevo para ella. Caballero sí que lo era, pensaba Kate, Le había cedido su cuarto y por mucho que repitió que podía dormir perfectamente en el sofá, de ninguna manera accedió. Así que allí estaba ella, en la habitación de Sebastián, metida entre sus sábanas, desnuda, aspirando su aroma, impregnándose con su virilidad, con su... por Dios Kate deja de pensar esas cosas, se reprendió a si misma. Cómole hubiese gustado que entre esas sábanas alguien... no, alguien no, Sebastián, la estrechase entre sus brazos, entre sus masculinos y cálidos brazos.

Que no se hubiese casado no quería decir que fuese monja. Su vida amorosa fue corta y desastrosa, pero no porque ella fuese muy exigente. Sus hermanastras y se habían encargado de espantarle cualquier candidato que le pudiera interesar a ella. Ellas nunca estuvieron de acuerdo en que su padre se divorciase de su madre, y menos, para casarse con una mujer bastante más joven que él. Mientras su padre vivió, hicieron la vista gorda, porque Kate había nacido cuando ya no se lo esperaban y era su consentida, pero la desgracia se cebó en ellos. La madre de Kate murió muy joven a causa de un cáncer fulminante y, contra todo pronóstico, su padre se reunió con ella, tan solo siete meses después. Y allí se quedó ella, prácticamente sola, con nueve años acabados de cumplir y siendo criada por sus peores enemigas, sus hermanastras, su “adorable” mamá y gracias a Dios, Madie.

Para ellas solo era un estorbo, o mejor dicho, el tercio de la herencia que les faltaba. No estaban de acuerdo en que Kate tuviese el mismo derecho que ellas, así que pensaron que, o se casaba con alguien que ellas pudieran manipular a su antojo, o no se casaba, y de eso ya se encargarían ellas. No todo fue culpa de las hermanastras, algunos de los hombres en los que se había fijado fueron apartados con malas artes, a otros solo les interesaba el dinero que pudiera tener, todos menos uno, el que ella pensó que estaba hecho para ella, hasta que ocurrió aquella desgracia, entonces, Kate Cameron, dijo que ningún hombre volvería a entrar en su corazón, así que se acomodó a los caprichos de sus hermanastras y se convirtió en la *nanny* de sus hijos.

Para Sebastián, la noche no fue precisamente mejor, no estaba acostumbrado a ceder su cama, vamos, que ni siquiera le gustaba compartirla. Se estuvo preguntando toda la noche por qué había llevado a aquella mujer a su casa, aquella diosa griega, porque eso es lo que le pareció a él, una diosa, Afrodita o quizás Venus, daba igual, al contemplarla a ella estaba viendo el cuadro de Fowler, o el de Tiziano, con la misma trenza alrededor de su cabeza. Cada vez que cerraba los ojos veía su rostro con aquellos enormes ojos de color caramelo, su esbelto cuello rodeado por aquella trenza de fuego, aquella boca de labios carnosos que pedían a gritos un beso. Allí estaba, tras la puerta de su dormitorio, en su casa. Su casa que para él era su santuario, el lugar donde daba rienda suelta a su melomanía. Había insonorizado el apartamento y le gustaba escuchar a sus músicos favoritos, como si estuviera en un concierto. Y allí estaba él, notando como la necesidad de estar con ella aumentaba y se endurecía, sin que pudiera hacer nada por controlar su creciente deseo.

Contra todo pronóstico, había estudiado música en el conservatorio. Su padre se puso furioso cuando se lo dijo. Para ser su único hijo, se esperaba de él que siguiera sus pasos en la empresa familiar. Sebastián estaba cansado de la frivolidad del mundo del espectáculo, más, cuando su madre los había abandonado a su padre y a él, por un actor de tres al cuarto, olvidándose por bastantes años de que tenía un hijo. Por contentar a su familia hizo el esfuerzo de estudiar empresariales, pero aquello no era lo suyo. A él lo que le gustaba era componer y cantar sus canciones, hasta consiguió grabar un disco, que pasó sin pena ni gloria por el panorama musical. Aquel varapalo (su progenitor tuvo algo que ver en ello) lo llevó a salir con el rabo entre las patas y casi darle la razón a su padre, casi, porque de momento, prefería hacer ver que se ganaba la vida con el taxi, antes que estar encerrado entre las cuatro paredes del despacho que su padre le había asignado.

Solo del taxi no vivía, no habría podido llevar el tren de vida que llevaba. No era una vida demasiado lujosa, no era dado a ostentaciones, le gustaba la tranquilidad y la vida sencilla, pero tampoco carecía de nada. El secreto estaba en la herencia del abuelo, el fundador de la saga, don Sebastián Suárez I.

Que a su nieto no le gustase estar encerrado entre cuatro paredes, no quería decir que no tuviera su visión para los negocios. La herencia la había sabido invertir muy bien y si llevaba el taxi era por diversión, más que por necesidad, ante su padre tenía que dar la imagen de ser un hombre trabajador, y no quería darle el gusto de que pensara lo contrario. Llevaba una vida bastante bohemia, solía trabajar en el taxi por la noche, pero no tenía horario fijo. Era más peligroso pero más gratificante, le

gustaba observar la raza humana y alguna que otra vez incluso hacía una obra de caridad, como aquella noche. Aunque desde luego no era lo mismo llevar a alguien sin cobrar, que lo que acababa de hacer. Lo de aquella noche no se podía calificar como obra de caridad. Había sido un flechazo, cuando vio a Kate allí sentada, tiritando de frío y sola, con la cabeza apoyada en las rodillas, lo único que pensó era que necesitaba tocarla; abrazarla, lo necesitaba tan desesperadamente que le dolía el cuerpo, deseaba envolverla entre sus brazos y quedarse así por mucho rato, de modo que cuando la miró, ya no pudo dejarla. Un sentimiento de protección se apoderó de él, una sensación que no sabía describir le obligó a prestarle su chaqueta. Fue un impulso, algo que nunca antes le había pasado. Un impulso que lo obligó a dejarla dormir en su cama, una cama que jamás le había prestado a nadie. Cuando quedaba con alguna conquista solía ir a casa de ellas y no a la suya. Su santuario era eso, un santuario. Odiaba el desorden, y pensar que alguien pudiera manosear sus cosas, le repelía. Pero con ella fue diferente, necesitaba rodearla con sus brazos y protegerla. Tenía unas ganas locas de deshacerle la trenza y jugar con aquellos rizos anaranjados, besar cada una de sus pecas. ¿Cómo podría dormir con aquellos pensamientos? Imposible, cada vez que el más mínimo ruido escapaba de la habitación, esperaba, como un gato al acecho, que ella saliera y lo invitara a pasar. Que iluso, sabía perfectamente que eso no iba a suceder, pero soñar no cuesta nada y en los sueños no se manda.

Hacia bastante rato que estaba despierta, pero hasta que no oyó ruido, no osó salir del dormitorio. Cuando se levantó, se volvió a vestir con su ropa, aunque se sintiera incómoda y pegajosa no podía andar desnuda por la casa y no se atrevía a pedir nada, suponía que allí no habría demasiada ropa femenina, al parecer vivía solo, aunque lo que nunca imaginó era que él se adelantase a sus necesidades.

—Te he dejado un cepillo de dientes y toallas limpias en el baño, y, cómo imagino que querrás cambiarte, te he puesto ropa interior, mía, pero conste que está sin estrenar —apostilló, como si ella fuese a hacerle algún reclamo—. Supongo que no es lo que sueles usar, pero seguramente te habrás dado cuenta que en esta casa no hay mujeres.

—Gracias, no tenías que haberte molestado. Eres muy generoso conmigo.

—Te juro que no es por generosidad —contestó—. Creo que es egoísmo.

Kate se había ruborizado, no entendió bien aquella respuesta y no quiso que se le notase demasiado, así que entró en el cuarto de baño casi a la carrera. Cuando salió iba envuelta en una toalla, con otra enrollada en la cabeza y con tan solo los boxers negros que Sebastián le había dejado. Le dijo que podía escoger de su armario lo que quisiera mientras se lavaba su ropa. Así que escogió una camisa, la más larga que encontró, pero aún así dejaba sus hermosas y largas piernas al desnudo. Descubrió que sus ojos se paseaban por ellas continuamente, pero no vio apropiado colocarse uno de sus pantalones, no era capaz de abusar tanto de su hospitalidad.

Mientras ella se duchaba, Sebastián había preparado el desayuno. Además de caballero era un excelente cocinero, pensó Kate, había preparado lo que ya había probado la noche anterior, lo que ellos llamaban *arepas*, esta vez con huevo, ensalada de frutas y café. Hubiese preferido un té, pero imaginó que en la tierra del café, no solían tomar demasiado té, por lo demás, estaba todo delicioso. Terminaron de comer, y para compensar tantas molestias o porque se sentía violenta, se le iban los ojos a su rostro angelical y su cabeza se lanzaba a imaginar “calenturas”, se puso a lavar los platos y recoger el dormitorio. Viendo la disposición en que estaba todo, no le cupo la menor duda que era un maniático del orden. Así que procuró ordenar todo para dejarlo como estaba antes de su incursión. Incluso cambió las sábanas, quería seguir oliendo su fragancia un poco más y las llevaba abrazadas debajo de la nariz como si fuesen un tesoro, para llevarlas al cesto de la ropa sucia.

—Si me dices dónde está la lavadora, pondré a lavar la ropa que he usado, así cuando me vaya ni notarás que estuve aquí.

No supo por qué había dicho aquello, quizás para que le dijera que no había prisa en que se marchase. No era propio de ella, pero se sentía tan a gusto con él, que no quería que llegase el momento de partir. Aunque la parte racional de su cerebro le decía que era muy joven, la irracional no quería escucharlo. ¿Qué hacía ella pensando semejantes barbaridades?, se decía, mientras la parte morbosa de su cerebro se preguntaba cómo sería estar entre sus brazos o cómo sabrían sus besos.

—No te preocupes por la ropa, ponla en el cesto, ya mañana vienen los de la lavandería. —Se sobresaltó al escuchar su voz tras ella. Tenía una voz aterciopelada y tan varonil a la vez, que era un bálsamo para sus oídos. Estaba avergonzada por el hecho de estar pensando de aquella manera. Desde que lo había conocido la noche anterior se abstraía con demasiada facilidad, aquello no podía ser y lo sabía, se preocupaba Kate. En cuanto su ropa estuviera lista, se iría, se decía, intentando poner distancia entre su corazón y su cerebro.

Ante la insistencia de Sebastián volvió a dejar la ropa en el cesto y se acurrucó en el sofá. No sabía muy bien que hacer. Si hasta el día siguiente no tocaba llevar la ropa a lavar, ¿qué ropa se suponía que se iba a poner ella? No pensaría que se iba a vestir con la ropa de él. Así no podía salir a la calle, necesitaba hacer averiguaciones sobre cómo conseguir un pasaporte y un pasaje de vuelta a casa. Con aquel pensamiento se levantó y fue al cesto de nuevo, recogiendo su inapropiado vestido de algodón y su ropa interior. “La lavaría aunque fuese en el cuarto de baño”, pensaba, su ética no le permitía pulular por la casa con camisa masculina y bóxer.

En aquel momento se sintió observada, los ojos de Sebastián se posaron en su culo cuando se agachó, sin pensarlo demasiado, a recoger sus escasas pertenencias. Una oleada de calor inundó su rostro, que en su habitual palidez adquirió el mismo tono rojizo de su pelo. Se sentía mortificada ante aquel rubor tan inoportuno. Como normalmente vestía vestidos largos y anchos, del tipo campesina, no pensó en la vulnerabilidad de aquel atuendo. Cuando se fue a dar cuenta de que solo vestía la camisa, era demasiado tarde. Los ojos de Sebastián saltaban de su trasero enfundado en sus calzoncillos, a su cara, avergonzada ante tamaña imprudencia.

Sebastián se acercó a ella, con la misma sonrisa que la había desmontado la noche anterior y que volvía a hacerlo de nuevo y, se temía, que cada vez que asomara a su rostro pasaría lo mismo, debería dejar de mirarlo si no quería sucumbir a sus encantos. Intentó grabarse aquello en el cerebro, pero en cuanto lo miraba su cerebro dejaba de funcionar. Le quitó las prendas de los brazos, las volvió a dejar donde estaban y la cogió de la mano para llevarla, cual criatura, de nuevo al sofá. El pelo se le había secado por su natural y su leonada melena viéndose libre por una vez de sus ataduras, aumentó su volumen a sus anchas. Sin pensarlo mucho, o quizás habiéndolo pensado, Sebastián le quitó unos mechones que tapaban su cara y su mano le rozó la mejilla haciendo que su estómago diera un vuelco y de nuevo sintiese que tenía el corazón a punto de estallar. Se la quedó mirando fijamente y Kate creyó que la iba a besar, de nuevo se ruborizó. Aunque no quisiera reconocerlo ni ante sí misma, lo estaba deseando. Pero aquello no podía ser, él era tan joven, se repetía angustiada ante la reacción de su cuerpo. Seguro que tenía alguna novia y ella no quería inmiscuirse en su relación, sabiendo además, que iba a estar allí solo por un día. Madie, su amiga y consejera, estaba segura que le habría dicho: Aprovecha, eso no se gasta, se lava y se estrena, además la novia no se va a enterar y un hombre así es difícil de conseguir jajaja. Parecía que la estaba oyendo, pero para su desgracia, ella no pensaba como su amiga, Madie era de ascendencia italiana y todo el mundo sabe que los italianos tienen la sangre muy caliente.

—Tenemos que hablar —dijo Sebastián cuando Kate se hubo sentado y él se paró delante de ella—. ¿Tan a disgusto estás aquí que tienes tanta prisa por irte? —preguntó.

—No, por Dios. Es solo que no me gusta molestar y estoy invadiendo tu espacio.

—Verás, sé que nos conocimos ayer, pero me gustaría que te quedases unos días. Ya que estás aquí, te puedo enseñar Granada, no es la de España claro, pero esta es muy bonita también.

Aquello la cogió por sorpresa, parecía que no sabía como decirle que se quedase y aunque ella lo deseaba tanto como él, era consciente que no debía.

Para Kate, aquello era un sueño y cuando despertase estaría en la habitación de un hotel en Granada, ESPAÑA, que quedase claro, y saldría a conocer los lugares que siempre había deseado volver a visitar. Por algo había estudiado historia del arte, especializándose en el arte nazarí, y pensaba llevar a cabo aquel viaje como fuese.

—¿No dices nada? —inquirió él.

—Es que no sé que decir. No tengo ni idea de lo que esperas de mí. Has sido muy amable conmigo pero creo que no debo quedarme más tiempo del indispensable, no quiero abusar de tu hospitalidad.

—¿Tanto te disgusta mi compañía? Igual me he equivocado, pero he creído percibir algo en tus ojos cada vez que me miras —Kate se llevó las manos a la cara para sofocar la vergüenza que le quemaba como fuego—. He debido mirarte mal, por eso pensé que te gustaba un poquito. Lo siento si te he ofendido, no era mi intención.

Se dio media vuelta, cogió las llaves que había dejado en el aparador de la entrada y se dispuso a salir.

—Tengo que hacer unos recados, quedas en tu casa. Cuando vuelva intentaré hacer algunas llamadas a ver que podemos hacer para arreglar tu problema —le dijo en un tono dolido. Abrió la puerta y se marchó, dejándola confundida y con un nudo en la garganta. Sebastián no podía quedarse allí después de aquello, necesitaba pensar y encontrar una estrategia para que se quedase, la necesitaba a su lado... aunque solo fuesen unos días.

En cuanto salió por la puerta, Kate volvió a recoger la ropa del cesto y le dio un enjuague en el lavabo del cuarto de baño, como no encontró secadora ni donde tenderla, lo hizo sobre los respaldos de las sillas, la ropa era tan fina que no tardaría mucho en secarse y poderla vestir de nuevo.

Se sentó de nuevo en el sofá, no había ni una puñetera televisión para entretenerse algo. La espera podía ser aterradora, solo pensar que se había enfadado por su poca delicadeza o falta de tacto, la hacía sentir mal. No debió observarlo tan abiertamente, pensó, y además, pudiera tener algo de razón, tendría que tener más cuidado en la forma que se lo quedaba mirando cada vez que lo tenía cerca. Estaba abochornada por su comportamiento, ¿de qué le habían servido tantos años de esconder sus sentimientos? ¿Por qué ahora le era tan difícil sustraerse a su arrolladora personalidad? Estaba decidida, en cuanto pudiera se marcharía y cuando llegase a Glasgow ya le enviaría una postal o un @mail dándole las gracias por su ayuda.

Pensando aquello se tranquilizó un poco. Cogió unos periódicos para entretenerse ya que no encontró nada más y se puso a ojearlos, las noticias parecían calcadas a las de cualquier otro país, violencia, corrupción, más de lo mismo. Lo único que le llamó la atención fueron las noticias de la sección rosa. Había una en particular que leyó curiosa, hablaban del magnate de la televisión, de los nuevos proyectos que le estaban haciendo ganar mucho dinero, de la nula relación con su único hijo y todo eso, lo típico del amarillismo de la prensa. Pero lo que le pareció divertido fue el nombre del susodicho, Sebastián Suárez. Pensó que debía ser un nombre muy común en Colombia, sonrió sin darle la más mínima importancia y volvió a colocar el periódico donde estaba.

No se le había ocurrido pedir permiso para usar su ordenador, pensó que a lo mejor no le importaba, debería enviar un correo a sus hermanas y a Madie, diciéndoles que estaba bien. Aunque después lo pensó mejor, si sus hermanas jamás se habían preocupado por ella, no creía que lo fuesen a hacer ahora, y no envió mensaje alguno, aunque sabía que Madie se preocuparía por ella, ya se lo explicaría a la vuelta.

Aquella espera sin tener nada que hacer la estaba matando, no estaba acostumbrada a estar inactiva y allí no había nada que hacer.

Capítulo 2

Al cabo de unas solitarias y tediosas horas, Sebastián regresó, y lo hizo cargado de paquetes y bolsas.

—Espero haber acertado con la talla —dijo Sebastián, alargando la mano hacia ella y tendiéndole la mitad de las bolsas. No se había dado cuenta que Kate volvía a llevar puesta su ropa, y si lo había hecho, lo ignoró olímpicamente.

—Gracias, no tenías que haberte molestado, como ves mi ropa ya está limpia.

—Te dije que no lo hicieras, que mañana vienen a recoger la ropa sucia los de la lavandería.

—A mí no me costaba nada lavarme el vestido, te repito, no tenías que haberte molestado —replicó algo molesta por aquella insistencia.

—Es un regalo que quiero hacerte, pruébatelo para saber si he acertado o lo tengo que cambiar, no ibas a venir desnuda a comprarlo —dijo con picardía—, además, entonces no habría sido un regalo.

Kate sintió que su orgullo no le permitía aceptar aquel tipo de regalos, menos de un casi desconocido, por mucho que ella hubiese dormido en su casa y por mucho que le gustase, porque aunque seguía sin querer reconocerlo, le gustaba, y mucho. Se había puesto nerviosa ante el hecho de que hubiese pensado en sus necesidades, que fuese tan atento y generoso. Desde hacía bastante tiempo nadie había pensado en ella de aquel modo y aquello la abrumaba a la vez que la halagaba muchísimo. Por eso le era tan difícil controlar sus ojos y hasta su cuerpo, estaba tan nerviosa que se le doblaron las rodillas al rozar su mano... ni siquiera era capaz de saber qué le estaba pasando a su voluntad. Sacó una de las prendas de una de las bolsas y casi cayó de culo. Sebastián le había traído un vestido precioso, pero mucho más corto que el suyo y terriblemente sensual. Quedaba bastante por encima de la rodilla. Estaba cortado a la cintura, mucho más entallado, de manga tres cuartos en color azul, estampado de cisnes blancos, que si no recordaba mal le parecía haber visto en algún blog de moda. Ya no se atrevió a mirar el resto de lo que había comprado para ella. De ninguna manera podía aceptar aquellos regalos, aparte de no ser el estilo de ropa que solía usar, solo pensar en salir ante él con aquellas prendas la hizo estremecer y un calor le subió por todo el cuerpo. La expresión que puso él mientras sacaba de la bolsa las prendas, semejava la de un niño con el mapa de un tesoro, que solo él, sabía dónde encontrar.

—Lo siento, no creo que me sienta demasiado bien, es muy corto y no estoy acostumbrada a este tipo de ropa. —Ni siquiera se atrevía a probárselo, era demasiado sexy para ella.

—¿Por qué te escondes tras esos harapos? Tienes un cuerpo escultural, ¡lúcelo! —le dijo molesto porque no quería ni siquiera probárselo.

Se la quedó mirando a los ojos, estaba analizando la reacción de Kate y ella era incapaz de sostenerle la mirada. Aquella profundidad en sus ojos la asustaba, era muy joven, ni siquiera parecía que llegase a los treinta y ella estaba por cumplir cuarenta. Estaba segura que su supuesto enamoramiento era debido a que la encontraba exótica. Una mujer madura que ha tenido un percance y quizás, para él, en ese momento, fuese como probar una fruta prohibida. Pero ¿qué pasaría después si ella sucumbía a sus encantos? y huelga decir que le estaba costando mucho no caer rendida ante su especial carisma. “¡Para! Te estás debilitando”, pensó para infundirse valor. Había jurado nunca más dejarse seducir por un hombre, y allí estaba, casi a punto de caer en la red de un jovencísimo, pero espectacular ejemplar de la raza-humana-sexo-masculino... muy masculino. Ya estaba delirando otra vez.

—No me escondo, es cómodo y así no tengo problemas de tallas —soltó la primera gilipollez que se le ocurrió, estaba completamente descentrada, dispersa, asustada... por la manera en que la estaba mirando, y por la manera en que ella estaba respondiendo a su flirteo, era consciente que estaba perdiendo la personalidad.

—Si quieres, cámbiate de ropa y vamos a la embajada, ya que tienes tantas ganas de perderme de vista, cuanto antes mejor. —Quiso darle un tono enfático a la frase, pero una risa burlona escapaba por la comisura de sus labios.

—Estoy bien como estoy, ya te he dicho que no lo voy a aceptar.

—¡Inglesa engreída! —dijo Sebastián en español.

—No te entiendo, pero el tono no me ha gustado —espetó Kate—, y no soy inglesa, soy escocesa, eso sí lo entendí.

—¡Será lo mismo! Y dices que no me entiendes jajaja —rió, poniendo a Kate casi histérica.

—¡No, no es lo mismo! Y te advierto, mi paciencia tiene un límite, mocoso malcriado. —replicó malhumorada.

—¿Qué hay de malo en que te regale algo que te hace falta? —Argumentaba Sebastián sin hacer caso de su rabieta—, ¿sabes que estás adorable cuando te enfadas? Está bien, está bien —le decía levantando las manos en señal de Stop—, si no quieres que sea un regalo, tómalo como un préstamo. —Continuaba sin tomarla en serio.

Aquello era el colmo, pensaba Kate, sus años de niñera le habían enseñado que con los críos, lo peor es dejarlos que se salgan una vez con la suya, así que no pensaba dejar que le impulsara su voluntad. Cogió una figura de madera de encima de la mesa y se la tiró con genio a la cabeza. Sebastián tuvo buenos reflejos, porque la esquivó con pericia. Se acercó a ella con un movimiento reflejo y le quitó el segundo proyectil que su mano encontró. Le sujetó la mano y con la otra rodeó su cintura, sujetándola firmemente. Kate se revolvió y cuando quiso darle un rodillazo en sus partes nobles, Sebastián le sujetó la rodilla entre sus piernas. Lo que dio paso a un

pequeño forcejeo que acabó en un beso. La había cogido por sorpresa y no pudo esquivarlo. Bueno eso es lo que juraría aunque la torturasen, la verdad fue que se rindió antes de empezar. Le pareció que su boca tenía un sabor tan dulce que le fue imposible resistirse... aunque eso lo negaría mientras viviera.

—Y ahora si quieres que te lleve a la embajada, te vas a poner lo que te he traído, la ropa interior también. No puedo permitir que una invitada mía vaya de semejante guisa a ningún lado, estamos en Colombia, aquí la sensualidad se lleva a flor de piel. —Volvió a asomar a sus labios aquella sonrisa un tanto cínica, aunque adorable. Kate estaba molesta viendo lo mucho que él se estaba divirtiendo a su costa, empezó a darse cuenta que su sonrisa era su mejor arma. Un arma infalible.

—Eso es chantaje y lo sabes ¿desde cuándo tienes un master en moda femenina? ¿Es que no me van a dejar entrar si llevo mi propia ropa? ¿Qué tiene de malo mi vestido? —se resistía, mientras Sebastián, sencillamente la miraba y sonreía.

Tenía la batalla perdida y se estaba desesperando, Sebastián era terco como una mula. Con un resoplido de impotencia, cogió las bolsas que él le tendía y entró en la habitación. Cuando sacó el contenido de las mismas se sonrojó aún más que antes, y a que no lo había visto del todo bien, nunca antes había usado ropa interior de aquel estilo, su ropa solía ser cómoda y funcional, ni siquiera se había puesto nunca un tanga... aunque reconocía que aquel loco que le estaba robando el corazón tenía buen gusto. Ponerse aquello era como ir desnuda bajo el vestido... se armó de valor y se la puso. Abrió las puertas del armario y se miró en el espejo de cuerpo entero que había tras una de ellas, no se veía nada mal, aunque se sentía vulnerable. Se colocó el vestido y parecía que lo habían hecho a su medida. ¿Tanta experiencia tenía comprando ropa femenina? Se preguntó Kate, sintiéndose celosa de pronto.

Cuando salió del dormitorio sonaba la canción de moda de aquel verano, “Bailando” de Enrique Iglesias. Sebastián se la quedó mirando esperando la aprobación de ella, pero no sabía exactamente a qué tenía que dar su aprobado, si a la música, o a la ropa. La música era muy movida y sensual, invitaba a bailar con ritmo. Se acercó a ella y dando una vuelta a su alrededor empezó a danzar con ella con esa manera tan sensual que tienen los latinos de bailar y que hace parecer que los demás tienen dos pies izquierdos. Después dio un beneplácito silbido, con el consecuente cabreo de Kate.

En el tiempo que estuvo fuera, Sebastián había estado en la embajada, averiguando qué podía pasar con Kate si estaba en el país sin documentación, el embajador era amigo de la familia y no tuvo problema alguno en hablar con él de forma extraoficial. Le dijo lo que él ya imaginaba, que tendrían que confirmar los datos y hacerle un pasaporte nuevo, como máximo en veinticuatro, cuarenta y ocho horas lo tendría, le aseguró el embajador.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —preguntó Sebastián.

—Adelante, de qué se trata.

—Verás, no sé como pedirte este favor. Me gustaría que no corrieses mucho con los documentos. Si puede ser, claro, tampoco quiero ponerte en un compromiso —dijo sonriendo malicioso.

—Te gusta la chica por lo que veo, ¿es guapa?

—Solo te diré que es una diosa y ella aún no lo sabe. Desde que la vi no he podido despegarme de ella, estoy haciendo lo imposible porque no se vaya, tú ya me entiendes. —Dicho lo cual salió, sabiendo perfectamente que su amigo retrasaría la entrega de documentos lo máximo posible.

Llegaron a la embajada y Kate expuso su caso a la secretaria, todo dentro de la normalidad, la joven tampoco sabía nada, así que se limitó a rellenar el formulario y a preguntarle si necesitaba algún tipo de ayuda mientras se resolvía el caso. Sebastián se apresuró a decir que no sería necesario. Kate se lo quedó mirando furiosa, ¡A qué venía aquello! Igual habrían podido conseguirle un hotel y no habría tenido que depender de él por más tiempo, no le gustaba deberle tantos favores. Vio como se abría una puerta lateral y un señor de mediana edad asomaba la cabeza, le pareció que sonreía a Sebastián... pensó que serían imaginaciones suyas, que se estaba poniendo paranoica. La joven de la embajada les pidió un teléfono de contacto, Sebastián de nuevo se apresuró a dar el suyo y se marcharon. Faltó poco para que de la cabeza de Kate saliese humo. Aunque su personalidad británica le imposibilitaba armarle un escándalo en plena calle, no le faltaron ganas de contratar a un sicario, para que le diese su merecido.

—Cálmate ¿quieres? No hay para tanto —decía Sebastián mientras conducía su taxi y apoyaba una mano sobre la rodilla de ella.

—Concéntrate en la carretera y deja mi rodilla en paz —espetó, mientras de un manotazo se la quitaba de la pierna—. Podía perfectamente encargarme de mis asuntos, no necesitaba intérprete.

—Creí notar que la secretaria era colombiana, igual no entendía tu español. —Bromeó Sebastián.

—En la embajada británica, todo el mundo habla inglés, no me tomes por idiota.

Hizo caso omiso a lo que ella le decía y se concentró en la carretera, Kate no conocía nada y no sabía la ruta que debían seguir para llegar a su casa. Mientras, se entretuvo observándolo de reojo, el pelo rubio cobrizo con aquellos mechones rebeldes que caían por su frente, ese rictus en la comisura de la boca como si se estuviese divirtiendo, y mucho, las manos de largos dedos al volante... De pronto giró, tomó una carretera secundaria y después de unos minutos aparcó delante de un restaurante.

—Supongo que tendrás hambre —dijo con cautela, mirándola de soslayo mientras aguardaba su reacción —en este sitio se come muy bien, espero que te guste la comida de mi tierra.

Bajó del coche y le abrió la puerta antes de que pudiera contestarle, la desconcertaba de tal manera, que al final la dejaba sin palabras, dijese lo que dijese, estaba segura que se saldría con la suya, como hasta entonces.

—¿A ti no te han enseñado modales, verdad? —preguntó ella—. Machista arrogante —masculló pensando que él no la oía.

—¿Modales? ¿Machista? ¿Te parece poco? Te abro la portezuela del coche, te regalo ropa, te digo lo guapa que estás con esa ropa... perdón, eso no te lo había dicho, pero me ratifico. Estás guapísima —dijo con una sonrisa de oreja a oreja— me daba miedo que me tirases algo más a la cabeza y entonces no podría volver a decirte lo mucho que me gustas. ¿Necesitas que tenga mejores modales todavía? Eso no es machismo, es amor.

—¿No crees que estás yendo demasiado deprisa? Casi puedo ser tu madre —levantó la voz, algo inusual en ella, intentando que Sebastián volviera a la realidad.

—No, no estoy yendo demasiado deprisa. Tengo miedo de que te vayas y no volver a verte, eso es todo —confesó algo turbado.

—Pero es que lo nuestro no puede ser.

—¿Por qué no puede ser? Qué son unos años más o menos, los dos somos adultos. Y no son tantos años, cuando has rellenado el formulario me he dado cuenta que solo son siete años de diferencia, si fuese al revés, a nadie le sorprendería. No pretendía asustarte, pero tu misma dijiste anoche que querías empezar a vivir, hazlo conmigo, podemos intentarlo... por favor.

Bajó por fin del coche y entraron en el restaurante, a Kate se le había quitado el hambre, los sentimientos de Sebastián eran tan intensos... como los suyos. No es que hubiese tenido muchas relaciones, pero había salido con algún joven de su entorno antes de que Griselle, su hermana mayor se propusiera casarla, o mejor dicho, venderla, a un dilapidador de fortunas con el que había hecho un trato. Nunca sintió por ninguno de ellos, y había estado realmente enamorada una vez (o eso pensaba) lo que estaba sintiendo por Sebastián, en menos de veinticuatro horas de conocerlo, sentía que su cuerpo reaccionaba ante él de una forma irracional, casi salvaje, y aquello la asustaba. Cerró fuertemente los ojos y se dijo que aquel mareo era transitorio, que aquellas mariposas que revoloteaban en su estómago nada tenían que ver con el hombre que llevaba al lado, que solo eran nervios.

Estaban esperando mesa cuando Sebastián le susurró al oído: fijate bien, todo el mundo admira la belleza que tengo al lado, esto no lo puedo desaprovechar. Y en ese momento le estampó un beso que hizo que le temblasen las piernas.

—¿Se puede saber qué haces? —protestó Kate cuando pudo recuperar el aliento.

—Solo, asegurarme que todo el mundo sepa que tu corazón me pertenece.

—Estás muy equivocado, mi corazón no le pertenece a nadie —siseó ella con los dientes apretados.

—Eso no es lo que tus ojos me dicen. —Apostilló Sebastián— Tu alma ya me pertenece y tu cuerpo pronto no podrá pasar sin el mío.

Comieron en silencio, tan solo roto por el murmullo de los demás comensales. De vez en cuando Sebastián le lanzaba una mirada por encima del plato, a la que ella respondía con cara de asesina. Entonces los ojos de Sebastián, ya de por sí chispeantes, se tornaban de un verde aguamarina, disfrutaba haciéndola rabiarse y lo delataban sus ojos.

Volvieron a su apartamento y Kate ni corta ni perezosa, entró en el dormitorio a ponerse de nuevo sus ropas, lo cierto es que se sentía a gusto con lo que le

había regalado, incluso podría acostumbrarse de nuevo, ya que hacía bastante tiempo que había relegado la ropa sexy. Pero no le daría la satisfacción que él esperaba.

—¿No me vas a regañar? —preguntó él de repente.

—¿Debería? —Estaba segura que aquella nueva estrategia le iba a dar resultado, no pensaba enfadarse con él, ni montarle el numerito, pensaba hacer gala de nuevo de la flema que todo el mundo achacaba a los británicos. Sebastián se sentó a su lado y empezó a deshacerle la trenza. Quiso enfadarse con él, aquello no debía seguir así, pero no podía. El grandísimo sinvergüenza se estaba metiendo en sus entrañas y no era capaz de pensar con claridad. Cuando tuvo todo su pelo flotando como un algodón de azúcar de color rojo anaranjado, se entretuvo en pasar los dedos por entre sus rizos. En su estómago volvieron a revolotear un batallón de mariposas.

—Tenemos que hablar —dijo Kate de pronto, intentando alzarse del sofá para que sus caricias no le pudiesen afectar de aquella manera. Pero no la dejó. Le puso la cabeza sobre sus piernas y continuó jugando con su pelo—. No puedes hacerte cargo de mis gastos todo el tiempo, tengo que encontrar la manera de sufragarlos por mí misma.

—Me gustas cuando callas porque estás como ausente,

Y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.

Parece que los ojos se te hubieran volado

Y parece que un beso, te cerrara la boca.

Sebastián empezó a recitar a Neruda, en español, en vez de contestarle, y al finalizar el verso lo que hizo fue besarla, y la acabó de desmontar, “esta no era la idea”, pensó... y se dejó ir.

—Te estás aprovechando de mi situación —le dijo al cabo de un rato.

—Cada minuto, doy gracias a Dios sesenta veces por tu situación. —contestó él, entre beso y beso.

Capítulo 3

—¿La señorita Cameron, por favor? —preguntó una voz al otro lado del teléfono.

—Por quien pregunta.

—Kate, Kate Cameron. Le llamo del hotel Victoria, de Granada, España. La señorita Cameron tenía una reserva con nosotros pero no se ha registrado, era para saber qué hacemos con su equipaje. Si quiere se lo podemos enviar a su domicilio o si prefieren lo pueden venir a buscar. Han pasado los tres días reglamentarios y necesitamos la habitación. Usted me dirá que desea que hagamos.

Anastacia, la menor de las hermanastras de Kate, al oír aquello se quedó sin palabras, dejó esperando al gerente del hotel un rato porque no asimilaba lo que acababa de escuchar.

—Esto, perdone... ¿ha dicho que mi hermana no está en el hotel?

—No, no señora. No se ha registrado y nadie ha pedido su equipaje.

—Está bien, envíelo a esta misma dirección, y muchas gracias por su preocupación.

Aquella noticia le cayó como una bomba. ¿Dónde se suponía que estaba? Pensaba, haciendo miles de cálculas. Se apresuró a llamar a Griselle, no tenía ni idea de qué estaba pasando, pero estaba segura que aquella era una muy buena noticia.

—¿Estás segura de haber escuchado bien?

—Ahora va a resultar que soy tonta o estoy sorda —se molestó Anastacia.

—No, no es eso... es que... ¿te das cuenta de lo bien que viene esto a nuestros planes?

—Pues claro, eso sí, tenemos que actuar con mucha prudencia. —Anastacia, siempre un poco más cauta que Griselle, quería dejar pasar un tiempo antes de dar ningún paso. Aunque el problema era apremiante para ellas, las dos estaban dispuestas a hacer lo que fuese con tal de arrebatarse lo que su padre le había dejado, al igual que a ellas, en su testamento. Su padre no había hecho distinción alguna entre sus tres hijas, pero ellas, o mejor dicho... sus maridos, lo querían todo, no se conformaban con lo que les pertenecía, además estaban dispuestos a quedarse, también, con lo que Kate había heredado de su madre.

Para Kate, la herencia de su madre era sencillamente sentimental, sí que eran piezas de valor, pero eran de su madre y eso era sagrado. Los cuadros estaban colgados en las paredes de la casa de verano que le había tocado en la parte de su padre, y las joyas estaban en una caja fuerte del banco. En ese aspecto Kate estaba tranquila, sus cosas estaban a salvo... a menos que ellas las declarasen muerta. No era la primera vez que intentaban incapacitarla, aunque por suerte nunca lo habían conseguido. Deberían haberle hecho caso y buscar la manera de producir riqueza, en vez de dilapidarla a manos llenas.

Ellas habían heredado mucho más dinero que Kate, su madre les había dejado muchos más bienes, que añadidos a los de su padre había sido una fortuna considerable, pero los habían derrochado en muy poco tiempo. La fábrica de acero de su padre en poco tiempo fue a la quiebra, pensaban, mal asesoradas de los petimetres de sus maridos, que funcionaba sola, no habían aprendido nada de su padre, solo les interesaban las carreras de Ascot, las fiestas y apostar a los caballos, indefectiblemente al perdedor, y los maridos ni se cuenta. Desde que se habían casado, sus maridos hacían de ellas su banco particular, porque ellos además se gastaban, lo que nunca habían tenido, en la caza del zorro, que además era ilegal y se llevaba a cabo en cotos clandestinos, lo que suponía un despilfarro aún mayor. También constaba en sus currículos pertenecer a todos los *clubs* habidos y por haber. Siempre estaban pidiendo préstamos y hasta la casa en la que vivían estaba a punto de ser embargada, aunque esto, ellas ni siquiera lo sabían. Esa era la premura de incapacitar o declarar a Kate muerta, al igual que esa era la premura de quitarla de en medio en otras ocasiones. Había sorteado alguna que otra situación embarazosa que de no haber sido por su relativa buena suerte y la ayuda de la fiel Madie, que además de ser el ama de llaves, era su gran amiga, seguramente no habría podido salir ilesa.

Madie, era su amiga, la única amiga que le quedaba, las demás se habían ido casando y por unas causas u otras se habían alejado, aunque como decía Madie, no serían buenas amigas. Ella era su consejera, gracias a ella, no había sucumbido a las nefastas propuestas de sus dilapidadoras hermanas. Ella le abrió los ojos y le hizo ver que era fachada todo lo que le decían, cuando a sus espaldas, lo único que hacían era burlarse de ella. Le dolió tanto darse cuenta de su falsedad, que siguiendo los consejos de su amiga, empezó a abrir los ojos y a pensar en sí misma, incluso sus sobrinos, a los que había cuidado con tanto amor, le correspondían a medias, aunque se daban cuenta de los derroches de sus padres no sabían como enfocarlos y para su desgracia, el menor de los dos, Finley, el hijo de Anastacia, cada vez estaba más

influenciado por su padre.

—Llama a Arthur, él sabrá que hacer. —Dijo Griselle.

Arthur era la sanguiuela... perdón, el abogado de la familia y el tipo con el que habían querido casarla, así todo quedaba en casa. Desde luego que sabría que hacer, era tan materialista como ellas y por si fuera poco, pésimo abogado, pero retorcido como el diablo.

—Entonces quedamos así. —concluyó el abogado cuando terminaron de ponerlo en antecedentes.

—Nos avisas en cuanto tengas algo. Ya sabes lo urgente que es. —Se despidió Griselle, qué, como siempre, llevaba la voz cantante.

Las adorables hermanas ya se veían cobrando la parte de la herencia, que ella tenía intacta, puesto que había una cláusula en el testamento que le impedía hacerse con la totalidad hasta que se casara, aunque nunca lo necesitó, siempre fue una persona bastante frugal en sus gastos y procuraba tener ingresos extras. Daba clases de arte a algunos alumnos y de ese modo mientras cuidaba de sus sobrinos, ya que tenía que estar en casa, se ganaba unas libras, para no tener que tocar el dinero que el banco le pasaba cada mes del fideicomiso.

El abogado empezó a mover hilos y hacer averiguaciones, la idea era intentar declararla muerta sin tener que dejar pasar los años correspondientes como desaparecida. Llamó a la aerolínea, preguntando por una pasajera y cuando le dijeron que no había embarcado en el vuelo se quedó estupefacto, “¿dónde se habría metido aquella estúpida?”, pensaba, mientras marcaba su número de móvil... “*tu, tu, tu... el teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura, si quiere dejar un mensaje, hágalo después de la señal*”, le dijo la voz del contestador de la compañía telefónica.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Anastacia ansiosa.

—Solo que no cogió el avión y desde que salió de aquí nadie la ha visto, el teléfono lo tiene apagado y al ser un país de la Unión Europea no necesita pasar por aduana, así que nadie sabe si llegó a Granada o no, esto es de locos.

—Seguro que aparece, con lo torpe que es, se habrá perdido —profetizó Griselle, con odio en la mirada. Llamó al ama de llaves para que les sirviera un poco de té y una copita de oporto para el abogado.

Se sentaron los tres frente a frente y por un momento se quedaron callados.

Madie, era la única empleada que les quedaba, se encargaba de la cocina y atender el comedor. Para la limpieza tenían una chica que iba por horas y cada vez estaba todo más dejado, porque al escasear el dinero, la limpieza se hacía más de tarde en tarde, Madie no podía con todo. La casa era enorme y aunque de cara a las amistades todo estaba bien, habían tenido que clausurar algunas estancias debido a que a las dos hermanas se les caían los anillos si se ponían a limpiar algo en la casa. La única que ayudaba a Madie era Kate, y ahora estaba desaparecida.

El ama de llaves si no se había querido despedir fue por ella, por el sueldo no era, ya que llevaba meses sin cobrar, le dijo que ni loca pensaba dejarla sola con aquellas arpías. Kate le había prometido que cuando volviese del viaje restauraría la casa que le había dejado su padre y se irían a vivir allí, aunque para eso necesitaba tener coche y no lo tenía, así que prioritario buscar un utilitario para tener movilidad, ya que la casa estaba lejos de Glasgow.

Madie era una más de la familia, aunque para sus hermanas siempre había sido la recogida. Llevaba en la casa desde que era una adolescente. Aunque se casó, no le fue del todo bien, viendo que no tenía futuro aquella relación, volvió, porque aquel, al fin y al cabo, era su hogar y por las presiones que Kate realizó en su favor.

Cuando Madie regresó con lo que le habían pedido, por su cuenta había añadido unos pastelitos, ya que era la hora de la merienda y le interesaba tenerlos contentos para poder enterarse de lo que pasaba con Kate, seguían los tres cabizbajos, parecían tres pulgas en aquella habitación. Estaban en la biblioteca, otrora llena de grandes obras y ahora desierta, ya que cada vez tenía los anaqueles más desnudos. Poco a poco estaban expoliando las fabulosas piezas que contenía la casa, daba mucha pena ver que donde antes colgaban algunos de los mejores cuadros de Constable, ahora solo quedaba las marcas en la pared. Si su padre levantara la cabeza, se decía Kate, seguro que moriría de nuevo del disgusto. Sus cuñados se empeñaban en llevar un tren de vida como si perteneciesen a la realeza, pero eso sí, a costa de los demás, sus recursos hacía tiempo habían mermado de tal modo que todo era fachada, aún así, seguían manteniendo aquella enorme casa victoriana en las afueras de Glasgow y eso era costosísimo.

Cuando terminaron de comer los tentempiés que les había preparado Madie-chica-para-todo, se miraron con caras de; ¿qué hacemos ahora?, el abogado-sanguiuela dijo que tenían que esperar unos días, que las cosas no se hacían de un día para otro, que había que “untar” a mucha gente para que no metieran las narices e hicieran la vista gorda.

Madie realizaba sus tareas y parecía que no estaba, pasaba desapercibida donde estuviese, por eso era tan buen ama de llaves y confidente de Kate, así que empezaron a hablar sin percatarse de que ella estaba escuchando sin perder detalle. Sigilosa como era su costumbre, en cuanto se dio cuenta de las intenciones de los allí presentes, se encerró en su habitación, y se sentó ante el ordenador para escribirle un correo electrónico, si se había ido voluntariamente seguro revisaría el correo de vez en cuando, pensó, aunque no estaba muy convencida de que su desaparición fuese voluntaria, por lo menos tenía que intentarlo.

Capítulo 4

—Tenemos que hablar, lo digo en serio —repitió Kate.

—Está bien, habla.

—No sé como empezar... realmente quiero decir muchas cosas pero no quiero que te enfades, quiero que me comprendas. Si voy a permanecer aquí por unos días, tengo que encontrar un trabajo, algo con que ganarme la vida, no puedo dejar que me mantengas.

—No es necesario, te puedes quedar aquí el tiempo que quieras hasta que se solucione lo de tus papeles —contestó Sebastián mientras de nuevo jugaba con su

pelo. Si se lo seguía enmarcando mucho tiempo más, se tendría que rapar, pensaba ella, le encantaba estirar sus apretados rizos, no era consciente que aquel “*greñero*” que tenía en la cabeza, sería imposible de dominar si seguía jugando con él.

—Nunca me ha mantenido nadie, no voy a empezar ahora a depender precisamente de un hombre, cuando ni siquiera lo he hecho de mis hermanas. — Argumentó.

Para acallar sus comentarios Sebastián empezó a besarla, aquello la estaba llevando a un estado de excitación que jamás imaginó, le estaba costando mucho trabajo controlarse y poder decirle las cosas que tenía intención de decir. Se estaba enamorando en el momento más inoportuno, y no era esa su intención. Se incorporó y se quedó sentada a su lado, momento en que él aprovechó para rodearle la cintura con sus brazos y besarle el cuello.

Llevaba casi una semana allí y para Kate era una incógnita la forma en que Sebastián se ganaba la vida, no se había despegado de ella en todo el tiempo, el taxi seguía aparcado en el mismo sitio que lo habían dejado cuando volvieron de la embajada. La conciencia a Kate no le permitía aprovecharse de aquella manera de un hombre como él. Era generoso en extremo y por mucho que la parte racional de su cerebro quiso oponer resistencia, su corazón se estaba enamorando perdidamente. Se levantó y empezó a pasear por la sala, pero no por mucho tiempo, era un pulpo, sus manos no podían dejar de tocarla como si de un momento a otro fuese a desvanecerse en el aire, de vez en cuando rozaba sus labios, normalmente intuía el momento en que ella más lo necesitaba, parecía leerle la mente.

—Qué voy a hacer contigo —le dijo, acallando su perorata sobre mantenerla.

—Ayudarme a buscar un trabajo, ya sé, ya sé que no tengo permisos ni nada que se le parezca, pero puedo traducir textos al inglés o dar alguna clase de arte. Supongo que conocerás a mucha gente llevando un taxi, alguien necesitará algo así, digo yo. También puedo poner un anuncio en Internet, ¿me dejas tu ordenador?

—Ya te he dicho que no hace falta que me pidas permiso para nada, lo que hay aquí es tuyo también. Como tampoco hace falta que trabajes, tengo unos ahorros y quiero que lo pases bien el tiempo que estés en mi país —argumentaba Sebastián, con aquella pícaro sonrisa que hacía que Kate se derritiera.

Decía esto mientras continuaba abrazándola por detrás y hablándole muy despacio al oído, un escalofrío recorría su columna vertebral cada vez que hacía aquello, no se habían acostado todavía, pero no tardarían mucho en hacerlo, la oposición de Kate cada vez era más débil.

De pronto la magia del momento quedó truncada por una llamada de teléfono. Sebastián miró el aparato, pero no quiso descolgar. Sería alguien que se equivocaba, solo sus muy allegados sabían su número, así que como no quería dejar de abrazarla por algo que no valía la pena, que dejaran el mensaje en el contestador, pensó.

—¿No lo coges? —preguntó extrañada.

—Seguro que no es importante.

Saltó el contestador después de unos cuantos tonos y una voz femenina dejó un escueto mensaje.

—Sebastián, sé que estás en casa. En unos minutos estoy allí, tenemos que hablar, es urgente.

Al escuchar aquella voz se puso tenso, se levantó raudo a descolgar, pero fue demasiado tarde, cuando llegó hasta el aparato el daño ya estaba hecho.

Kate no quiso inmiscuirse en sus asuntos pero desde luego no le había hecho ninguna gracia aquella llamada, era consciente que no tenía por qué, pero de pronto se sintió herida y aunque sin motivos, celosa.

No habían pasado ni diez minutos cuando llamaron a la puerta. Apareció una deslumbrante mujer, de unos veinticinco o veintisiete años, con una ondulada melena color azabache que le cubría media espalda y un estudiado maquillaje, de aquellos que parece que van con la cara lavada pero que se tarda una hora en terminar, se dijo Kate. Vestía un jersey rojo *oversize* ajustado a la cintura con un finísimo cinturón. Unos jeans que se amoldaban a sus caderas como unos guantes y unos zapatos, que seguro, pensó de nuevo Kate, que si era ella la que se los ponía no tardaba ni dos segundos en dar con sus posaderas en el suelo. Se quedó absorta mirando los zapatos, o más bien la impecable pedicura que asomaba, impoluta, del mismo tono rojo que el jersey y los *Peep toe*. Si no era modelo le faltaba muy poco. Los hombres de la edad de Sebastián salían con jóvenes como aquella, no con mujeres de su edad, eran unos cuantos años de gravedad en su contra.

En los días que llevaba allí había empezado a sentirse cómoda entre sus brazos, tenía sus reticencias por los anteriores fracasos, pero Sebastián era tan diferente que se sentía feliz. Ahora se daba cuenta que aquello era solo una ilusión, una fantasía, él tenía una vida en la que por mucho que quisiera, ella no encajaba. Se levantó para irse al dormitorio y dejarles que hablaran con total comodidad, no quería inmiscuirse en sus asuntos, aunque la joven no esperó a que ella acabase de cerrar la puerta, entró como un huracán, sin esperar a que Sebastián le cediese el paso.

—¿Quién te ha dado mi dirección? —preguntó molesto por la intrusión.

—Tu padre.

—Se puede saber por qué *carajos* mi padre te ha dicho dónde vivo.

—¿Esa es tu nueva conquista? —espetó a bocajarro, mirando hacia la puerta por donde Kate había desaparecido y sin prestar atención a lo que Sebastián le preguntaba.

—¿A qué has venido Lucía? Con quien estoy no es asunto tuyo. —Contestó aparentando estar calmado.

—Te equivocas, sí es asunto mío, puesto que a partir de ahora vas a tener que volver conmigo.

—¿Es imperativo lo de volver contigo? Creo que quedó claro, no tenemos nada en común, hay cosas que no puedo perdonar y lo sabes.

—Aquello fue una tontería, hasta cuando me vas a estar echando en cara un pequeño desliz. Somos adultos, podemos empezar de cero, en aquel momento estaba confundida, pero sabes que te quiero a ti. Eres el amor de mi vida.

—Si eso era todo lo que tenías que decirme, adiós, como puedes comprobar tengo visita.

—No, eso no es todo lo que tengo que decirte. Te aconsejo que te deshagas de ella, a no ser que sea la empleada y haya venido a hacer las tareas. —Decía Lucía mientras ponía cara de: esa-vieja-no-puede-estar-contigo, y arrugaba la nariz observando el apartamento de arriba abajo.

—¡Quieres acabar de una vez! Estoy ocupado. —Le decía mientras la cogía del brazo para acompañarla hasta la puerta, enojado por aquellas palabras.

—No tan deprisa Sebastián, no querrás hacerle daño a nuestro bebé ¿verdad? —dijo Lucía dando un tirón para soltar el brazo de la mano que lo aferraba.

Aquella frase sonó como un mazazo a los oídos de Sebastián y no digamos a los de Kate. Sebastián creyó morir, ¿cómo era posible una cosa así? Siempre había sido muy cauteloso en sus encuentros, no recordaba haber hecho el amor con Lucía sin protección, aunque la última vez... la última vez no estaba muy seguro de lo que había pasado, no creía haber bebido tanto como para no acordarse de lo que había hecho, pero así era.

—¿Has hablado con mi padre de esto?

—¿Por qué crees que me dijo dónde vivías? Tuve que hacerlo, tú desapareciste y al fin y al cabo él es el abuelo.

Aunque hablaban en español, había cosas que sonaban igual en el idioma que se dijeran. No es que Kate estuviese oyendo la conversación, es que hablaban tan alto que era imposible no escucharlos. Aquellas frases entendidas a medias la noquearon, de golpe volvió a pensar en su casa, no en sus hermanas pero sí en la seguridad del hogar. Los ojos se le inundaron de lágrimas y una bilis amarga como la hiel le subió por la garganta. Otra vez un hombre se estaba riendo de ella, otra vez había confiado en un tipo, que, de nuevo, había pensado que ella podía ser la sustituta de ocasión, el juguete exótico llegado de otro continente, o la *Mrs Robinson* de turno. Apoyó la cabeza en el frío cristal de la ventana y dejó que de sus ojos brotaran líquidos recuerdos. Habían sido unos días maravillosos y aunque la magia se había derrumbado como un castillo de naipes, el amor que sentía por Sebastián no se lo arrebataría nadie. Sería su dosis de vida cada vez que se deslizara por sus pensamientos.

—De cuanto estás. —Dijo por fin, dejándose caer en el sofá que tenía detrás.

—Dos faltas, todavía no se me nota. No hace falta que me mires la *pancita*.

—¿Te has hecho algún análisis?, ¿Te ha visto algún médico?

—Pues claro, aquí tienes el resultado del test de embarazo. —Le decía mientras sacaba del bolso la analítica de unos laboratorios.

Efectivamente, el resultado era positivo. Sebastián se quedó sin habla, el color desapareció de su cara, estaba pensando a toda máquina qué hacer con aquel problema que se le venía encima, justo cuando creía haber encontrado la persona que encajaba perfectamente en su vida, y no quería perderla. Se inclinó hacia delante y se tapó la cara con las manos, aquello no entraba en sus planes, cuando pensara tener un hijo quería que fuese con la persona adecuada, no con aquella aspirante a actriz, que solo se había acercado a él porque, desde que se enteró que era el hijo del magnate de la televisión, no paró hasta que logró que se lo presentasen. Quería entrar en el

mundillo del corazón a toda costa, sin querer entender que eso era precisamente lo que Sebastián más odiaba, ni que entre su padre y él no había favores posibles.

Viendo el cariz que estaban tomando las cosas, Kate encendió el ordenador y pensó en buscar en Internet, a ver si encontraba algo que le resultase útil para ganarse un dinero y no depender de Sebastián el tiempo que le quedase que estar allí, y que ella intentaría que fuese el menos posible. En cuanto empezó a funcionar el aparato se acordó de todos los días que llevaba sin leer el correo, no esperaba nada en concreto pero a veces llegaba algo interesante, así que se dispuso a hacerlo lo primero. En menos de una semana ya tenía acumulados más de cien mensajes, la mayoría eran de publicidad y no tenían importancia, el que le llamó la atención era uno de su fiel amiga Madie. De pronto se dio cuenta que había sido muy desconsiderada con ella, debería haberla llamado para decirle dónde estaba, pero las cosas habían ido tan rápidas que ni siquiera lo había pensado, no se lo perdonaría nunca. Abrió el correo y se sorprendió, el mensaje decía: *En cuanto leas esto ponte en contacto conmigo, todo el mundo te está buscando. ¿Dónde te metes? Tu móvil da apagado desde el día que te fuiste. Han llamado del hotel diciendo que no has llegado. ¿Ha pasado algo? Por favor contesta lo antes posible. Estoy muy preocupada.*

Aquel mensaje la dejó con muchas dudas, ¿por qué la buscaban? Sus hermanas nunca se habían preocupado por ella, a qué venía ahora tanta inquietud. Esperaría a que Sebastián se desocupase y le pediría prestado el teléfono, otro gasto más que añadir a la deuda, pensó.

Sebastián se deshizo como pudo de Lucía pero siguió sin moverse de donde estaba. Cuando Kate dejó de oír la voz chillona de la que supuso era la exnovia, se atrevió a salir de la habitación. La primera intención era la de pedirle el teléfono, averiguar que pasaba y salir de allí lo antes posible, pero al verlo tan abatido, se sentó a su lado, aunque con cara de pocos amigos, le pareció feo enfadarse con él sin motivo aparente, primero intentaría encontrar una explicación a todo aquello.

—Mañana iré a la embajada a ver como van mis papeles —dijo Kate por iniciar una conversación—, supongo que si no están listos, me buscarán donde quedarme mientras tanto.

—¿Qué se supone que estás insinuando? No recuerdo haberte dicho que te fueras. —Sebastián estaba furioso y casi lo pagó con ella.

—Aunque mi español no es perfecto, mis oídos se están acostumbrando a vuestro acento, y no es que haya estado escuchando, es que las paredes son muy finas y sin querer he oído todo. Sé que no tengo ningún derecho a estar aquí...

—Y ¿cuándo se supone que has perdido ese derecho? — la cortó—. Esta es mi casa y yo te pedí que te quedases, lo que has oído no tiene nada que ver con tu estancia en este apartamento, yo decido quien puede quedarse y quien no.

—Sebastián, no tergiverses. Tu novia está esperando un hijo tuyo, ¿qué crees que tengo que hacer?, ¿quedarme aquí y hacer un trío con vosotros?, ¿ser la niñera de lo que nazca? No me fastidies, y no me salgas con lo de todos los hombres, yo no sabía, yo no quería, yo estaba muy borracho. ¡Ja!, a otro perro con ese hueso. — Intentaba no enfadarse, pero no pudo, los celos hablaban por ella.

Kate estaba fuera de sí, si hubiese estado en su territorio, quizás pudiese haber manejado la situación de otra manera, pero la distancia, la soledad y lo que había empezado a sentir por Sebastián pudieron con ella ¿por qué esa insistencia en que se quedara?, ¿qué veía en ella?, ¿le estaría gastando una broma? Preguntas que martilleaban su cerebro y no acababa de entender, le asustaba sentir lo que sentía con tanta intensidad.

Sebastián se puso de pie, recogió la prueba de embarazo que había dejado caer al suelo y se la quedó mirando con los puños apretados. Solo le faltaba aquello. Pero de pronto se relajó al darse cuenta de algo. Kate estaba... ¿celosa? Estalló en una carcajada nerviosa. Acercándose a ella, pasó un brazo por debajo de sus piernas y se sentó con ella encima.

—¿Puedo saber que te hace tanta gracia?, a mí no me parece que la situación sea para nada divertida —murmuró Kate extrañada, intentando zafarse de sus caricias. No sabía cómo tomarse aquello.

—Puntalicemos —contestó Sebastián sin explicar el motivo de su hilaridad—, como no entiendes bien el español no te has enterado de nada. Lucía no es mi novia, no sé que pretende pero pondría la mano en el fuego sin quemarme que ese niño, si lo hay, no es mío (no podía decirle a Kate que lo único que Lucía quería, era utilizarlo). Otra cosa es que lo fuera, tampoco lo descarto, porque ella quiso ser mi novia, si te das cuenta enfatizo la palabra “quiso”, porque nunca me gustó y si estuviera esperando un hijo mío, lo único que podría reclamarme sería una pensión, nada más.

—Pero un niño necesita un padre y una madre, e imagino que aunque no te “gustara” bien que te acostaste con ella —replicó Kate, nada convencida a la vez que furiosa.

Mientras ella intentaba ensamblar lo que él le había dicho, con lo que ella había escuchado, Sebastián se dedicaba a deshacerle la trenza que ella había rehecho mientras estaba en la habitación. De pronto se soltó de los brazos de él acordándose de que su primera intención había sido pedirle prestado el teléfono.

—¡Ey! ¿Se puede saber qué pasa ahora? ¿Qué he hecho esta vez?

—Necesito que me dejes hacer una llamada, te prometo que en cuanto recupere mis cosas te pago todo lo que te debo.

—Vuelta la burra al trigo —dijo Sebastián de nuevo irritado—, cuantas veces te he repetido que no me pidas permiso para utilizar nada de lo que hay en esta casa.

—Es una llamada a mi amiga... a un móvil, a Glasgow. Me he tomado la libertad de mirar mi correo desde tu ordenador y tenía un mensaje muy extraño. O quizás no tanto, estoy en cuenta que no me he puesto en contacto con ella desde que salí de casa.

—Lámala inmediatamente, desde luego le doy la razón, pensarán que te ha pasado algo malo.

Sebastián se retiró de su lado para darle privacidad en su conversación. Kate marcó el número del móvil de Madie sin pensar en la diferencia horaria, menos mal que en Glasgow debían ser las diez y media de la noche, hora en que su amiga estaría sola en su habitación.

Cuando Madie recibió la llamada, sin reconocer el número, por un momento pensó en colgar directamente, estaba harta de que llamasen de cualquier compañía a vender algo, o a ofrecer la mejor tarifa de cualquier servicio telefónico. Casi había presionado la tecla de colgar cuando le vino a la mente como un flash ¿y si era Kate?

—Hi, Madie speaking.

—Madie, soy Kate —contestó cuando oyó la voz de su amiga.

—¡Gracias a Dios! Kate ¿Dónde te metes? Estaba muy preocupada, no sabes el revuelo que se ha armado.

—No entiendo el porqué de tanto revuelo, si nunca se han preocupado por mí, ¿a qué viene ahora este alboroto?

—Pues deberías saberlo, como no apareciste en el hotel, tus hermanas quieren declararte desaparecida y así cobrar la parte de tu herencia.

A medida que hablaba el color de la cara de Kate iba mudando, Sebastián se la miraba mientras pensaba como quitar la angustia que asomaba en aquellos lindos ojos color caramelo.

—Pero eso no pueden hacerlo, se supone que debería estar no sé cuantos años sin aparecer —contestaba Kate incrédula. Aún conociendo a sus hermanastras jamás pensó que llegarían tan lejos con tal de anularla.

—¿Me vas a decir dónde estás o lo tengo que adivinar? —preguntó Madie al ver que se había quedado callada, a causa de la impresión que le había causado la noticia.

—¡Oh! Sí... no te lo vas a creer... estoy en Bogotá.

—¿En Bogotáááá? —gritó sin poderlo creer.

—No chilles que te van a oír en toda la casa. —Kate hablaba en murmullos, no quería que Sebastián se enterase de los problemas que tenía con su familia.

—Tranquila, estoy en mi habitación y como han estado “reunidos” con Arthur, aquel fantástico abogado ¿te acuerdas? —dijo Madie con sarcasmo. —Han bebido como esponjas, que para eso sí hay dinero.

Cómo olvidarse de aquel mal nacido, por su acoso ella estaba en la situación que estaba, la premura por el viaje había sido precisamente por su culpa, después de muchos años hostigándola por las “buenas” Arthur había decidido actuar, seguramente alentado por sus cuñados, intentó abusar de ella para obligarla a que se casara con él. Pensaba que estaba en la edad media y la doncella mancillada no tenía otro remedio que casarse con el truhán que había abusado de ella. Aunque parte de la culpa de todo aquello era de su padre, intentando dejar a sus hijas en la mejor posición, incluyó una cláusula en el testamento en la que solo podían disponer de la herencia al

casarse y aún así los albaceas serían los maridos. Por eso sus cuñados habían podido dilapidar la fortuna de sus hermanas tan deprisa, y ese era el motivo por el que Arthur necesitaba casarse con ella, para disponer del resto de su dinero. Su padre era un excelente empresario y mejor persona, pero seguía anclado en su machismo. Kate viendo la jugada no se dejó amilanar y el premio de Arthur había sido un buen rodillazo en sus partes nobles, que le había tenido unos cuantos días sin demasiadas ganas de hacer uso de ellas. Antes dejaba la herencia a una institución benéfica que casarse por dinero, aunque paradójicamente, este ya fuese suyo.

—Entonces ¿qué me recomiendas? Sabes que no me apetece nada volver a casa, es más, ahora no sé si quiero volver.

—Sencillamente llámalas, o haz algo para que vean que estás viva y así desmontar su numerito. Y luego me explicas cómo es que has ido a parar tan lejos ¿no tenías tantas ganas de ir a Granada? ¿Qué se te ha perdido en Colombia?

—Es largo de contar, pero que sepas que no me olvido de ti, aunque no sé cuándo podré volver... perdí mi pasaporte —dijo Kate antes que Madie empezara a hacer preguntas.

—Escríbeme un correo electrónico, de momento eso no me lo tocan —apuntó Madie. —Quiero que me lo expliques todo con pelos y señales.

—Estoy cansada de luchar, Madie, si me quieren declarar muerta que lo hagan, total lo único que quieren es casarme con ese imponente para cobrar mi herencia, ya me buscaré la vida. Al fin y al cabo con la pensión que me pasa el banco tengo más que suficiente, ya sabes que tengo bastante con poco. Te tengo que dejar, el teléfono es prestado. —Resolvió Kate y colgó antes que su amiga la reprendiera, como siempre que se ponía trágica.

Cuando la voz de su amiga se hubo acallado, Kate se quedó casi en trance. Hiciese lo que hiciese la mala suerte la acompañaba siempre. Dejó caer la cabeza contra el frío de los cristales mordiendo fuerte el labio con tal de no llorar. Miraba la tarde gris y húmeda, típica de Bogotá, pero no veía nada, solo el reflejo de Sebastián, que se acercaba por detrás mientras se la miraba sin saber qué decir o hacer. No había escuchado de la conversación nada más que palabras sueltas de Kate, ya que había hablado en voz tan baja que apenas era un murmullo.

Llegó hasta ella y tímidamente le rodeó la cintura con sus brazos. Estaba tan encantadora con aquella carita de angustia, esa mirada fija en un horizonte que sus ojos no veían. Sebastián no podía más, le dolía el cuerpo entero de tanto reprimir sus sentimientos. Quería demostrarle que su amor era sincero. Si en algún momento quería abrirse a él y confiarle sus temores y sus angustias, intentaría ayudarlo a resolver todos sus problemas. No estaba dispuesto a que nada, ni nadie, empañara de nuevo esos ojos ambarinos que tanto le impactaron desde el momento en que los vio por primera vez. Estrechó un poco más fuerte su cintura y olió el perfume que le había regalado el día anterior y que ella había rechazado como todo lo que él le compraba. Hasta que no se enfadaba con ella no lo aceptaba, era como una niña, todo le parecía excesivo si era para ella, sin embargo, su sobriedad era increíble. Anotaba todo lo gastado en una libreta y cada vez que recibía algo decía lo mismo, en cuanto recupere mis cosas te lo pagaré todo. Sebastián había empezado a adorar esa frase, le encantaba regalarle cosas, con tal de escuchársela decir y ver como se ruborizaba con cada presente que recibía suyo.

—¿Algún problema? —se atrevió a preguntar Sebastián.

—No, no te preocupes, todo está bien —contestó Kate, restañando una lágrima que al final había podido escapar de la cárcel de sus pestañas.

—Sabes que puedes contar conmigo si tienes alguna dificultad —recalcó.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no te preocupes, todo está bien.

—Nada está bien, aunque lo intentes no me engañas, ese desánimo en tus ojos me dice que nada está bien, y me gustaría saber quién es el causante de tanta tristeza, sería capaz de matarlo con mis propias manos.

—¿Quién ha hablado de hombres? En ningún momento he dicho que mi desánimo sea causado por un hombre es... todo, es que nada me sale bien.

—¿No quieres contármelo? Si te desahogas te sentirás mejor. —Le decía Sebastián a la vez que intentaba llevarla a la posición anterior. Le gustaba tenerla sobre él, era tan frágil que parecía que se pudiera romper. Aunque tenía un carácter del demonio, sonrió acordándose de la mañana en que casi le había destrozado el salón.

Quiso llevarla de nuevo al sofá pero Kate estaba ensimismada en sus pensamientos, se maldecía a sí misma por no haberse mostrado más contundente y haber sido capaz de plantar cara a sus hermanas mucho antes de que tomaran las riendas de su vida, sin consultar para nada con ella. Estaba cansada de intentar unir a la familia para recibir nada más que migajas de cariño y siempre según el interés.

Se zafó de los brazos de Sebastián y se encerró en el dormitorio, único lugar de todo el apartamento en que podía estar sola, le daba vergüenza utilizarlo así, pero en aquel momento necesitaba repasar los últimos acontecimientos de su vida y hacerlo a solas. Se había sacrificado por sus hermanas y ahora lo único que querían era declararla muerta. Tenía que pensar muy bien qué hacer, por un lado le apetecía quedarse allí, con Sebastián, y no volver a pensar más en ellas. Aquello tampoco podía ser, él tenía una vida que además se le había complicado bastante, por lo menos eso decía él. “Los hombres, ya se sabe, son todos iguales, ven una mujer bonita y se les olvida hasta su apellido”, pensó Kate con tristeza. No tenía derecho a reprocharle nada y lo sabía, pero no por ello se sentía mejor, sobre todo después de sentirse tratada como una princesa. Aunque ella intuía que las palabras de Sebastián hacía ella eran adulación pura y dura, le gustaba sentirse por unos días una persona especial.

Sebastián dejó pasar un buen rato antes de acercarse a la puerta y tocar con los nudillos, estaba preocupado, Kate llevaba demasiado tiempo encerrada allí dentro y lo único que había escuchado eran unos quedos sollozos. “Estos británicos ni siquiera son capaces de llorar en alto”, pensaba Sebastián.

—Kate, ¿estás bien? Estoy preocupado.

Al cabo de unos minutos, Kate abrió la puerta con los ojos enrojecidos por el llanto bajando la cabeza avergonzada por el espectáculo que estaba dando. Si antes estaba desorientada, ahora estaba mucho peor, no sabía qué hacer, tampoco qué decir. Conocía a Sebastián de tan solo una semana, no podía ir explicando sus problemas al primero que se encontraba en la calle, aquello no iba con ella.

—Ya estoy mejor, gracias por tu preocupación —dijo dirigiéndose al cuarto de baño a refrescarse la cara y borrar en lo posible las huellas del llanto. No es que le importase demasiado su aspecto. Cuando tenía que acudir, a la fuerza normalmente, a algún evento que sus hermanas organizaban, procuraba ir correcta pero sin llamar la atención, consiguiendo pasar desapercibida la mayoría de las veces, por eso se había acostumbrado a aquel estilo campesina que ocultaba su figura, y de no haber sido por el color de su pelo, estaba segura que nadie se acordaría de ella. Nunca usaba maquillaje, ni grandes escotes, ni siquiera zapatos de tacón. Solía ser el patito feo de todos los eventos, pero ya le estaba bien, ese era su propósito. No estaba interesada en gustar a ninguno de lo pretendientes que sus hermanas, muy interesadamente, durante años le buscaron.

Había salido del baño con la cara húmeda todavía, Sebastián quiso abrazarla, pero ella se soltó de su abrazo, quería salir de allí, pero no tenía dónde ir mientras no tuviera su pasaporte, y ahora, a lo mejor, ni siquiera podría mantenerse si sus hermanas lograban su propósito.

—Vamos a cenar, tienes que salir y olvidarte de lo que sea que te ha puesto así —oyó decir a Sebastián.

—Gracias, pero no tengo hambre, ve tú, por mí no te preocupes.

No tenía ganas de salir, ni de comer, ni de nada. Solo quería que el tiempo pasase y que todo quedase en una broma pesada del destino, como tantas otras que le había jugado ya.

En sus ojos se veía tanta desolación, de pronto, Sebastián pensó que aunque ella dijese que no, aquel dolor tenía que deberse a la traición de algún hombre, ahora encajaba todo, había salido huyendo, eso debía ser. En su aturullamiento se había equivocado hasta de puerta de embarque. Cómo alguien había podido hacerle daño a aquel ángel, pues eso es lo que era para él, un ángel que había llegado a su vida en su momento más bajo.

Sebastián por enésima vez había discutido con su padre, y ahora sí, ahora era definitiva la ruptura. No sabía como repetirle que le era imposible estar dieciséis horas metido en un despacho, escuchando las banalidades de los directores, los productores o simplemente los celos entre los actores de las telenovelas de moda, no y mil veces no. Él no había nacido para pisar moqueta, él necesitaba del asfalto para ser feliz, de su música y de alguien como ella, sencilla, noble y desinteresada. Alguien a quien no pensaba dejar escapar, Kate sería suya costase lo que costase, se necesitaban, eran almas gemelas.

Capítulo 5

Sebastián pudo convencer por fin a Kate para salir a cenar, necesitaba aire fresco y sacar de su interior todo aquello que la estaba martirizando, y él se había propuesto averiguarlo. Llegaron al restaurante y Kate no había dicho una palabra en todo el camino, a Sebastián no le gustaba nada aquel mutismo, lo que fuese que le había hecho, quien fuera que se lo hubiese hecho, lo iba a pagar muy caro, se decía Sebastián. Llegó el camarero y les preguntó si tomarían algún aperitivo antes de la cena. Pidió por los dos. Sabiendo que ella no solía beber le pidió un *alexander*, esperando que le gustase, ya que parecía ser que el café no era lo suyo, ojalá le gustase la ginebra, porque no conocía ningún cóctel elaborado con té, bueno sí, conocía uno, pero supuso que sería demasiado fuerte para ella.

—Para mí no pidas nada por favor, no voy a cenar, no tengo hambre.

—Ya lo creo que vas a cenar y te vas a tomar el aperitivo que te he pedido, te abrirá el apetito, verás como te sientes mejor.

—Es que ahora no sé cómo te voy a poder pagar todo esto, han surgido algunos... problemas. —Dijo Kate, pestañeando intensamente, intentando que las lágrimas se mantuvieran donde estaban.

—Kate, mírame a los ojos... por favor, mírame, no te escondas tras ese muro, quiero que me cuentes qué ha pasado. Quién te ha dado un disgusto tan grande para que no seas capaz de mirarme a la cara. Dime quién es ese cabrón y te juro que lo mato —espetó indignado.

—Perdóname por este numerito, no suelo dejarme llevar por mis emociones —se excusó Kate. No sabía que decir ni por qué le decía todo aquello ¿Qué sabía él de Arthur?

—Es bueno dejarse llevar de vez en cuando —constató Sebastián—. Además sabes que delante de mí no tienes que ser fuerte, yo lo seré por ti.

Sebastián consiguió que Kate comiera algo de su plato, llevaba media cena jugando con el tenedor apartando la comida de un lado para ponerla en el otro, al final Sebastián casi le tuvo que meter el tenedor en la boca. Al ver que si no comía, él le daría de comer como si de una niña se tratase, ingirió algo de lo que le habían servido. Entre el cóctel, lo poco que comió y la copita de vino que Sebastián le hizo beber con la comida, se le soltó la lengua, “gracias a Dios”, pensó él. Casi a la fuerza, pero por fin pudo medio reconstruir su historia, su desasosiego no era por culpa de un hombre, o no de la manera que él creía, pensó aliviado, pero que sus hermanas jugaran con su vida de aquella manera le parecía abusivo. No quiso ahondar más, estaban en un sitio público y aunque ella se contenía, él se conocía y a lo mejor no era capaz de guardar la compostura.

Al llegar a casa y viendo a Kate algo más tranquila, quiso indagar en su pasado, necesitaba saber qué misterio entrañaba aquella llamada y porqué ella era tan reacia a hablar de su familia, quería saber todo de ella, quería respirar el mismo aire que ella, besar aquellos labios que ella se humedecía, sin darse cuenta, de lo irresistiblemente sexy que se ponía cada vez que lo hacía. En definitiva, quería ser todo en su vida, como ella, ya lo era todo en la suya.

—¿Por qué nunca te has casado? ¿Por tus hermanas? —preguntó esperando no incomodarla.

—Más o menos —contestó evasiva.

—Deberías tenerme algo más de confianza, creo que te he demostrado que te quiero y que quiero todo lo mejor para ti.

—No es por tí, es por mí —dijo Kate enigmática.

—Ahora sí que me pierdo, no sé qué quieres decir.

—Sencillamente que no sé qué me está pasando, debería estar enfadada contigo y no puedo.

Sebastián arqueó las cejas sin entender bien lo que ella trataba de decirle, no entendía por qué tenía que estar enfadada con él, pero lo averiguaría más tarde. Ahora le interesaba que Kate hablara y le fuese cogiendo confianza.

—Kate, yo sí sé lo que te está pasando. Te está pasando lo que todos hemos soñado alguna vez en nuestras vidas, que aparezca alguien en el momento más inesperado y no quieras saber nada más, yo sé que tu cuerpo te está pidiendo quedarse conmigo y que realmente lo que quieres es lo mismo que yo, que te quedes a mi lado.

—¿De verdad piensas que es así de sencillo? —preguntó Kate mirándolo con una luz diferente en la mirada, una luz que hacía brillar sus ojos como gotas de ámbar brillando con la primera luz de la mañana.

Estaban abrazados, unidos no solo por sus cuerpos, que casi se habían fundido en uno, también sus corazones palpitaban con la misma intensidad.

—Kate, ¿me dejas compartir habitación? —preguntó de pronto Sebastián.

—Compartir habitación ¿O lecho?

—Lo que tú digas para mí estará bien, aunque espero que digas lo que deseo escuchar.

Kate lo cogió de la mano y entraron juntos en el dormitorio. Se empezaron a desnudar el uno al otro, lentamente, sin prisas, teniendo muy claro que necesitaban el contacto físico para desinhibirse. Sebastián, anhelante, quería sentir el roce de su piel, pasar la curva de su cuello y llegar hasta sus pechos, bajar por su cintura hasta perderse en sus sinuosas caderas, en la blancura de su piel. Kate respiró agitada, nerviosa, dejó reposar la cabeza en el amplio pecho masculino aspirando su aroma, impregnándose de su deseo. Llevaba tantos días negándose a sí misma la necesidad que tenía de él, que cada fibra de su cuerpo reclamaba mayor atención de la que de momento le brindaba. Sebastián se separó un poco de ella y empezó a rodearla muy despacio, atesorando cada detalle de aquella figura de porcelana, que por fin, iba a ser suya. La respiración de Kate cada vez era más dificultosa, la sangre recorría sus venas haciendo que su cuerpo ardiera en llamas. Mientras, él se deleitaba en su contemplación, sin prisas. Kate estaba a punto de estallar, jamás había sentido por nadie algo tan intenso, tan devastador. Sus dedos se morían por tocar aquel varonil cuerpo, que parecía sacado de la película *300*, aquellos casi dos metros de arrolladora masculinidad, enredarlos en aquel vello canela de su pecho, sentirse protegida entre sus musculosos brazos y besar cada centímetro de su piel. Por fin Sebastián acabó de admirar su cuerpo desnudo, él también estaba ardiendo y le era imposible retardar por más tiempo el momento de hacerla suya.

Hacia tanto tiempo que Kate no mantenía relaciones con nadie, y esas relaciones habían sido tan desastrosas, que podía considerarlas como meros accidentes en su vida. Por eso sabía que lo que estaba viviendo escapaba a su alcance, era lo que siempre anheló y nunca nadie supo darle. Era un sueño y temía despertar.

—Eres preciosa —le dijo al oído, viendo como bajaba la cabeza sofocada. El calor de su cuerpo atravesaba su piel y la abrasaba como carbón ardiendo, aquellos

susurros la perturbaban y la dejaban sin aliento.

—Me vuelves loco —continuó murmurando muy suave, mientras besaba sus labios. —Eres la persona que he buscado durante toda mi vida. —Mientras hacía esta declaración, Sebastián recorría con su dedo el contorno de su piel, si no hubiese estado tumbada junto a él, se habría desmayado, las piernas se le licuaban cada vez que él le hablaba de aquella manera, tan quedo y susurrante. Sebastián se incorporó un poco y cogió una de las guitarras que tenía al lado, empezó a tocar unos acordes mientras Kate se volvía hacia él y sostenía la cabeza en su mano y su boca lucía una enorme sonrisa.

—No sé si te gustará la música de nuestra tierra, pero he recordado un bolero que creo que te lo dedicaron a ti —dijo mimoso.

—*Desde el cielo he recibido la noticia*

De que un ángel se ha escapado sin querer

Y que anda perdido por la tierra

Lo que tiene es que se viste de mujer...

Empezó a cantarle el bolero y Kate creyó morir con la preciosa letra. Se deleitó en la música y cuando terminó de cantar, lo rodeó con el brazo y empezó a besarlo mientras le susurraba lo loco que estaba.

—Eres todo un poeta, ¿lo sabías?

—Tengo delante a mi musa —le dijo besando aquellos labios que tanto había deseado.

—Adulador... me encanta la música de tu tierra.

Amanecieron abrazados, ahitos de felicidad, Kate pensó que estaba junto al hombre más sexy que existía en el mundo y aunque le parecía mentira, la quería a ella, a Kate Cameron, increíble, se dijo, mientras afloraba una sonrisa de felicidad a su boca. El magnetismo era tal que se sentía incapaz de negarle nada, se lo quedó mirando fijamente, grabando en su retina las facciones tan masculinas, pasando los dedos por su pelo, algo más rubio que el de ella, pero con aquellos reflejos avellana, las cejas casi cobrizas, la nariz recta, esa boca de labios perfectos y sonrisa embriagadora, aquella mandíbula cuadrada que denotaba mucha determinación, con una suave pelusilla de dos días, y aquel cuello robusto. Kate gimió de placer al recordar lo que había pasado solo una hora antes, se apretó contra él acariciando el fornido pecho masculino, enredando sus dedos en el fino vello de su torso, aquello fue suficiente para que Sebastián la poseyera de nuevo, dándole de ese modo los buenos días.

Habían pasado una noche como jamás ninguno de los dos pensó, incluso habían sido capaces de olvidar sus problemas... de momento, porque todavía seguían estando ahí.

Sebastián se levantó el primero, ella seguía padeciendo algo de jet lag, se duchó y la esperó preparando el desayuno, después hablarían y tomarían decisiones.

Mientras desayunaban indagó en los problemas de Kate, quiso saber qué noticias le habían comunicado en aquella llamada que la había puesto tan triste. Kate le explicó más o menos lo que le había dicho Madie, la petición de que se hiciera notar, también que no tenía ganas de seguir luchando contra ellas, al fin y al cabo, había llegado a la conclusión de que no valía la pena, no las necesitaba.

—Mientras no toquen la casa que heredé de mi padre, por mí que se queden con todo lo demás, a ver cuanto les dura —concluyó.

—Pero es tu herencia, no tienes que dejar que se salgan con la suya. Si quieres un consejo, le tendrías que hacer caso a tu amiga y darles la batalla, que no se salgan con la suya.

—Estoy cansada de luchar por nada, haga lo que haga para ellas nunca es suficiente.

—Haz las maletas, nos vamos a Glasgow —dijo Sebastián rotundo cuando Kate hubo acabado de relatar las desavenencias con sus hermanas.

—¿Te has vuelto loco? Pero si ni siquiera me han tramitado los papeles.

—De eso no te preocupes, ya me encargo yo.

—Pero tú tienes que trabajar. No puedes dejar tirado tu empleo solo por arreglar algo que ni siquiera te incumbe —argumentaba Kate nerviosa.

—Te dije que tengo unos ahorritos, y si tú eres una rica heredera, creo que no necesitaré trabajar nunca más si me caso contigo. Sabía yo que enamorarme de ti me traía cuenta. Ya ves, así me puedo permitir el lujo de no trabajar —rió con humor por la broma que le hacía, aunque por la cara que puso Kate parecía que se lo había tomado en serio, si bien él continuó riendo sin darle ninguna importancia.

Le dio un sorpresivo beso y se marchó no sin antes decirle que tuviera todo listo para partir cuanto antes.

Kate buscó en los armarios y encontró una bolsa de viaje y un par de maletas, no tenía ni idea de qué era lo que pensaba llevarse él en aquel impulsivo viaje, así que preparó un par de mudas y algo de ropa de abrigo ya que en Glasgow hacía frío. Mientras esperaba a Sebastián, se iba repitiendo los motivos por los que no debería involucrarlo en sus problemas, pero él había tomado las riendas de la situación y con lo cabezota que era, por muchos argumentos que le diese estaba segura que no servirían de nada.

Cuando llegó Sebastián, ella estaba sentada en el enorme sofá del comedor-salón hojeando uno de los tantos libros de música que había diseminados por toda la casa. Entró blandiendo el pasaporte de Kate y unos billetes de avión para salir aquella misma tarde.

—He guardado el taxi en el garaje así que tomaremos uno de alquiler, no quiero dejarlo en el aparcamiento del aeropuerto, nunca se sabe —dijo, y pidió un taxi por teléfono.

Llegaron al aeropuerto en menos de veinte minutos, todo un record dado el abundante tráfico que había a aquellas horas, Sebastián iba muy seguro, la tomó de la mano y casi la arrastraba, aunque habían llegado con tiempo de sobras, no le gustaban las prisas, iba concentrado en el mostrador que buscaba, el de salidas internacionales, cuando escuchó una voz que le llamaba en inglés.

—*Sebastian, Sebastian...*

Miró tras él y Kate se puso muy nerviosa al ver una mujer, algo mayor que ella, que corría hacia ellos con un perrito en un brazo, saludando con la otra mano levantada.

Cuando la vio, Sebastián se puso rígido, mudó el color de su cara, apretó la mandíbula, sus ojos parecían estar cargados de odio, pero en el fondo se percibía algo así como decepción, o quizás era tristeza. “¿Cuántos años hacía que no veía a aquella mujer? ¿Por qué tenía que aparecer en aquel preciso momento?” Se preguntaba Sebastián.

Kate estaba perpleja, no entendía nada. Esperó paciente, aunque con un nudo en el estómago, a que llegase a su lado y ver cómo se le colgaba del cuello, le acariciaba la cara y le daba dos sonoros besos en... ¿la mejilla? Cada vez entendía menos y tenía menos idea de quien podía ser aquella mujer. Una mujer que parecía salida de una revista de modas, no le faltaba detalle, tanto, que parecía un árbol de navidad por la cantidad de abalorios que colgaban de su indumentaria, y, para acabar de rematar la jugada, un señor de mediana edad llegaba corriendo tras ella, casi sin aliento.

—¡Qué sorpresa! No esperaba encontrarte precisamente aquí. —Espetó Sebastián sin ningún miramiento.

—He venido a verte, cariño. Después de tanto tiempo y me tratas así, que desconsiderado eres. —Decía en inglés con engolada voz.

—Fuiste tú la que me abandonaste, yo siempre he estado en el mismo sitio y jamás te volviste a acordar de mí. Puedo saber: ¿qué poderosa razón te ha hecho recordarme ahora?

—¿Has venido a despedir a alguien? O ¿es qué alguien te advirtió de mi llegada? Era una sorpresa —argumentó Sophia, que así se llamaba, pasando por alto la pregunta de Sebastián y haciendo un mohín.

—No, nadie me dijo nada, he venido porque me voy de viaje.

—Mi amor no puedes hacer eso, precisamente ahora que he vuelto, y lo he hecho por ti. —Continuaba mimosa como una gata de angora.

—¿Por mí? Pues si lo has hecho por mí, te podrías haber ahorrado el viaje —masticaba las palabras de tal modo que su voz se tensaba como una cuerda.

—Cariño, quería presentarte a mi esposo y tenía la intención de que fuéis buenos amigos. Thomas, te presento a Sebastián, te he hablado mucho de él.

—Hola, cómo estás. —Le tendió la mano conciliador.

—Hola.—Contestó Sebastián huraño.

Kate no entendía nada, la cara de aquella mujer le sonaba de algo, aunque no era capaz de ubicarla, ya se acordaría, pero ¿no era demasiado mayor para haber sido algo suyo? ¿Estaría ante un degenerado al que le gustaban las mujeres mayores? Nunca le había hablado de ella, bueno, lo cierto era que no habían hablado de nada relacionado con su vida, ni siquiera le había contado nada sobre su familia. Ahora se daba cuenta de que en realidad era un perfecto desconocido, no le había presentado a ninguno de sus amigos o familiares, solo aquella exnovia y tampoco quiso darle muchas explicaciones.

—Sebastián, no hace falta que me acompañes, dame mi pasaje y atiende a tus amigos. El avión está a punto de salir, en cuanto llegue a Londres te mando un cheque con el importe de mis gastos —dijo Kate molesta, viendo el cariz que tomaba la conversación.

Sebastián no sabía que decir, no quería que se fuera, ni entendía la actitud de Kate aunque tampoco quería presentarle a aquella mujer que tanto daño le había hecho en el pasado.

Se quedó mirándola sin ver nada, solo algunas imágenes en su cabeza, las noticias en el televisor, diciendo que la gran Sophia Carter se había vuelto a casar. La única reacción que tuvo ante aquella noticia, fue estampar la botella de coca cola que tenía en la mano contra la pantalla y romper aquel infernal aparato que solo daba malas crónicas. No podía entender qué le había hecho para que se marchase de aquella manera, como una vulgar delincuente, sencillamente hizo las maletas y se fue, sin despedirse, sin decirle por qué lo hacía. Creyó morir, durante semanas se las pasó al lado del teléfono, esperando una llamada suya, no quería comer, ni dormir, solo esperaba una llamada, una explicación, si había sido culpa suya le compensaría, se portaría bien, haría todo lo que ella le dijese y no molestaría a sus amistades cuando vinieran a casa, se decía. Pero la llamada nunca llegó, pasaron las semanas, los meses, incluso los años y lo único que recibió de ella fue una postal en navidad y un carísimo regalo el día de su cumpleaños.

—¡Sebastián, Sebastián! —le llamaba Kate sin que él advirtiese su presencia. Le tocó el brazo y notó cómo daba un respingo, sus pensamientos estaban muy lejos de aquel aeropuerto.

—Eh, esto... dime, esto, ya voy... ya voy, tengo que despedirme. —Contestó Sebastián casi sin entender lo que Kate le había dicho.

—Te decía, que como veo que tienes algún que otro problema y están llamando para nuestro vuelo, mejor me voy yo sola, no te preocupes por mí, podré arreglármelas, te recuerdo que voy a mi país. —Mientras decía esto, un nudo se le iba formando en la garganta, no quería separarse de él, pero eran demasiadas mujeres en su vida. Kate no estaba dispuesta a pasar por otro desengaño, si podía evitarlo, y esta vez creía haberse dado cuenta a tiempo, antes de cometer la locura que casi había estado a punto de cometer.

—Sophia, Thomas, lo siento pero me tengo que ir —se despidió Sebastián al caer en la cuenta que Kate se le perdía por entre la gente—, en otra ocasión hablaremos.

Salió corriendo tras Kate, de pronto una nube de personas la arrastraron y él la acabó de perder de vista, “endiablada mujer, siempre tan impulsiva”, pensaba, mientras gracias al color rojo del pelo de ella y a la elevada estatura de él, la vio pasar por el arco detector de metales. Un suspiro de alivio se le escapó cuando por fin la tuvo de nuevo a su lado.

—¿Se puede saber por qué has salido huyendo de esa manera?

—No he salido huyendo, yo no huyo, deberías saberlo, no quería que se me escapase el vuelo.

—Kate, dime la verdad ¿ha sido por aquella mujer? —preguntó Sebastián intrigado por su reacción.

—Para nada, ya te he dicho que el vuelo estaba a punto de salir —mintió ruborizándose, haciendo evidente la sospecha de Sebastián.

—No debes preocuparte por esa mujer, nunca significó gran cosa en mi vida... algún día, cuando esté preparado, te hablaré de ella.

Cuando llegó la hora de subir al avión, Kate se puso rígida, su rostro de pronto perdió todo rastro de color y quedó petrificada, el pánico a volar se había hecho presente. No había pensado en ello durante todo el trayecto, iba distraída pensando en las historias de Sebastián y después el encuentro en el aeropuerto con sus conocidos la descolocó un poco, pero ahora justo en el momento del embarque, regresó. Había empezado a sudar y la ansiedad ante la inminente salida hizo el resto, se tensó al acordarse de que no disponía de sus ansiolíticos, y aquello aún la puso más nerviosa.

—No puedo... lo siento, no puedo —empezó a decir con la voz entrecortada por el pánico.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó Sebastián extrañado.

—No puedo subir a ese avión, lo... lo siento... no puedo.

—Kate, mírame, no te va a pasar nada, además ya hiciste este mismo trayecto pero en sentido contrario ¿por qué ahora no puedes?

—Es que tú no lo entiendes —casi le gritó—, tengo pánico a volar, no puedo subir, me... está... costando... respirar —decía cogiéndose el pecho y boqueando como un pez que ha saltado fuera del agua.

Sebastián la abrazó y le acarició la cabeza con calma mientras le susurraba palabras de ánimo, poco a poco a medida que la respiración iba adquiriendo un ritmo normal, la ayudó a sentarse en un banco y le trajo una botella de agua.

—Bebe, te sentirás mejor.

—Gracias, pensarás que soy una tonta —dijo Kate con una risa nerviosa y aún temblándole las manos.

—No, mi amor, no eres tonta, pero dime ¿cómo lo hiciste para venir hasta aquí?

—Tenía mis ansiolíticos, me tomé unas pastillas que me duermen y en principio tenía que ser un trayecto corto, la verdad es que la mitad del viaje la pasé agarrada a los brazos del asiento y rezando. Se me hizo interminable.

—Bueno, pues en este caso el ansiolítico voy a ser yo, verás como no pasa nada —aseveró Sebastián intentando restar importancia a sus miedos.

—No te entiendo, qué quieres decir con que serás mi ansiolítico.

—Que me vas a dar la mano, así, muy fuerte —le apretó la mano y la hizo caminar despacio infundiéndole valor—. ¿Ves como no pasa nada? Vamos a subir a ese avión y voy a estar a tu lado, te prometo que no te voy a soltar un solo minuto ¿entendido?

—Júramelo, por favor, júrame que no me vas a soltar —rogaba.

Sebastián había comprado algunas revistas para ella, también se proveyó de caramelos y chicles, todo con tal de tenerla distraída y que olvidase que estaba en un vuelo transoceánico.

Capítulo 6

Llegaron al Aeropuerto Internacional de Glasgow a las ocho y veinte de la mañana, del día siguiente, hora británica, estaban exhaustos. Buscaron un taxi que los llevase al hotel que Sebastián había reservado, sin decir nada a Kate, ya que sabía que ella no iba a estar de acuerdo.

—Gracias de nuevo, no sé como podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—Por favor, deja ya de agradecer todo, cuando hago algo lo hago porque lo siento, no porque me lo tengan que agradecer —dijo Sebastián un tanto molesto.

—No hacía falta chillar —se incomodó Kate.

—Lo siento —se disculpó, depositando un tierno beso sobre sus labios.

Estaban extenuados del viaje, el jet lag se hacía notar, en Bogotá serían sobre las tres de la madrugada, y llevaban muchas horas de vuelo, así que los ánimos no eran los mejores. En el mismo momento en que contestó se arrepintió del tono empleado, entendía que Kate estaba preocupada por el gasto, pero estaba cansado de que se lo recordase cada cinco minutos.

Llegaron al hotel Marriott de Glasgow, lo había escogido porque conocía el de Londres y supuso que sería de la misma categoría, Kate, como él esperaba, no estuvo demasiado de acuerdo en alojarse en un hotel estando tan cerca de su casa, pero Sebastián insistió en que debían llegar frescos y descansados. Tenían que empezar a dar la batalla y debían pensar muy bien la estrategia, argumentó.

Kate estaba tan cansada que no tuvo fuerzas para negarse, así que se resignó. Durante el vuelo no había podido cerrar los ojos un solo instante, estuvo agarrada a la mano de Sebastián de un modo casi infantil, hasta que él le tuvo que decir que por favor se cambiaran de asiento, ya que se le estaba durmiendo la mano de tan apretada que se la tenía cogida, Kate se ruborizó, le dijo que lo sentía pero en ningún momento se la dejó ir. Por mucho que él intentó distraerla con todo el arsenal de chucherías, libros y revistas que había comprado, Kate solo era capaz de mantener la vista fija al frente, solo fue capaz de relajarse algo cuando Sebastián en un arrebato le enmarcó la cara con la mano libre y la besó con pasión, aquel beso traspasó sus sentidos y alborotó su estómago, pena que duró poco a juzgar por él y cuando quiso volver a poner en práctica el recién descubierto antídoto para su ansiedad, ella estaba tan rígida que no reaccionó como el esperaba, lástima, pensó.

Descansaron todo el día, y a primera hora de la mañana siguiente se presentaron en la casa de Kate y sus hermanas.

Sebastián no esperaba para nada la inmensidad que se encontró, era una casa victoriana enorme. Casi tan grande como la mansión que tenía su padre en Cartagena de Indias, justo en el centro histórico de la ciudad. Una antigua casa colonial que estaba destinada a hotel, por su ubicación, muy cerca de la calle de las damas, en el centro justo de la zona amurallada, la convertían en la segunda residencia, después de los Santodomingo, más exclusiva de toda Colombia.

La mansión de Kate no se quedaba atrás, era una casa de piedra arenisca roja, elegante y señorial, rodeada de hermosos jardines, aunque por la parte trasera estaban un poco descuidados, o eso fue lo que dijo Kate.

La primera persona que los vio fue Madie, ya que les abrió la puerta, lo que no esperaba era encontrarla tan cambiada. Lo primero que notó fue una indumentaria mucho más juvenil de lo que era habitual en ella, llevaba unos pantalones pitillo que acentuaban su esbeltez, una chaqueta corta y un enorme foulard enrollado en el cuello. Pero lo que más llamó la atención de Madie fue el brillo que chispeaba en los ojos de su amiga, hacía mucho tiempo que no le notaba esa mirada tan especial. En lo segundo que se fijó Madie fue en el acompañante, “un género de primera”, pensó; alto, con el cabello alborotado y las mejillas sin rasurar, lo cual le daba un aspecto entre intimidatorio y angelical, a partes iguales, o sea “adorafollable” que decían las jóvenes de ahora.

Sebastián quedó más impresionado de lo que ya estaba, al contemplar el interior de aquella mansión, en el recibidor, una mesa redonda sobre una alfombra oriental con un espectacular centro de flores, una escalinata que llevaba al piso superior y que a su vez se dividía en dos galerías, donde supuso estaban los dormitorios, en las paredes unos tapices y algunas marcas de los cuadros que faltaban. Aunque quisieron disimular las marcas, todavía eran notorias.

—Por fin estás aquí —decía Madie mientras la abrazaba—, no sabes lo preocupada que he estado.

—Lo siento, es que me robaron en el aeropuerto, una cosa llevó a la otra y ni siquiera pensé en contactar contigo, espero que puedas perdonarme.

—Ya está todo olvidado... ejem —tosió, mientras señalaba a Sebastián con la barbilla—. ¿No me vas a presentar a tu acompañante?

—Sebastián Suárez —se presentó él mismo, mientras le tendía la mano—, el futuro marido de Kate.

Aquella bomba no se la esperaba ella, se quedó atónita y casi se le corta la respiración, como tampoco se la esperaba Griselle, su hermana mayor, que acudía en aquel momento a ver quien había llegado, pensando que sería algún acreedor que el ama de llaves no podía quitarse de encima. Tanto a Kate como a Madie les hubiese gustado ver como cambiaba el color de su rostro, al escuchar semejante frase de la boca de aquel apuesto joven. El único que la vio venir fue él, de ahí que se le ocurriese soltar aquella expresión, aunque realmente era lo que estaba pensando. Viendo la cara blanca y desencajada de la que imaginó era hermana de Kate, la miró de frente, aunque solo lo justo para que asomara su embriagadora sonrisa.

—Tenemos que hablar sobre esto, ¿no crees que vas muy deprisa? —le susurró Kate mirándolo aterrada.

—Pensaba pedírtelo durante la cena, pero... se me ha escapado —rió pícaramente.

—Madie, por favor, haz pasar a las visitas, parece que en esta casa no tengamos modales —incredó a Madie dándose aires de gran dama.

—¿Desde cuando soy una visita? Que yo sepa, esta sigue siendo mi casa.

—Desde luego, desde luego... era una manera de hablar, como hace tantos días que no sabemos de ti...

—Pues cómo puedes comprobar estoy vivita y coleando, si tenías planes y puedes irlos cancelando.

Los ojos de Griselle, se volvieron fríos y duros como el acero, Sebastián pasó su mano por la cintura de Kate, quería que supieran que no estaba sola y que si intentaban algo se las verían con él, aquello molestó sobremanera a su hermanastra que no supo que hacer o decir.

—Veo que ahora te gustan jovencitos, espero que sepas lo que haces —señaló, exagerando el tono.

Kate quiso contestar, pero Sebastián le apretó el brazo obligándola a callar.

—No vale la pena —le dijo al oído.

Mientras tanto, Sebastián contemplaba los cambios que se producían en la cara de Griselle, se había quedado con ganas de réplica, pero al no darle cancha se podía apreciar como por momentos le cambiaba el humor, intentaba parecer agradable, incluso quiso ponerse la máscara de hermana preocupada, pero nada de lo que decía iba acorde con los gestos de su rostro, no podía ocultar la rabia que la embargaba al tener de vuelta a Kate.

—Madie por favor, prepara la habitación de invitados para el joven.

—Sí... “señora” —masculló.

—No es necesario, el “joven” dormirán mi habitación... conmigo. —Cortó Kate a su hermana, cosa que esta se tomó como una afrenta, cerró fuertemente los puños y salió de la sala apretando la mandíbula, mientras adelantaba la barbilla desafiante.

—Creo que deberías respetar la casa de nuestro padre —espetó desde la puerta.

—Sí querida, como la has respetado siempre tú.

Kate y Madie rieron, como habían hecho desde que Madie volvió para quedarse, después de su fallido matrimonio, desde entonces, se habían aliado en contra de

las perversidades que las hermanas perpetraban contra ellas.

Madie era como una hermana para Kate, siempre había vivido en la casa, desde que sus padres murieron en un accidente y los padres de Kate se hicieron cargo de ella. Solo tenía doce años, cuatro más que Kate, que al ser mucho menor que sus hermanas, a las que por aquella época apenas veía, pronto congenió con el carácter dulce de Madie, solo se habían separado el tiempo que su amiga estuvo casada, que fue poco, al igual que ella no tuvo suerte en el amor. Madie se enamoró perdidamente de un joven que llegó de improviso al pueblo, se veía tan apuesto subido en su enorme y estruendosa Harley Davidson, no le faltaban chicas a las que conquistar, pero fue a Madie a la que dedicó sus halagos y la que cayó rendida ante sus palabras huecas y frases hechas. Aunque nadie lo conocía ni sabía nada sobre él, ella se casó, pasando por encima de todas las recomendaciones que le hicieron.

Desde que lo vio por primera vez lo consideró el amor de su vida, sin embargo pronto supo que aquello no iba a durar, a los pocos meses de casada empezó a darse cuenta del error que había cometido. Cada vez llegaba más tarde a casa y cada vez más borracho. Él no aportaba dinero a los gastos de la casa y solo con lo que ella ganaba no era suficiente. Un día llamó a su amiga llorando, porque no quiso darle lo poco que le quedaba para que lo gastase en otra borrachera. Le pegó una paliza que casi la lleva al hospital. En aquel momento cogió sus pocas pertenencias y se presentó en la mansión buscando la ayuda que Kate siempre le brindó. Como no había tenido hijos, se dedicó a cuidar, junto con Kate, a los hijos de sus hermanas y poco a poco se fue haciendo indispensable. Tampoco podían, por mucho que quisieran, echarla de la casa, al mismo tiempo a las hermanas Cameron les convenía tenerla con ellas, hacía las tareas de una ama de llaves y apenas cobraba un mísero sueldo, por mucho que en el testamento de su padre hubiera una cláusula en la que decía que tenían que ayudar a Madie siempre que esta lo necesitase, que siempre sería considerada una más de la familia. La única persona que lo cumplió siempre, fue Kate.

Se hicieron inseparables y cada vez que sus hermanastras querían despedirla, ella se encargaba de recordarles las últimas voluntades de su padre.

Subieron a la habitación a deshacer la maleta, Sebastián se quedó contemplando el cuarto con ojos curiosos. Era una habitación típicamente británica y muy femenina, con un papel pintado de flores en la pared del cabecero de la cama, una colcha de patchwork de alegre colorido hacía juego con el cabecero. El resto de las paredes de tono rosa pastel, decorada con muebles de estilo bohemio, lámparas con pantallas de tonos rosados y cojines por doquier.

—Sé que es un poco infantil, pero la decoró mi madre cuando yo era niña y no he querido cambiar nada —se excusó Kate viendo el repaso que le daba Sebastián.

—Me parece preciosa y muy adecuada para ti, es la habitación de una princesa —sonrió—. De mi princesa.

Cuando tuvieron sus ropas colgadas del armario y colocadas en los cajones, bajaron. Sebastián puso los ojos en blanco y miró la cama, le apetecía más quedarse allí que explorar el resto de la casa, pero Kate fue intransigente.

—Me hubiese gustado probar si la cama nos aguantaría los dos, parece algo pequeña... no sabes la de cosas que se me están ocurriendo —rió pasándose la lengua por los labios del modo más sensual que ella hubiese visto jamás.

—Lo tendremos que dejar para más tarde —decía Kate mientras lo empujaba escaleras abajo, antes de caer en sus tentadoras garras. Kate fue directamente a la cocina por si tenía que echar una mano a Madie. Así que Sebastián no tuvo más remedio que acomodarse en la biblioteca como le sugirieron las dos mujeres. Estaba admirando lo que quedaba de la colección de libros, primeras ediciones, que el padre de Kate había ido recopilando cuando oyó pasos en el corredor. Empezaban a llegar los miembros que faltaban de la familia, entre ellos el hijo de Anastacia que con tanto cariño había cuidado Kate.

—Mamá, he invitado a Dora a comer, tenemos que estudiar —vociferó Jeff desde la puerta al tiempo que empujaba a su medio novia a la biblioteca.

Habían quedado en estudiar, así que entraron, soltaron los libros de cualquier manera y se empezaron a “estudiar” el uno al otro, en un abrir y cerrar de ojos Jeff había levantado el jersey de su amiga por encima de los pechos y se los empezó a lamer con entusiasmo cuando oyeron un carraspeo, que provenía del sillón que había tras el escritorio y que estaba vuelto hacia la ventana.

Jeff se quedó mirando, con cara de cordero degollado, como el sillón daba la vuelta y aparecía un apuesto joven. Se miraron a los ojos en callada lid, hasta que Sebastián se acercó a ellos y mirando fijamente el único cuadro que quedaba colgado en la pared preguntó.

—¿Ese cuadro es un Gainsborough auténtico?

—¿Eres tratante de arte?—Preguntó a su vez Jeff— No me gustaría que mi padre vendiese ese cuadro, le tengo un gran cariño.

—No, perdón, no me he presentado, soy Sebastián Suárez, un amigo de Kate.

Al escuchar el nombre, la amiga de Jeff se lo quedó mirando muy fijamente, intentando recordar algo, de pronto se fue hacia un lado de la biblioteca, donde estaba camuflado un equipo de música bastante más moderno que el resto del mobiliario, de ahí que estuviese disimulado en un secreter de talla exquisita, y que de momento no habían vendido. Empezó a rebuscar entre un montón de CD,s hasta que localizó el que buscaba, lo blandió triunfante ante las narices de su novio.

—¡Jeff! ¿No lo reconoces? Es *Bastian*, el cantante colombiano del que te hablé tiempo atrás. Mira, mira la foto de portada, es él —decía entusiasmada mientras colocaba en su sitio lapila de CD’s—. Sabía que estaba aquí el disco, porque te lo presté y no me lo habías devuelto —decía con entusiasmo.

De pronto y como si se diese cuenta de que el mismo *Bastian* estaba allí, se ruborizó, y tendiéndole la carátula del disco le preguntó si era él, le dijo que estaba segura, que era muy buena fisonomista, además de haber leído su biografía en una revista musical.

“De las dos copias que se vendieron tenía que ser esta jovencita la que comprase una, vaya por Dios”, pensaba Sebastián irritado, no le gustaba que lo reconocieran precisamente por su mayor fracaso.

—Creo que te equivocas, soy taxista —intentó zafarse Sebastián, poniendo un acento lo más anglosajón que pudo.

—Me tomas el pelo —decía nerviosa.

Dora cogió la carátula del disco y la acercó al rostro de Sebastián, cosa que no hizo más que constatar que se trataba de la misma persona.

—¡Ahora que caigo en la cuenta, tu eres el hijo del magnate de la televisión colombiana, lo leí en la misma revista, el hijo rebelde decía... me encantó tu disco y me dio mucha rabia que no grabases más ¿por qué no lo hiciste? ¿No te dejó tu papi? —se puso un dedo en la boca con descarada pose de Lolita. Mientras preguntaba esto, entraban en la biblioteca Kate y Madie para avisar que la mesa estaba puesta.

—Ya te dije que te equivocas, lo único que sé hacer en esta vida es conducir un taxi, aunque me halaga que me confundas con un ricachón —insistió.

La jovencita se calló al ver entrar a las dos mujeres, esperando la reacción de Jeff que hasta el momento se mantenía al margen, el joven miró a su tía y a Madie que le tenía dicho que si invitaba a alguien a comer avisase con tiempo, aunque normalmente las advertencias le entraban por un oído y le salían por el otro, acostumbrado como estaba a hacer su voluntad.

Sebastián se quedó quieto en mitad de la estancia, viendo cómo salían los jóvenes o más bien la descarada joven que lo había dejado sin palabras, Kate lo miraba confundida, no estaba segura de haber oído bien a Dora.

—Cierre la boca, señor Suárez —aconsejó Kate usando el usted al estilo colombiano—, o las babas ensuciaran la moqueta.

—¿Puedo saber a qué se debe el cambio de nombre? —preguntó confundido.

—Porque me parece que no le conozco señor, creo que tiene usted muchas cosas que explicarme.

Se sentaron a la mesa y la novia de Jeff se sentó justo enfrente de Sebastián, aquello no podía empezar peor, la joven no se cortaba un pelo, recorrió a Sebastián de arriba abajo con lasciva mirada, hasta que Jeff le dio un puntapié por debajo de la mesa, lo que empeoró la situación.

—Me has hecho daño—dijo Dora entre dientes simulando una sonrisa.

—Pues deja de mirar a ese imbécil o las vamos a tener —le susurró Jeff con cara de pocos amigos.

Dora, se centró en lo que tenía en el plato hasta que la conversación adquirió un tono interesante, aquello era mejor que cualquier experimento, pensó la futura socióloga.

—No me habíais dicho que teníamos invitados —comentó Anastacia, que se había incorporado a la mesa en el último momento.

—Ese ha sido siempre el problema de esta casa —apostilló Griselle— tenemos la mala costumbre de invitar a todo el mundo sin avisar, ¿verdad Jeff?

Aunque pronunció el nombre de su sobrino, miraba alternativamente a Kate y a Sebastián.

—Ahora que estamos todos, podrías contarnos cómo os conocisteis y que pasó para que no te alojases en el hotel que tenías reservado. El joven es amigo de Kate —aclaró a su hermana.

—Que escondido lo tenías hermanita —ironizó Anastacia—, nunca nos has hablado de él.

—Nunca os hablo de mis cosas, porque hasta ahora nunca os han interesado —matizó Kate

—No seas rencorosa, claro que nos interesa todo lo que tiene que ver contigo, eres nuestra hermana —comentó con una mueca con la que intentaba parecer enojada, pero que en realidad casi era una burla.

—Pues no es esa la información que me llegó, pensé que os queríais deshacer de mí.

—Siempre con tus fantasías —alegó su hermana intentando quitar importancia al comentario de Kate—, vas a tener que dejar de leer novelas de suspense.

Sebastián no quería inmiscuirse en la conversación, era algo entre hermanas y le pareció que Kate se arreglaba bastante bien, así que se concentró mirando su plato de *haggis*, nunca lo había comido, parecía una morcilla aunque la presentación era muy colorida y apetecible, según le dijo Kate eran unas rodajas de la supuesta morcilla interpuestas de rodajas de manzana y salsaal whisky... sencillamente delicioso.

—No sabía que estábamos en el día de Burns —aludió Kate al plato que se solía comer en Escocia en el día que se conmemoraba al poeta, intentando cambiar de tema.

—No es necesario que sea el día del poeta para comer *haggis* —replicó Griselle.

La tensión se podía notar en la mesa, para relajar un poco la conversación o porque le apetecía hablar con Sebastián, Dora, la novia de Jeff, le empezó a explicar la historia de por qué se comía ese plato el veinticinco de enero en escocia en honor al poeta escocés Robert Burns.

La rabia, amordazada durante tanto tiempo, salió, no tanto por la actitud de sus hermanas, que al fin y al cabo ya era antigua, sino por lo que había oído en la biblioteca. Ahora se inmiscuía la jovencita que tenía la calentura a flor de piel. Los nervios la iban a traicionar y no quería que se diesen cuenta que se estaba poniendo celosa de una niñaata descarada. Ella tenía una edad, ya no deberían afectarle esas cosas, pero no podía evitarlo. Necesitaba hablar con Sebastián y ni siquiera pudo terminar de comer, arrojó la servilleta con rabia sobre la mesa, se levantó de la silla y lo arrastró con ella, de tal modo, que la miró perplejo, sabía que la relación con sus hermanas no era buena, pero pensó que respetarían la hora de la comida por lo menos.

—Kate, antes de levantarte de la mesa, deberías aclarar que has querido decir con eso. No puedes levantar falsos testimonios sin, por lo menos, explicar a quéte refieres—espetó Griselle deseando fulminarla con la mirada.

—Sabéis perfectamente a quéme refiero, pero en este momento tengo un asunto más urgente que tratar, subamos a mi cuarto Sebastián, tenemos muchas cosas de que hablar—apremió.

Sebastián no entendía nada, a mitad de camino, cuando Kate se encaminaba hacia las escaleras la atrajo hacia sí, y antes de que ella se diera cuenta le dio un ardoroso beso que la dejó casi sin aliento. La levantó en brazos y mientras la besaba de nuevo empezó a subir las escaleras.

—¡Suéltame! No estaba pensando en eso precisamente, antes de nada creo que me debes muchas explicaciones.

—Te daré todas las explicaciones que me pidas... pero primero deberíamos hacer una siesta, estoy con el horario cambiado y me imagino que tú no estás mejor que yo —decía mientras le retiraba la trenza de la nuca para besarle el cuello.

—Ya estoy viendo la clase de siesta que quieres. Aunque sea muy tentador no me vas a distraer ni hacerme olvidar por qué estamos aquí.

—Para nada intento distraerte... bueno sí, intento que te relajes y pasemos un buen rato, después ya veremos cómo tomamos el toro por los cuernos.

Habían llegado al dormitorio y una vez que la puerta estuvo cerrada, Kate ya no pudo resistirse a sus caricias. De pronto se oscureció el cielo y se escuchó un estruendoso trueno seguido de un relámpago, barruntando la tormenta que estaba por llegar. Un fuerte aguacero empezó a chocar contra los cristales, desconcentrando y llamando la atención de los dos, momento en que Kate aprovechó para volver a la realidad, zafarse de las caricias de Sebastián e intentar hablar de lo que tanto le preocupaba.

—Sebastián, ¿es cierto lo que he oído en la biblioteca?

—No entiendo qué quieres decir, tampoco puedo saber lo qué has oído si no me lo dices.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, pero te voy a refrescar la memoria ¿es cierto que tu padre es un magnate de la televisión?

—No se si puedo llamar padre a ese señor —contestó sin la menor emoción.

Kate se quedó sin palabras, tantas cosas pasaban por su cabeza en aquel momento que la respuesta la dejó atónita.

—Está bien, quizás no debí preguntar.

—No, no te preocupes, tienes razón, te debo una explicación.

No esperaba que Sebastián reaccionase tan desencantado a su demanda de explicaciones

Se puso de pie y se acercó a la ventana, viendo como el típico clima escocés se introducía en sus sentimientos, tan oscuros como la tormenta que se cernía sobre él, o peor aún, dentro de él.

Y por primera vez en muchos años, dejó salir de su corazón todo lo que acumulaba.

—Nunca fui un niño deseado, mi madre se quedó embarazada, no quiso tenerme sola y su padre obligó al mío que se hiciera cargo de la criatura que venía en camino. Mi otro abuelo dijo que era una arribista y que lo que quería era la fortuna de los Suárez. Así que con ese lastre se casaron, y nació yo. Al principio hicieron el papel de matrimonio perfecto, mi madre es actriz, se le daba bien... Pronto se cansó, ella necesitaba sus fiestas, sus amantes y sobre todo volver a su país (es norteamericana), en una de aquellas fiestas conoció a un joven productor que según ella le daría el papel que la encumbraría (como así fue) a lo más alto de la fama internacional y se fue con él. Ni siquiera se despidió, le importaba más el Yorkshire que siempre llevaba en brazos, que su propio hijo.

—No sigas, te estás haciendo daño, mi intención no era recordarte el pasado.

—No importa, ahora que he empezado creo que necesito liberarme de todo esto. Desde que estoy contigo me doy cuenta que ya no me afecta tanto como pensaba.

Kate se levantó, se acercó a él y lo abrazó por la espalda, si él necesitaba sacar todo aquello lo escucharía y no le haría más reproches, al fin y al cabo todo aquello había pasado mucho tiempo antes de conocerse, había sido una tontería por su parte pedir explicaciones sobre una vida que no era la suya. De pronto, Sebastián se giró y la abrazó con fuerza, besando su cabeza y bajando lentamente por la frente hasta su aristocrática nariz y de ahí a la jugosa boca que esperaba la suya ansiosa. La besó con la misma lentitud que le había hablado y cuanto más lentos eran los besos más se aceleraban sus corazones.

—Si te tengo a ti, princesa, no necesito a nadie más, eso lo supe en el primer momento en que te vi, lo supe, como supe que amanece todos los días. Pero ahora debo acabar la historia, quiero que sepas quien soy, quiero que me quieras por quien soy y por cómo soy.

—Está bien, continúa.

—Pues bien, mi padre se volcó en todos menos en aquel hijo que llegó de improviso y que suponía un estorbo más que otra cosa. Pasaba la mayor parte de mi tiempo en la cocina con el servicio. Cuando cumplí diez años me llevaron a un internado y empezó mi época rebelde. No atendía en clase, me peleaba con los compañeros, era huraño, hasta que me empezaron a expulsar de los internados. Cuando Colombia se me quedó pequeña, recorrí media Europa de internado en internado. Viendo que aquella peregrinación no daba el resultado esperado, empezaron las peleas, las escapadas y las malas compañías —se quedó callado con la mirada fija en el papel de flores rosa de la pared, aunque su vista estaba mucho más allá de aquel cuarto, se encontraba en otro cuarto mucho más sobrio, de internado inglés, con duchas de agua fría y castigos físicos.

—A raíz de eso empecé a beber hasta perder el sentido —continuó— y a fumarme todo lo que encontraba, a pelear por todo o por nada, daba igual por lo que fuera. Necesitaba sentir que por lo menos me odiaban, lo que no soportaba era la indiferencia. Hasta que en una de aquellas peleas de machitos, acabé medio muerto y en comisaría.

—No puedo decir que no te entienda, pero mi infancia fue muy feliz. Mientras vivieron mis padres, mi vida era como las paredes de este cuarto, de color rosa. Después, bueno, después murieron y quedé a cargo de mis hermanastras, al principio todo fue bien, las cosas se torcieron a raíz de sus matrimonios y mi mayoría de edad. También tenía a Madie y aunque nos llevamos pocos años, ella asumió el papel que habría correspondido a mis hermanas, así que no fue del todo malo.

Le levantó el mentón con la punta de los dedos y la besó dulcemente.

—Me alegro que por lo menos uno de los dos haya tenido una infancia feliz.

—No te escapes por la tangente —le recordó—no has terminado y ahora me intriga que acabases en comisaría, aunque mirándote bien, puede que tengas pinta de delincuente —decía esto mientras le cubría la cara de besos.

—Está bien, quien me mandaba empezar a desnudar mi alma.

—La imprudencia va de la mano de la ignorancia —rió coqueta.

—Bueno, pues ese fue el punto de inflexión, después de aquella paliza en que casi me matan y pasar una noche en el calabozo, pensé que no valía la pena. Mi forma de querer llamar la atención de mis padres no surtió el efecto deseado, así que decidí que si después de todo aquello no se habían dado cuenta de que existía, había llegado el momento de buscar mi lugar en el mundo.

En la garganta de Kate se ahogó un te quiero, pero pensó que no era el momento de ser pronunciado y en vez de eso se quedó mirándolo fijamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó viendo la mirada fija de Kate.

—Solo que me encanta mirarte, escucharte, había olvidado cuanto necesitaba a alguien a mi lado. Por suerte volví a recordarlo cuando apareciste tú, nada más.

—Se ruborizó mientras confesaba su necesidad de él.

—Oh... esto... —se azoró, algo descolocado ante la inesperada revelación—, bueno, pues hasta aquí mi experiencia como delincuente común, a partir de entonces pensé que mejor acababa la carrera y me independizaba, para no tener nada que deber a nadie.

—¿Entonces fue cuando empezaste a hacer de taxista? No sabía yo que el taxi diese para tantos lujos.

—El taxi solo es una distracción, acabé la carrera de económicas porque era la que me obligó a hacer mi padre, para seguir manteniéndome. En cuanto acabé me fui a la facultad de música, así que soy músico de vocación, solo he grabado un disco que pasó sin pena ni gloria, aunque creo que la mano de mi padre tuvo algo que ver, y el único disco que se vendió, creo que es el que compró esta niña jaja —rió con amargura—. Aunque sea músico vocacional, los números no se me dan del todo mal, ya sabes lo que dicen, que la música tiene mucho que ver con la matemáticas y si bien no quise nada de mi padre, al morir, mi abuelo me dejó una cantidad considerable que parece ser que supe invertir y da sus frutos.

Kate se quedó perpleja ante la confesión, ella que sufría por cada peso que se gastaba en ella...

—Volviendo a la niña, me gustaría saber qué ha pasado en la biblioteca, ya que esa era mi intención primordial al traerte aquí.

—Qué pena, porque yo creía que el propósito era otro.

—No me has hablado de tu madre —dijo cambiando el tema.

—Qué decir de la gran Sophia Carter.

—Si te hace daño recordarla no lo hagas, no es necesario. Ya me hablarás de ella en otra ocasión... espera ¿Sophia Carter es tu madre? Ahora sé de qué me sonaba. ¡La mujer del aeropuerto era tu madre! —afirmó con vehemencia.

—Todo el mundo la conoce mejor que yo, ¿irónico verdad? Pues sí, mi madre es la Jennifer de la serie más famosa de la televisión americana, todo el mundo está encantado con ella, pero para mí, no deja de ser una gran desconocida.

Kate empezó a reír, quiso disimular con un amago de tos pero era imposible, se dio media vuelta porque le pareció una grosería, solo a ella le podía pasar, confundir a su madre con una amante.

—Creo que me he perdido, ¿puedo saber qué te hace tanta gracia?

—Lo siento, perdóname por favor, no era mi intención pero es que ahora entiendo muchas cosas.

—¿Por eso saliste corriendo en el aeropuerto? ¿Pensaste que era...? Por Dios, princesa, ¿por quién me tomas?

—Bueno, te veo como el succulento manjar que ninguna mujer sería capaz de rechazar —se sinceró.

—Diría que me lo puedo tomar como una singular declaración de amor.

Kate se dejó caer en el borde de la cama, pensativa, ¿era en realidad una declaración de amor? Sí, desde luego que sí.

Se sentó al lado de Kate y empezó a besarle el cuello, pasarle la mano por debajo de la blusa y casi sin querer le desabrochó el sujetador. Kate dio un respingo de sorpresa y placer a la vez, las manos de Sebastián rodearon su espalda hasta llegar a sus senos, de momento sus pezones se pusieron duros como guijarros y la respiración se le agitaba cada vez más. Pudo sentir su aliento en la nuca, la sensación era tan íntima que estaba a punto de sucumbir a sus caricias, cuando de pronto, sonaron unos golpes en la puerta.

—Kate, deberías bajar —sonó la voz de Madie a través de la madera—. Arthur está aquí, quiere hablar contigo.

De pronto se sintieron como dos niños pillados en falta, a Kate las mejillas se le incendiaron y a Sebastián el pulso se le aceleró, impulsando unos fuertes latidos en su pecho. Se miraron y rieron azorados.

—En un minuto bajo. —Dijo en voz alta, intentando dar un tono de normalidad a su voz.

—Tengo que bajar, quédate aquí si quieres, o ve a recorrer la casa, tiene, o mejor dicho, tenía, piezas muy hermosas, aunque eso fue antes de que mis hermanas empezaran con el expolio —dijo Kate.

—Tus deseos son órdenes, pero antes... —dejó la frase a medias para buscar su boca, la besó como si nunca antes lo hubiese hecho, capturando su lengua y convirtiendo el momento en dos volcanes en erupción, el calor que emanaba de los dos cuerpos hizo subir unos cuantos grados la temperatura de la habitación.

—No olvides que te amo —confesó Sebastián, cuando por fin fue capaz de separarse de ella.

—Eso no lo olvido —dijo Kate despacito, saboreando el momento.

Kate bajó a ver que quería de ella el abogado, no recordaba tener ningún tema pendiente, pero con estos leguleyos nunca podías estar segura. Sebastián por su parte quiso hacer caso de la recomendación y bajó a inspeccionar los pocos objetos de valor que aún se conservaban. Al llegar al recibidor, se encontró frente a frente con Madie, que si bien habían sido presentados por Kate, no habían tenido tiempo de disfrutar de una conversación algo más profunda. Madie, tenía muchas ganas de tener un *têt à têt* con Sebastián, ya que no estaba muy segura de los sentimientos de este hacia su amiga.

—¿Podemos hablar un momento? —le dijo mientras lo repasaba una vez más de arriba abajo, lo veía muy joven para Kate, no quería que de nuevo ella sufriera otra decepción. No deseaba tener que ayudarla de nuevo a recomponer los trozos de su corazón destrozado, habían pasado unos años y tenía derecho a enamorarse, pero no quería que se equivocase de nuevo.

Cuando le dieron calabazas por culpa de un rumor malintencionado, juró que nunca volvería a poner los ojos en ningún hombre, después pasó lo de Arthur, el muy cínico después de esparcir el rumor pensó que ella caería rendida ante según él “el único hombre que querrá estar contigo después de esto” no se imaginaba que Kate parecía dócil, pero para nada se dejaba avasallar. Así que estaba decidida a hacerle un tercer grado a Sebastián, aunque luego Kate se enfadase con ella, lo hacía por su bien.

—Por supuesto.

En un primer momento pensó en llevarlo a la biblioteca, pero podían entrar e interrumpirles, así que optó por llevarlo de vuelta escaleras arriba a su propia habitación, donde era seguro que nadie los molestaría.

—¿Y bien? —preguntó una vez entraron.

Madie, con parsimoniosa ceremonia, cerró la puerta.

—Supongo que sabes perfectamente por qué te he hecho venir hasta aquí.

—Puedo imaginarlo, pero si no te importa me gustaría que me dijese exactamente cuales son tus temores.

Mientras aguardaba a que Madie se sincerase con él se recreó en contemplar la habitación, casi diría que era más grande que la de Kate, aunque bien podía ser por la distribución, mucho más sobria que la de su amiga. Las paredes en un blanco roto, a la derecha una especie de sala de estar, con una mesa camilla y dos sillas con cojines a juego con el faldón de la mesa y la colcha de la cama, todo en un tono tostado. El tocador y las mesillas en tono claro y decapados, todo muy acogedor, reparó en unos marcos dorados que había encima de la mesilla de noche, eran de ella junto a Kate en varias épocas, las dos muy sonrientes y felices... se le fue el pensamiento a su infancia y adolescencia, nunca había tenido fotos como aquellas, ni había correteado por el jardín tras un perro como en una de ellas, tampoco tenía ninguna soplando las velas de cumpleaños con su familia, como en la otra. De pronto se ensombreció su semblante de tal manera que Madie pensó que se estaba enfermando.

—Te decía que lo primero que quería que supieras era que... ¿Sebastián te ocurre algo?

—Esto... no... perdona me embelesé viendo las fotos, ¿sois Kate y tu verdad? Está preciosa, con ese pelo tan rojo y esos hoyuelos que se le hacen cuando sonrío.

—Sí, Kate es preciosa, por eso justamente quería hablar contigo. Kate es mi amiga, mejor dicho, es mi hermana y espero por tu bien que no estés jugando con ella.

—¿Puedo saber por qué me dices eso? No creo haberte dado motivos para que desconfíes de mí.

—Yo desconfío de todo el que se le acerca, es más, desconfío hasta de su sombra. Perdona mi descortesía, ni siquiera te he dicho que te sientes—dijo al darse cuenta que Sebastián seguía de pie en

mitad de la estancia—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Té, o mejor café?

—No gracias, estoy bien —dijo tomando asiento—. Respecto a tus temores, estás en todo tu derecho, y si alguna vez hago algo que te incomode o creas que pueda ser perjudicial para Kate, quiero que me lo digas, porque en este momento creo que, los dos, lo único que queremos es el bienestar de ella.

—Tú lo has dicho, en este momento, y, si te cansas de ella, qué pasará. Eres muy joven y Kate ya no lo es tanto, aunque su aspecto sea juvenil e incluso frágil, es una mujer muy apasionada, lo entrega todo cuando ama, por eso tengo miedo que te canses de ella y le rompas el corazón, aparte de no saber nada de ti.

—Si quieres saber de mí, solo tienes que preguntar, por lo demás no te preocupes, amo a Kate y te lo pienso demostrar.

—Espero que así sea... o te las verás conmigo.

—Madie, quiero que veas en mí a un aliado. No a un rival.

Se levantó para salir y sonrió sabiendo que su sonrisa era su mejor arma, tanto así que cautivó a Madie en aquel mismo instante.

—¡Sebastián! —Lo llamó cuando ya salía—. Gracias.

—No se merecen, remamos en la misma dirección.

Acabada la conversación cada uno cogió caminos diferentes, Madie fue a ver si necesitaban algo en el estudio, y por si Kate necesitaba ayuda para lidiar con el imprevisible de Arthur, a saber que tripa se le había roto ahora.

Capítulo 7

Sebastián no creyó prudente quedarse como un pasmarote sin hacer nada, así que aprovechando que había dejado de llover pensó en dar un paseo por los alrededores. Admirando la frondosidad del paisaje escocés, rodeó la casa embelesado por los jardines con sus deliciosos parterres, alejándose por un estrecho sendero encontró un pequeño lago, incluido su pabellón. Aunque el césped necesitaba una poda le pareció estar viendo un cuadro de William Kent. Desde el lago siguió un sendero que le condujo al camino que llevaba hasta el pueblo, el cielo se había despejado bastante y era reconfortante aspirar el húmedo aroma de la vegetación. Llegó hasta la que parecía ser la calle principal, atravesó un rustico puente tan antiguo que debía llevar allí desde la edad media. Lo cierto era que el pueblo en sí parecía sacado de una postal, nada que ver con su abarrotada Bogotá. Paseó un rato sin rumbo fijo, admirando las casas de rústicas piedras, con sus immaculadas ventanas todas casi del mismo tamaño y sus tejados altos e inclinados. Llevaba un buen rato caminando cuando al volver una esquina, oyó unos cantos que salían de una pequeña entrada de la que colgaban un par de macetas a sendos lados. Al acercarse, vio que era un típico bar escocés, vaya lo que ellos llamaban un *pub*. Decidió entrar a ver si le servían un café o en verdad solo servían whisky o cerveza como le había exagerado Kate.

Se acomodó en un rincón algo alejado para poder contemplar a los lugareños, había estado antes en Inglaterra, en un internado, pero nunca pensó visitar Escocia, quizás por la nefasta experiencia que supuso su estancia en el internado, no podía imaginar la diferencia que había entre unas gentes y otras. Las personas que se acercaban por allí, saludaban a todo el mundo, incluso a él, aunque no lo conocían de nada. De pronto sonó su teléfono, dio un respingo puesto que no se lo esperaba.

—*Aló* —respondió con fastidio.

—Mi amor, no sabes cómo siento que hayas huido de mí de esta manera—decía Sophia con voz melosa.

—Ya sabes que no estoy huyendo, te lo expliqué en el aeropuerto, tengo unos asuntos que resolver fuera del país.

—¿Ni siquiera vas a decirme dónde estás?

—Cuando vuelva iré a verte, te lo prometo—dijo sin demasiada convicción.

—Sebastián, he hablado con tu padre.

Aquella confesión, le pareció que no venía a cuento. Ella sabía perfectamente que la relación con su padre era prácticamente inexistente, ¿qué estaría tramando ahora? Falta de dinero no podía ser, cobraba una millonada por cada capítulo de la serie que protagonizaba. No podía imaginar por qué, de golpe, se le había despertado el espíritu maternal.

—Pronto estaré de vuelta, entonces me cuentas todo eso tan importante que me tienes que contar... aunque cuando yo necesitaba que me escuchases nunca lo hicieras.

—Tu padre me ha dicho que tu novia está embarazada... y que te has ido del país por no hacerte cargo de la criatura.

“Apareció el peine”, pensó Sebastián.

Sebastián se quedó callado, no entendía aquella comedia. Estaba seguro de no ser el padre de ese bebé, pero eso ya lo esclarecería con Lucía, cuando volviese, ahora tenía que estar al lado de la mujer que amaba, aunque sabía que sus padres no lo entenderían. Hacía mucho tiempo que lo que ellos pensaran le traía sin cuidado.

—Esa criatura no es mía, no pienso hacerme cargo de ese niño.

—Sebastián, hijo, no cometes un error del que después te puedas arrepentir, es un asunto muy serio que no debes tomarte a la ligera... —no la dejó terminar la frase.

—¿Cómo tienes la cara de pedirme algo así! Te he dicho que no me voy a hacer cargo de ese niño! —Gritó enfurecido, Lucía se iba a enterar cuando volviese a Colombia— no has sido precisamente un modelo de madre, no eres quién para dar ejemplo, ni compares esta situación con la farsa que montasteis vosotros.

—Nadie sabe dónde estás, ni siquiera a tu mejor amigo le has dicho dónde te metes, llevas semanas sin hablar con nadie —cambió de tema intentando salir del pantanal en el que se había metido ella sola.

—Eso es problema mío, a qué viene ahora tanto interés en mi vida, nunca te ha importado con quien hablo o dejo de hablar, ni siquiera si estoy vivo o muerto —espetó furioso.

—Cariño, no me hables así, me duelen tus palabras. Lo único que quiero es que no te equivoques —ponía dolor en la voz, aunque para Sebastián no dejaba de ser una buena actuación, una inmejorable actuación de la gran actriz que era—, soy tu madre, claro que me preocupo. Aunque no lo creas, me importa mucho lo que vayas a hacer con tu vida.

—Es mi vida y la dirijo como quiero, hasta ahora me las he apañado bastante bien, ya que para ti nunca existí —tronó iracundo, para colgar a continuación.

La forma en que gritó hizo que todo el mundo se lo quedase mirando, algunos incluso murmuraron girando la cabeza al oído de los compañeros de mesa. Las pocas veces que hablaba con su madre siempre lo hacía en inglés, así que aquello no sonó demasiado bien a los oídos de los parroquianos. Los dos hombres más elegantemente vestidos del local se lo miraron con desdén, acabaron sus pintas y salieron. Sebastián por su parte dejó el café en la taza ya que se le había enfriado, del

mismo modo que se le enfriaron las ganas de tomarlo. Pagó la cuenta y salió en dirección a la casa antes de que anocheciera y se extraviase en el camino de vuelta. No debería haberse enfadado con su madre, al fin y al cabo ella no sabía nada de su vida, solo cumplía órdenes de su padre, de eso estaba seguro.

El enfado venía por otro lado, era algo infantil, pero no podía evitarlo, pensar que Kate estaría en el estudio sola con el abogado que la había maltratado lo enfurecía, pero lo hacía más, que ella no le hubiese tenido la suficiente confianza para pedirle que estuviera presente en la conversación. Pateó con rabia un guijarro del camino y se sentó en el húmedo borde del río, estuvo un buen rato esperando que se le pasara un poco la furia. No quería presentarse ante ella de aquella manera, era consciente de que iba demasiado deprisa en aquella relación, a la vez que se sentía inseguro, necesitaba sentir y que Kate supiera que era algo muy serio, que él ya no podía imaginar su vida sin ella.

Llegó a la casa que era noche cerrada, aunque un poco desconcertado por la rapidez en que anochecía en aquellas latitudes.

Absorto en sus pensamientos tampoco esperaba el alboroto que se encontró.

—Tú eres el menos indicado para decirme con quien salgo o dejo de salir, no pienso volver a repetirlo —se escuchaba la voz de Kate desde la calle.

Arthur quiso besarla casi a la fuerza, de nuevo volvía a la carga, no entendía un no por respuesta. Introdujo su lengua entre sus labios y aunque ella lo rechazó, él continuó sin hacer caso. Aquella escena le pareció un *deja vu*, algo ya vivido. Se sintió ridícula, sabía que no era culpa suya, pero así era como se sentía. Apartó cuanto pudo a Arthur y le escupió en la cara.

—¿Qué pretendes, volver a dar otro escándalo? —oyó Sebastián la voz del que parecía ser el abogado.

—¿Escándalo? ¿Tú me hablas de dar un escándalo? eso sí que tiene gracia, si alguna vez estuve involucrada en uno fue por tu culpa, así que por favor no vuelvas a poner los pies en esta casa.

—La casa no solo es tuya, soy el abogado de la familia, así que vendré cuando me dé la gana —contestó de malos modos.

Sebastián se quedó con el dedo suspendido ante el timbre, no estaba seguro de querer interrumpir, no quería que pudiese parecer que estaba escuchando, aunque fuese inintencionadamente. Se quedó largo rato allí, esperando una señal para entrar, no estaba en su casa y no jugaba en terreno conocido, el carácter británico era reservado aunque los escoceses no lo fuesen tanto. Cuando por fin se acallaron algo los gritos, se decidió a entrar.

—Perdón, ¿interrumpo algo? —Dijo a Madie cuando esta le abrió la puerta—. No quisiera entrometerme en las cosas de Kate, pero los gritos se escuchan desde la calle.

—Nada nuevo bajo el sol —fue la enigmática contestación del ama de llaves.

¡Fuera!! He dicho que te vayas... retumbó de pronto por toda la casa, Madie se quedó mirando fijamente la puerta de donde salían los desesperados gritos de su amiga, Sebastián por su parte en dos zancadas se plantó ante ella y la abrió sin pensar si aquello estaba bien o no, sencillamente pensó que Kate estaba en apuros.

—¿Puedo saber qué está ocurriendo aquí? —le dirigió al abogado una mirada tan seca e inexpresiva, que Arthur acabó de perder el precario control que le quedaba.

—Aquí no pasa nada que te interese a ti —vociferó.

—Kate, ¿necesitas ayuda? Me quedo o prefieres que me vaya.

—Puedes quedarte, Arthur y yo no tenemos nada más que decirnos.

Dicho lo cual, fue hacia la puerta invitando al jurista a salir de allí, la cual aprovechó Arthur viendo que sus planes no habían salido como los había planeado.

—¿Dónde te habías metido?

—No creí que me necesitases —ironizó, con más sequedad de la que pretendía.

—¿Estás molesto por algo que he hecho? ¿O quizás he dicho algo que te haya incomodado? no entiendo, ni creo merecer esa respuesta.

—Si sabías que la visita de ese energúmeno no era de tu agrado, podías haberme dicho que me quedase contigo, igual no te importo tanto como pensabas, ya que no me tienes nada de confianza.

—Sebastián, por favor, son viejas rencillas, no quise involucrarte en ellas.

—Está bien, es que me he sentido desplazado, debe ser el jet lag que aún lo estoy sintiendo. ¿Puedo preguntar qué pasaba ahí dentro?

—Arthur quería saber qué haces aquí.

—¿Y yo, puedo saber qué hago aquí?

—Quereme, con eso basta—sonrió Kate a la vez que le guiñaba un ojo cariñosa.

El enojo de Sebastián pronto dio paso a la necesidad, necesidad de estar de nuevo dentro de su cuerpo, dentro de su mente y dentro de su alma. Como si hiciera meses que no hacían el amor, Sebastián empezó a deslizar sus labios entreabiertos por las mejillas de Kate dándole tímidos besos hasta llegar a su boca, le besó el labio inferior para seguir después con el superior en un lento juego, chupándose los suavemente, mordisqueándolos. Para cubrir después la totalidad de ellos con suavidad y lentitud, hasta que su lengua exploró juguetona la boca deseada cual sensual baile. Ese lento beso hizo que una corriente eléctrica atravesase todo su cuerpo para instalarse en su entrepierna, imposible detenerse en ese momento. Los latidos de sus corazones se aceleraron y el deseo se hizo necesidad.

Subieron a su habitación y no dieron tiempo casi ni a quitarse la ropa.

—Repítame qué hago aquí —decía Sebastián con la boca sobre la de Kate.

—Lo sabes perfectamente.

—Quiero que me lo repitas, quiero que quede claro entre los dos.

—Estás aquí para amarme hasta la extenuación —decía Kate entre jadeos.

—Eso es lo que quería oír, ahora vas a saber realmente por qué estoy aquí.

Mientras decía esto tiraba de la blusa de ella dejando al descubierto sus pechos masajeándolos con maestría, mientras Kate intentaba con poco éxito quitar el cinturón de sus pantalones y liberar su enorme erección antes de que explotase.

—Deja que te quite el jersey —susurró Kate—, necesito que tu piel roce la mía, necesito todo de ti.

—Soy todo tuyo, princesa, devórame.

—Me encanta cuando me llamas princesa. —Jadeaba mientras pasaba su lengua por todo el duro y erecto miembro de Sebastián y él agarraba sus nalgas buscando su clitoris con la suya. Estaba a punto de correrse cuando se dio la vuelta y la penetró con fuerza, mientras con la mano seguía estimulando su clitoris.

—Ahora... princesa... déjate ir... quiero que nos corramos a la vez —decía Sebastián entre jadeos.

—Ufff, Sebastián, ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

—Eso no es nada, princesa, a partir de ahora todos los días serán igual... vas a pasarte el día esperando la noche, te lo prometo.

Se quedaron dormidos en pleno abrazo haciendo la cucharita.

Se despertaron temprano, Kate quiso levantarse la primera pero le vencía el sueño, así que dejó que él se duchara primero, cuando apareció de nuevo por la habitación Kate se lo quedó mirando con una enorme sonrisa en la cara mientras pensaba:

—Dios, este hombre envuelto en una toalla es toda una provocación.

—¿Eso crees? ¿Qué te estoy provocando?

—¿Desde cuando lees mis pensamientos? —se sorprendió Kate.

—Solo desde que los expresas en voz alta.

Dicho esto y con las consecuentes carcajadas de ambos, se abalanzó de nuevo sobre ella quitándose la toalla de la cintura.

—Si quieres provocación no te preocupes puedo ser un provocador nato.

Después de otro encuentro memorable, por fin, se fueron a duchar, esta vez los dos juntos, aunque Kate tenía dudas sobre si acabarían alguna vez aquella mañana de hacer el amor.

Cuando por fin bajaron a desayunar encontraron a todo el mundo ya dispuesto y con cara de pocos amigos, Kate se ruborizó pensando que los pudiesen haber

estado escuchando toda la noche, aunque lo pensó friamente y optó por no dar demasiada importancia a las malas caras, al fin y al cabo ya estaba acostumbrada.

Terminaron el desayuno y cada uno retomó sus respectivas ocupaciones, Sebastián buscó la atención de Kate, al bajar le pareció ver que entraban en el estudio los dos hombres que estaban en el *pub* la tarde anterior, como nadie se los había presentado no tenía idea de quienes podían ser aquellos dos tipos tan estirados, cuando Kate le aclaró que eran sus cuñados se quedó perplejo, pero no le dio más importancia.

Habían decidido hacer un *tour* por la ciudad. Mientras esperaba que Kate se acicalase y como no sabía lo que podría tardar, pensó pasar el rato en la biblioteca. Había visto algún libro interesante y se le ocurrió echarle un vistazo, al ir a entrar se detuvo de golpe, había alguien hablando y no creyó oportuno molestar. Ya se retiraba cuando creyó escuchar su nombre.

—¿Qué te parece ese tal Sebastián? —preguntaba una voz masculina.

—¿Qué quieres que me parezca, un aprovechado, como diría mr Grimwin: me comería mi propia cabeza si ese tipo tiene buenas intenciones con Kate jajaja —contestaba el compañero jocosamente.

—¿Quien nos iba a decir que el rarito del bar era el amiguito de nuestra cuñadita —ironizaba el primero a base de diminutivos.

—No sé que le habrá visto a la insulsa de Kate, seguro que le ha enseñado su supuesta cuenta corriente.

—Espero que él la tenga llena, o tendrá que empeñar la imitación de Rolex que lleva en la muñeca jajaja —instintivamente Sebastián llevó la vista al reloj enarcando las cejas, no pensó que se hubiesen fijado tanto. Aunque sonrió pensando que de imitación no tenía nada.

—Solo deseo que se la lleve y podamos vender esta maldita casa de una vez, no creo que podamos aguantar mucho tiempo más esta situación.

—Espero que la próxima vez que apuestes sea al ganador, últimamente tienes mal ojo para los caballos, si hubieses apostado bien no estaríamos otra vez en estas.

—La próxima vez las apuestas las haces tú, sabes que me gasté un buen dinero en sobornar al jinete, quien iba a pensar que se rompería una pata el maldito caballo.

—Bueno eso ya pasó. Ahora que ha aparecido la calentabraguetas esa, tendremos que idear otro plan para que firme la cesión de la casa, tengo ganas de ver qué cara se le queda cuando esté en la calle.

—Me gustaría conseguirlo antes de que acaben embargándola, o no tendremos nada que sacarle jajaja.

Sebastián en un primer momento pensó en alejarse para no escuchar, no era esa su costumbre, pero al oír su nombre le venció la curiosidad por saber que hablarían sobre él, ahora estaba casi a punto de entrar y romperles la cara a aquellos dos aprendices de Atila y Gengis Kan.

—¿Qué pensará el tipo ese cuando sepa que ella y Madie se entienden jajaja —decía la voz que había bautizado como Atila.

—¿Te imaginas un trío con ellas?—contestó Gengis Kan.

—Huy no, qué pereza, el tipo ese tiene muy mal gusto, ya sabes que a mí me gustan con unas buenas domingas jajaja

—Como te oiga Anastacia te va a dar a ti domingas jajaja —celebró el cuñado.

Sebastián estaba atónito, qué falta de respeto hacía sus mujeres y hacía ellos mismos. No entendía nada de lo que comentaban tan jocosamente ¿qué habrían querido decir con que se entendían Kate y Madie? Necesitaba alguna que otra explicación. Pensando en todo eso volvió a sonar su teléfono móvil, ¡Vaya! Pensó, está sonando más aquí que cuando estaba en casa. Lo miró y vio: número desconocido, de modo que no descolgó, no era su costumbre, así que saltó el buzón de voz.

—Sebastián, el tiempo corre en tu contra, por mucho que huyas te encontraremos.

Era una voz masculina la que hablaba, pero que no le sonaba de nada. Se quedó algo perplejo, aunque no quiso pensar demasiado en ello. Ya averiguaría de qué se trataba en otro momento, ahora se acercaba Kate y estaba guapísima. Una amplia sonrisa apareció en su rostro, la espera había valido la pena.

Kate tenía que arreglar algunos asuntos en la ciudad y de paso decidieron hacer algo de turismo, ya que estaba allí no se podía marchar sin conocer su país y las muchas cosas que ofrecía a los foráneos.

—Vamos a hacer turismo, no nos esperéis a comer —le comentó a Madie.

—Así que me consideras un turista —se quejó Sebastián.

—Siempre desde el cariño, mi amor—bromeó Kate.

Kate quiso contratar los servicios de un taxi, pasaba de pedir prestado el coche a ninguna de sus hermanas.

—¿Teniendo un taxista en casa vamos a pedir un taxi? —bromeó con picardía.

—Creo que no tenemos demasiadas opciones.

—¡Claro que sí! Podemos alquilar un auto el tiempo que estemos aquí, así me familiarizo con tu país y sus extrañas costumbres —la picó.

—Raros vosotros, que tenéis tres ciudades con el mismo nombre —ironizó, recordando su llegada a Colombia.

Los cuñados con excesiva amabilidad, pensó Sebastián, los acompañaron a Lanark a conseguir un coche de alquiler, Sebastián se encargó encarecidamente de decir en voz bien alta y clara que era taxista en Bogotá y que conducir por Glasgow tampoco sería tan difícil, cosa que les dio material para que siguieran pensando que era un aprovechado y que lo único que buscaba era la herencia de Kate. Por otro lado era eso justamente lo que Sebastián quería que pensarán.

Llegaron a la agencia de alquiler y se decantaron por un utilitario no demasiado grande y automático, por aquello de no liarse demasiado con el cambio de marchas ya que al conducir por la izquierda estaban al revés de lo que él acostumbraba, importante también el gps por si tenía que salir solo.

Después de realizar los recados que Kate tenía pendientes, tales como papeleo por la pérdida de documentos y cambiar las claves en el banco de todas sus tarjetas de crédito, también pasaron por la compañía de teléfonos para activar uno y volver a estar conectada con el mundo. Esto les llevó casi toda la mañana así que decidieron comer en el pueblo y ya por la tarde hacer la primera excursión hacia las maravillas que Kate siempre comentaba.

Los escoceses a la hora de conducir eran muy prudentes, fruto de las estrechas carreteras que tienen en las zonas rurales, así que pronto se acostumbró a utilizar los *passing place* en las vías de doble sentido por las que solo cabe un automóvil cada vez.

En menos de una hora llegaban a Glasgow, una vez allí, Kate se sentía como toda una auténtica guía turística, entusiasmada por lo que le iba enseñando y explicando anécdotas de la historia.

Al primer lugar que lo llevó fue al *Old Fruitmarket*, una sala de conciertos de rock, jazz, pop... con un aforo de mil seiscientas personas.

—¿Te imaginas tocando aquí? —preguntó Kate de pronto.

—Aunque la música fue parte de mi vida, ahora ya es historia —contestó melancólico.

Kate lo miró con dulzura y depositó un tierno beso en sus labios.

—También tenemos otras salas de conciertos como el *City Hall* o la *Carling Academy*, pero a mí este es el que más me gusta, me gustan los edificios antiguos y con alma, se nota ¿no? —confesó.

Estaban admirando el impresionante edificio cuando una mujer saludó desde lejos.

—¡Kate!, ¡yuhuuu!, ¡Kate, aquí! —gritaba una mujer en la acera de enfrente.

—Dios, no la soporto —dijo en voz baja al comprobar quien era.

—Pues ignórala —aconsejó Sebastián.

—No puedo, es una ex compañera de clase y la mayor cotilla que me haya encontrado en mi vida.

No pudieron seguir hablando ya que la amiga en cuestión llegaba en ese momento hasta ellos. Parecía sacada de un escaparate, iba conjuntada hasta el mínimo detalle. Con el frío que hacía, parecía mentira que pudiese llevar unas ropas tan escuetas. Con razón decían que los escoceses eran inmunes al frío, pensó Sebastián mirándola con descaro y pensando que Kate tenía razón, tenía cara de arpía.

Llegó a la altura de ellos y sin rozarse le dio a Kate un par de besos de esos pijos de quiero y no puedo.

—¡Qué bien te veo! —dijo Kate sabiendo que era le que quería oír, mientras observaba a su amiga.

—Tu si que estás bien, no sé, pero te veo más joven y guapa —afirmó la arpía de mala gana.

—Eso es porque me miras con buenos ojos.

Después de unos minutos interminables, de fórmulas para no decir nada, la arpa como la había bautizado Sebastián entró por fin en materia.

—Querida Kate, supe que habías estado desaparecida por unos días, no sería por el escándalo ¿verdad? Tú sabes que puedes contar conmigo si tienes algún problema.

—Solo estuve de vacaciones, no te preocupes por mí, estoy perfectamente —se molestó Kate por su falta de tacto—. Sabes que aquello pasó hace tiempo, no hay que dar más vueltas al asunto.

La única evidencia de su irritación fue apretar los labios un breve instante.

—Ya veo, ya, sabes que me preocupo por ti querida. Aunque veo que vas muy bien acompañada —señaló a Sebastián esperando que se lo presentase—, me alegro que hayas podido dejar atrás aquella desgraciada experiencia.

—Esto... es un amigo taxista, va a ayudarme con las compras —dijo Kate sin más.

—Qué bien, que todavía puedas gastar, se comenta que tus hermanas no están en la misma situación, pero ya sabes lo que le gusta hablar a la gente —rió maliciosa, mientras hacía un gesto con la mano que intentaba quitar importancia a lo dicho.

—Claro querida, ya sabemos que hay gente que siempre habla de más —concedió Kate con una amplia y falsa sonrisa.

Se despidieron igual que se encontraron, con un simulacro de beso para no estropear el maquillaje y fue entonces cuando Sebastián se volvió hacia ella y le preguntó a bocajarro.

—¿Te avergüenzas de mí, Kate?

—¿Por qué dices eso?

—Ante tu amiga no te has atrevido a presentarme, me he sentido ridículo y ninguneado.

—Mi amor, no, no pienses eso. En ningún momento se me pasó por la cabeza algo así, es por ella, ya ves lo cotilla que es, hubiese querido saber más y no tenía ganas de dar demasiadas explicaciones.

—Otra cosa, ¿qué es eso del escándalo?, ¿tan desgraciada fue la experiencia que ha comentado tu amiga?, ha sonado como algo grave o turbio y esta es la segunda vez que lo oigo.

—¿Qué insinúas Sebastián?

—Yo no insinúo nada, pero la forma en que tu amiga habló me pareció como mínimo sospechosa, parece que me quieras ocultar algo.

—Ahora va a resultar que soy una asesina en serie, es algo de mi pasado que no viene a cuento —dijo enfadada.

Sebastián enarcó las cejas invitándola a darle una pequeña explicación, con eso se hubiese conformado, pero desde que llegaron a Escocia, le parecía que Kate no era la misma, la sensación de estar fuera de lugar no lo abandonaba.

—Creo que no me tienes confianza, que no eres sincera conmigo, está bien, si no me lo quieres explicar no lo hagas, estás en tu derecho —concedió malhumorado, mientras notaba como la decepción invadía sus sentimientos.

—No te hagas el digno, que tú, bien que me mentiste.

—¡Jamás te he mentido!, pude no decirte toda la verdad, pero jamás te mentí.

—Entonces, empate técnico —zanjó la discusión Kate.

La tensión se instaló entre ellos, lo que había empezado como una excursión divertida y lúdica se estaba convirtiendo en una pesadilla. Sebastián estaba de mal humor, eran ya dos o tres veces que le pareció que lo despreciaba delante de su familia o amigos. Le daría tiempo, si estaba con él era porque lo quería, si no, lo último que haría sería estar con alguien a la que avergonzaba.

—Creo que será mejor que volvamos a casa —dijo Kate, viendo que la magia había desaparecido.

—Toma —le entregó las llaves del coche—, creo que por lo menos esta noche me quedaré en el hotel.

—Sebastián, por favor, esto es una chiquillada —exclamó dolida.

—No es por mí, es por ti. Cuando te aclares estaré esperándote —le dio un beso fugaz en los labios y se marchó

Al ver que Kate volvía a casa sola, Madie enseguida supo que algo no iba bien. El portazo que había dado al entrar también era una muestra de que las cosas entre ellos no discurrían por el mejor cauce. Cuando la vio pasar como una exhalación pensó que mejor la dejaba sola, ya le explicaría en su momento qué había pasado si lo creía conveniente, era mejor con ella no forzar las cosas, se había vuelto muy reservada pero estaba segura que las explicaciones llegarían con la mañana.

Kate no dijo una palabra, se encerró en su cuarto intentando relajar su rostro, controlar las lágrimas que pugnaban por salir y que de ningún modo quería dejar escapar. Se paró frente a la ventana esperando que reconsiderase su postura, si no le había contado nada de aquel suceso era porque para ella había sido demasiado doloroso, no porque no le tuviese confianza, tenía intención de explicarle lo sucedido, pero sería cuando estuviese preparada, no antes. ¿Por qué no podía entender eso? No quería perderlo, se había acostumbrado a sus besos, a sus caricias, a sus chistes malos pero que tanto le hacían reír, y sobre todo a su cuerpo, a su cálido y maravilloso cuerpo de músculos perfectamente definidos.

Había pasado el tiempo suficiente para que él hubiese vuelto a casa, miró el teléfono, volvió a mirar por la ventana, el camino que llegaba a la entrada continuaba desierto, no volvería, al menos no aquella noche ¿Y si no volvía nunca más? No podría soportarlo. Volvió a mirar el teléfono y esta vez se atrevió a cogerlo, buscó en la guía el número del hotel en que habían pasado la primera noche, uno, dos, marcó hasta tres números pero colgó de un manotazo, no le suplicaría que volviese. Se tumbó en la cama y por fin, dejó escapar las lágrimas, que estaban esperando brotar impacientes desde hacía rato.

La noche transcurrió en un duermevela insoportable, cualquier ruido por tenue que fuese le disparaba el corazón, se había levantado tres o cuatro veces durante la noche pensando que alguien llegaba y pudiera ser él, solo era su imaginación que le jugaba malas pasadas. “Admítelo Kate, se ha ido y no va a volver” se decía una y otra vez. Poco después de la seis de la mañana ya no soportó estar en la cama. Se levantó, se dio una ducha con agua fría, necesitaba sentir algo, aunque solo fuesen las agujas del hielo matutino colarse por sus poros y llegar a sus venas. Se vistió de nuevo con sus antiguas ropas, necesitaba sentirse cómoda, necesitaba borrar de un plumazo unas semanas en que su vida había sido un sueño y del que acababa de despertar de golpe. Una vez en su viejo cascarón se dispuso a ayudar a Madie con las tareas. Empezó a limpiar cristales de una forma casi frenética, aunque la mañana estaba helada, ella sudaba a consecuencia del esfuerzo físico que estaba realizando.

—¿Puedo saber a qué se debe tu repentino afán de limpieza?—preguntó Madie, aunque supiera la respuesta.

—Quería ayudarte, eso es todo.

—¿A quién quieres engañar? Las ojeras te delatan, vamos a la cocina y me lo cuentas.

Aunque de mala gana, al final consiguió que Kate la acompañara.

Una vez en la cocina, Madie preparó café y puso en un plato unas cuantas *shortbread*, las típicas galletas de mantequilla, que tanto le gustaban a Kate, y esperó paciente que ella le abriese su corazón.

Capítulo 8

Sebastián paseó sin rumbo durante un buen rato, pensando si había sido buena idea dejar sola a Kate. Lo último que quería era presionarla. Aunque necesitaba un poco más de implicación por su parte. Empezaron a caer unos tenues y algodonosos copos de nieve y aunque era media tarde, ya estaba oscureciendo, ni siquiera se dio cuenta que se habían encendido todas las farolas o que las tiendas empezaban a echar sus cierres. Tampoco prestaba atención a la gente, que caminaba deprisa para llegar al calor del hogar. Se sentía desubicado, un cuerpo sin rumbo. Necesitaba pensar sobre lo que estaba pasando tan vertiginosamente en su vida. Estaba seguro que ella lo quería, pero suponía que necesitaba su tiempo y eso mismo era lo que pensaba darle... tiempo, tiempo para que lo echara de menos.

Llegó al hotel, pidió una habitación y nada más entrar sonó un mensaje en su móvil. Otra vez era un número desconocido, lo oyó por curiosidad, quería saber si se trataba de la misma persona que le había enviado el anterior. Efectivamente el tono era el mismo aunque más apremiante: *Por mucho que te escondas, te encontraremos. Sé un hombre y da la cara.* Fue el escueto mensaje que dejaron

Aquello ya no le estaba gustando nada, lo lógico sería averiguar quien estaba detrás de aquellos mensajes, “no sería muy difícil”, se dijo, pero la persona que tenía medios para ello, era la menos indicada, no quería pedirle favores a su padre, así que remarcó el número y esperó paciente que alguien contestase al otro lado.

Después de esperar a que sonasen por lo menos seis tonos, se dio cuenta que no iban a contestar, así que dejó a su vez un mensaje en el contestador: *No sé quién eres ni que pretendes, pero si tienes algo que decirme, dímelo claramente, yo nunca me escondo, si como das a entender me conoces, deberías saberlo.* — Advirtió molesto.

Colgó con una sensación rara en la boca del estómago, y no era hambre.

Había escogido deliberadamente la misma habitación en la que pasaron la primera noche en Glasgow. No tenía hambre, ni sed, ni siquiera le apetecía una copa. Fue al aparato de música y buscó algo que escuchar, odiaba el silencio. Encontró una canción de Ricky Martin que describía perfectamente su estado de ánimo, así que le dio a la opción de repetir y se dispuso a escuchar “*Tu recuerdo*” en bucle. Se tiró boca arriba sobre la cama sin quitarse ni siquiera los zapatos y puso los brazos bajo la cabeza, de pronto toda aquella energía que había sentido al conocerla parecía haberse esfumado, la apatía y algo muy parecido a la tristeza se quería abrir paso, aunque él no estuviese dispuesto a dejarlas entrar de nuevo en su mente, ni en su corazón.

Se sobresaltó al escuchar unos golpes en la puerta, se había quedado dormido después de mucho rato elucubrando e intentando sacar en claro lo que había pasado. Al final había decidido dejar la mente en blanco y no pensar, por la mañana vería que hacer.

—Un momento, ya voy —gritó pensando que pudiera ser Kate.

Se levantó de un salto con el corazón desbocado y abrió de golpe la puerta, el desengaño que se llevó, al ver al director del hotel plantado en la puerta fue mayúsculo. Todo el subidón que le había dado, volvió a bajar de golpe, los hombros se le cayeron y hasta la cabeza pareció desaparecer dentro de ellos.

—Perdone señor Suárez, pero es que en la habitación de al lado se han quejado de la música, si fuera usted tan amable de apagar el aparato, o por lo menos bajar el volumen se lo agradecería.

—¿La música? ¡Oh!, sí... la música —contestó azorado, llevaba tanto rato escuchando la canción que ni siquiera la apreciaba.

—Es que lleva usted varias horas con la misma canción y no pueden dormir, la señora de al lado dice que esta desquiciada —se disculpaba una y otra vez el director.

—Por favor dígame que me perdone, me quedé dormido y no me acordé de apagar el equipo de música, por favor reitírele mis disculpas —casi tartamudeó avergonzado.

No pudo volver a conciliar el sueño después del vergonzoso incidente, se sentía fatal ¿Tan tocado estaba que no se había dado cuenta que podía molestar?

En cuanto la hora fue razonable, se presentó en el bar, pidió un aguardiente “doble, con cara de triple” para entonarse y buscó un taxi que lo llevase de nuevo a Lanark, e intentar arreglar las cosas. Pensándolo fríamente tampoco había sido para tanto, harían las paces y se solucionaría todo, pensaba durante el trayecto. Solo con pensarlo se estaba excitando.

Llegó a la casa a media mañana, a pesar de que había dejado de nevar y el cielo estaba despejado, pensó que el sol salía demasiado tarde para él, le costaba acostumbrarse a tantas horas de oscuridad. Ansiaba que Kate lo estuviese esperando. Llamó al timbre y aguardó impaciente. Nadie abrió la puerta. El silencio era total.

Rodeó la casa y miró por las ventanas esperando encontrar a Madie o a Kate en algún lugar del salón pero no vio a nadie, el resto de ventanas estaban muy altas y no atisbaba nada.

—¿Sebastián? —oyó a sus espaldas.

No lo esperaba y se sobresaltó, se giró para encontrarse de frente con Percival Mackenzie, el marido de Anastacia y que él había rebautizado como Atila.

—¿Buscas algo? —indagó Percival.

—Busco a las chicas —Percival enarcó las cejas interrogante— Kate y Madie— aclaró Sebastián.

—Salieron— comunicó con ladina sonrisa.

—¿Puedes decirme dónde fueron o si tardarán mucho en volver?

—No tengo idea de dónde fueron ni si volverán o no, solo puedo decirte que Kate iba maldiciéndote, juraba que no quería volver a verte en su vida.

Aquello era lo último que se esperaba, no creía que fuese tan grave el enfado como para que no quisiera volver a verlo, al fin y al cabo, el ofendido había sido él.

Percival se regocijaba en su engaño, “de nuevo se la había jugado a la estúpida de Kate”, pensaba. Tenía que deshacerse de aquel idiota antes de que a ellas, por alguna razón, se les ocurriese contactar con él y arreglasen sus problemas.

Sebastián se quedó perplejo, buscó su móvil y marcó el número del nuevo teléfono de Kate. Percival no había pensado en aquella posibilidad, su mente daba vueltas apresuradas para encontrar una excusa y llevarse de allí cuanto antes. No fue necesario, la suerte estaba de su parte aquella mañana.

—No me contesta, ¿será verdad que no me quiere volver a ver?

—Ya te lo he dicho, se fueron las dos... y llevaban algo de equipaje —se apresuró a inventar, viendo lo contrariado que estaba. — Si quieres te llevo a Glasgow, veo que has despedido al taxista.

—Te lo agradeceré —balbuceó, incapaz de decir nada más.

Lo llevó hasta el hotel y se despidieron en la puerta, Percival pensando en no volver a verlo, ya que estorbaba a sus planes. Sebastián completamente confundido, no sabía qué pensar de todo aquello. Una vez en la habitación volvió a llamarla al móvil, y de nuevo el silencio por respuesta.

Llamó a recepción y les pidió que por favor le reservasen plaza en el primer vuelo que saliese con destino a Bogotá. En un último impulso volvió a llamar a la casa y de nuevo al móvil, nadie descolgó ninguno de los teléfonos. De pronto, le entró una llamada de Colombia.

—Aló.

—Sebastián, ya está bien de que te escondas, soy el hermano de Lucía y quiero que des la cara.

—Ya te dije en el mensaje que yo no me escondo, no estoy en Colombia en este momento, pero salgo para allá, —había tomado esta decisión al ver el cariz que tomaban las cosas por ambas partes— en menos de veinticuatro horas estoy en Bogotá.

Dejó un mensaje en el contestador de Kate.

—Kate, no entiendo el motivo por el cual no quieres hablarme, creo que merezco una explicación, se me han presentado unas complicaciones y tengo que volver a Bogotá, espero una respuesta, una señal, algo que me indique que quieres que vuelva. Recuerda que te amo con todas las fibras de mi ser.

Salió del hotel directamente al aeropuerto, tuvo que hacer escala en Heathrow para coger el primer vuelo que salía de Londres, destino Bogotá. De modo que a las diecisiete horas quince minutos, despegaba rumbo a casa.

Le tocó ventanilla, mejor, pensó, así no tenía que socializar con nadie, no estaba de humor para conversaciones banales. Al llegar al aeropuerto se sentía tan cansado y abatido que llamó a su mejor amigo para que fuese a buscarle, aunque sabía que le pediría muchas explicaciones sobre su escurridiza forma de actuar en las semanas anteriores. Era consciente de eso y mucho más, pero estaba dispuesto a confesar, aunque su amigo le dijese que estaba loco, que no era posible enamorarse de esa manera de un día para otro, él se encargaría de demostrarle lo equivocado que estaba.

De pronto sonó un claxon y oyó que lo llamaban, su amigo no había tardado ni veinte minutos en llegar.

—¡Sebastián, aquí! —agitaba la mano su amigo desde un Chevrolet campero. Se sentó en el asiento del copiloto y agradeció a su amigo la celeridad.

—Gracias por venir tan rápido.

—¿Puedo saber de dónde sales con esas pintas?—preguntó el amigo al ver que iba vestido casi como un esquimal y un plumas colgado del brazo.

—Te lo explico todo cuando haya dormido veinticuatro horas por lo menos.

—Ahora sí que me dejas perplejo, al menos dime de dónde vienes.

—No te lo vas a creer *parce*, vengo de Escocia.

—¿*Me estás mamando gallo?* —dijo el amigo pensando que era una broma.

—Estoy hablando en serio, tengo un jet lag del demonio, te lo pido por favor, llévame a casa y mañana te lo cuento todo.

—Sin omitir detalle ¿eh? —Insistió—. ¿Y el equipaje?

—Lo dejé todo allá, pera basta, mañana... mañana te cuento lo que quieras, ahora estoy muerto y si no lo estoy, pronto lo estaré.

Miguel Alfonso condujo en silencio, respetando a su amigo, lo conocía muy bien y sabía que si decía ahora no, era, ahora no, así que no le quedaba más remedio que esperar al día siguiente para que lo sacara de dudas. De tanto en tanto lo miraba de soslayo y se le escapaba una sonrisa, ¿qué habrá estado haciendo este, para venir en este estado?

Llegaron a su apartamento y sin decir palabra se tiró literalmente en la cama, su aspecto era el de alguien al que le ha pasado una apisonadora por encima, o una *tractomula*, como dicen los colombianos, así que su amigo lo dejó descansar, se acomodó en el sofá y le veló el sueño. Estaba deseando que le explicase aquella aventura, nunca habían tenido secretos el uno con el otro, toda la vida habían sido como hermanos y los hermanos estaban para eso.

La asistenta que hacía las tareas domésticas estaba terminando su jornada y se los quedó mirando con curiosidad.

—¿Le pasó algo?—preguntó. Eran ya unos cuantos años y tenía la confianza suficiente para hablar con total franqueza.

—Ha hecho un largo viaje, tiene jet lag, eso es todo—respondió Miguel A sin saber con certeza qué decir.

Miguel Alfonso había sido el amigo incondicional de Sebastián. Había estado en las duras y en las maduras, cada vez que se metía en un lío, allí estaba su amigo para ayudarlo y muchas veces, incluso aconsejarle. En cada expulsión, en cada pelea, en cada borrachera, allí estaba él, tanto para ayudarlo, como para meterle broncas por las cosas que no le gustaban y que le hicieron, al final, ser la persona que era. Antes de avisar a su padre, prefería avisar a su amigo.

Aunque Miguel Alfonso diese la imagen de ser una persona un tanto frívola, en absoluto lo era. Trabajaba con su padre, un famoso cantante de cumbia y ballenato que había sido uno de los pioneros en mezclar el folklore colombiano con el rock. Le llevaba los temas de representación y también la contabilidad con mano de hierro. Cuando trabajaba no había nada que lo distrajerse de sus quehaceres, eso sí, una vez terminada su jornada, que decía él, los temas serios se quedaban en la oficina y él se dedicaba a dejarse seducir por hermosas mujeres junto con su gran amigo Sebastián, al que se llevaba como gancho ya que su aspecto anglosajón lo hacía irresistible para algunas féminas.

Se conocieron en el instituto y el primer dúo musical lo compusieron juntos. Se compenetraban muy bien, Miguel Alfonso tenía muy buena voz y Sebastián era bueno componiendo y tocando la guitarra. Tocaban en el garaje de la casa de Miguel, que estaba insonorizado y como en casa de Sebastián no lo echaban mucho de menos, no veía la hora de irse, así que muchas noches, incluso dormía en casa de su amigo, donde encontraba una verdadera familia.

Otro aspecto era el de las chicas, al ser tan diferentes físicamente, no había rivalidad entre ellos, mientras que uno era rubio de ojos verdes y espigado, el otro era moreno, con el pelo rizado y largo, recogido en una coleta, ojos negros como el carbón y no tan alto ni tan delgado como su amigo, con una tendencia a engordar que compensaba con bastantes horas de gimnasio, ya que unos canelazos de vez en cuando no los perdonaba.

Eulalia María, la señora que mantenía limpio el apartamento, como siempre era de una discreción absoluta, pero de una sabiduría al mismo nivel. Ella no decía nada, pero sabía que su niño, como ella lo llamaba, estaba pasando por un mal momento y eso le dolía. Le había tomado cariño y se preocupaba, a veces en exceso, por su bienestar.

—Váyase tranquila, doña Eulalia, no me voy a mover de aquí mientras no sepa dónde ha estado estos días.

—Gracias, puedes preguntarle por la extranjera que estuvo aquí con él unos días. Puede ser que ella tenga algo que ver con su ausencia.

—¿Una mujer aquí? ¿Usted sabe quién es esa mujer? —interrogó.

—No, no estoy segura, creo que estuvo aquí unos cuantos días, oí que tenía problemas con su pasaporte, es lo único que sé, y que hablaba raro, con acento inglés, pero fuerte, y, en español, ni te cuento lo difícil que era entenderla —comentaba, mientras agitaba la mano y elevaba la mirada al techo.

—Gracias, me ha sido de gran ayuda, vaya tranquila, creo que nuestro Sebastián está más enamorado que de costumbre, si en verdad ha tenido a esa mujer aquí con él. —Sonrió pensando en cómo habría sido la estancia de aquella misteriosa mujer en la casa, ya que Sebastián era reacio a dejar entrar mujeres en ella. Ahora entendía tantos días sin saber de él.

Siempre que salían a ligar le tocaba a él poner su apartamento, por eso se le hacía raro que una mujer hubiese compartido ni tan solo unas horas en él. Hay pillín, pensó, esto se pone interesante.

Sebastián durmió como un bebé unas cuantas horas, cuando salió del dormitorio se encontró con la sorpresa de que Miguel Alfonso no se había marchado, se había quedado dormido en el sofá, con un libro abierto reposando en el pecho y una mano le colgaba rozando el suelo.

—¡Miguel A, Miguel A!, despierta que vas a coger torticolis. —Lo zangarreó un poco mientras recogía el libro y lo colocaba en su sitio.

—¡Eh! Qué pasa... —Se sentó de golpe frotándose los ojos con los puños—. Hombre ya despertaste.

—¿Qué ya desperté? Pero si el que estaba como un tronco eras tú.

—¿Me preparas un *tinto*? Necesito un estimulante y sigo cansado después del viaje —rogó Sebastián que seguía acusando el jet lag.

—Con la condición de que me expliques todo, según doña Eu, has tenido alojada una mujer en esta, tu sagrada morada. ¿Qué puede decir a eso el seductor Bastian? —bromeó acercándole la mano cerrada a modo de micrófono a la boca, como si de la prensa del corazón se tratase.

—No seas payaso, anda.

—No huyas, Sebastián, sabes que no me voy a mover de aquí hasta que no me lo expliques... además yo también tengo una noticia que darte.

—Tú primero —se adelantó Sebastián.

—De eso nada amigo, mientras no empieces a hablar me niego a preparar café, de hablar ni te cuento —se cruzó de brazos a la espera.

—Ya lo preparo yo —dijo, apartando a su amigo para poner en marcha la *Nespresso*.

—Está bien, está bien —claudicó—, aunque lo mío es sencillo... me voy para la India, voy a presentar el desafío junto a Mágina.

—¡Qué vas a trabajar con Margarita Rosa de Francisco! Eso sí que es un notición.

—Hace tiempo que esperaba una oportunidad como esta y no la pienso dejar escapar —comentó alegremente—. Pero bueno, ahora te toca.

Mientras tanto, Sebastián sonrió, no solo por la noticia de su amigo. Parecía feliz y los ojos le brillaban más que nunca a juzgar por su amigo. Este se lo quedó mirando y empezó a reír también.

—Me habías asustado, pensé que no me ibas a revelar el misterio de tu mutismo.

—No hay misterio alguno... estoy enamorado —soltó a bocajarro después de una pausa que a Miguel A se le hizo interminable.

—Eso no hace falta que lo jures, pero quiero saber los detalles y dónde está esa misteriosa mujer que te hace suspirar como un idiota.

Sebastián se fue a buscar su teléfono móvil, antes de su inesperada ruptura (aunque esperaba que corta) le había sacado unas cuantas fotos. Después de mirarlas y suspirar le tendió el aparato a su amigo para que él mismo juzgara.

—Menudo pibón... aunque juraría que de aquí no es, parece... cómo diría yo, como muy *british*.

—Es escocesa, aunque imagino que doña Eu ya te habrá puesto al corriente, pero ¿a qué es una belleza de mujer?

—Sí, es guapa, no te lo niego, pero quiero detalles—apremió su amigo—. Nombre, edad, dirección jajaja.

—Esos detalles para ti son peligrosos jajaja, pero te diré lo que te interesa saber.

Sebastián relató el primer encuentro de ellos dos, de cómo se conocieron en el aeropuerto y solo paraba de hablar cuando Miguel Alfonso le hacía alguna pregunta concreta.

—Estoy bien pilladoamigo, este de aquí —se puso la mano en el corazón—, se acelera solo con mirarla, un torrente fluye por mis venas y aumenta mis latidos.

—¿Seguro, poeta, que no está un poco más abajo lo que se “inflama”? —bromeó.

—Joder, Miguel A, también. Pero no solo es eso, te juro que podría pasarme horas solomirándola—confesó Sebastián.

—Diría que estás muy grave, acabado si me apuras, estás perdiendo la cabeza. Entonces no entiendo qué haces aquí, deberías estar con ella y todo eso decirselo a ella, no a mí—insistió Miguel Alfonso desconcertado.

—Tengo que darle tiempo, los días que estuvo aquí fueron maravillosos, pero al volver a su tierra la cosa cambió, no sé, allí era diferente, por eso le estoy dejando que reflexione, porque no quiero agobiarla y también estoy aquí por otra cosa.

—Me intrigas, ¿cuántos episodios de tu vida me he perdido en estos días?

—Lucía dice que está embarazada—reveló escueto.

—*Stop, stop...* alto ahí... joder, Sebastián, no me esperaba algo así, cómo te has podido enredar con esa hetaira, no me digas que no veías que iba a por ti.

Sebastián explicó a su amigo el encuentro que tuvo con ella en su casa y que por supuesto Kate escuchó, después de narrar todo, se alivió un poco pero no veía solución por ninguna parte, Miguel Alfonso tampoco se creía para nada las palabras de aquella buscona, como acabó definiéndola, el término hetaira le pareció demasiado fino para ella.

—Esa insistencia en que te hagas cargo no me cuadra, además ¿por qué su hermano tiene que meter baza en esto? Ella ya es grandecita y sabía lo que hacía, algo no me gusta en esta historia —cuestionó Miguel Alfonso.

Capítulo 9

Se terminaron el café y las galletas, entonces fue Madie la que viendo a Kate más calmada le rogó que le explicase qué había pasado.

—Sin omitir nada, que nos conocemos —exigió.

—Nos encontramos con Geilis, ya sabes cómo es ella.

—Esa bruja entrometida, ¿por qué no me sorprende?

A partir de aquel preámbulo, relató a Madie, más o menos, como habían ido las cosas, hasta que llegó al punto en que Sebastián le había devuelto las llaves del coche y se había ido al hotel.

—Bueno, ahora ya está, se acabó... fue bonito mientras duró... aunque duró poco.

—¡Quieres dejar de ser pesimista! —le regañó—. Te propongo algo.

—Que me propones, a ver, qué brillante idea se te ha ocurrido —se medio burló Kate.

—Tu hermana me ha encargado preparar la fiesta de compromiso de Matt y tú tienes que devolver el coche alquilado, nos encontramos en Glasgow y encargamos lo que se necesita, aunque no sé de dónde van a sacar el dinero para pagar todo —pensó en voz alta—, luego podemos llegarnos al hotel, seguro Sebastián estará esperando que lo llames, así que le das una sorpresa y verás como se le pasa el enojo.

—Está bien, te espero en el *rent a car*, yo también me pregunto de dónde van a sacar para tanto dispendio, pero lo de ver a Sebastián me lo pienso mientras hacemos los recados, sigo pensando que no debí ponerme así.

—Griselle dice que su marido ha hecho un buen negocio. ¡Ja! —Se carcajó—. Respecto a Sebastián ¿qué te costaba contestar a sus preguntas?

—Hay cosas que sabes que no me gusta ir explicando a todo el mundo.

—Creo que Sebastián no es todo el mundo, o no debería serlo.

—Te veo demasiado interesada en que lo perdone, ¿a qué viene ese repentino interés en su persona?

—Bueno, sostuve una charla con él y me pareció un buen tipo. Me pareció sincero y lo vi muy enamorado de ti.

—Pues bien pronto se le ha pasado el enamoramiento —contestó con rabia—. Vamos a hacer esos encargos mientras decido que hacer con mi vida, si me corto

las venas o me las dejo largas.

Empezaron a reír por la broma de las venas, siempre que quería dar carpetazo a una conversación sobre ella, acababa con la misma frase tonta. Para Madie fue un alivio, Kate estaba mejor de lo que pensaba, aquel contratiempo estaba segura que sabrían solucionarlo, solo tenían que hablar, y hablar con sinceridad.

Encargaron el catering, las flores, la decoración y por último volvieron al establecimiento del catering, no habían pensado que necesitaban camareros, habría bastantes invitados y no se bastaban.

—Es raro que no te haya llamado Sebastián—comentó Madie extrañada por tanto silencio—. Comprueba si tienes alguna llamada perdida y no la hemos oído.

—¡Qué cansina eres! Creo que estás tú más interesada en Sebastián que yo.

Mientras decía esto rebuscaba su móvil en el bolso.

—Me he dejado el móvil en casa. —Confirmó, un poco decepcionada.

—Ostras, el mío está sin batería, estamos incomunicadas —dijo sonriendo.

—Pues cuando lleguemos a casa lo averiguamos.

—Podemos pasar por el hotel, no seas terca y arregla el malentendido antes de que se encone —propuso Madie.

—Está bien —accedió—, aunque solo sea para que me dejes de dar la vara.

Comieron en un restaurante al que solían ir cuando estaban en la ciudad y después, aunque a regañadientes por parte de Kate, se dirigieron hacia el hotel en el que habían pasado el primer día de su estancia en Escocia. Preguntaron en recepción por Sebastián Suárez y esperaron a que la recepcionista mirase en el ordenador la habitación que ocupaba.

—Lo siento el señor Suárez ya no se aloja aquí.

—¿Me puede decir si ha pasado aquí la noche? —Preguntó Kate.

—Sí, pero nos pidió que le hiciésemos una reserva en el primer vuelo que saliese para Bogotá, creo que estará volando en este momento.

Para Kate aquello fue un mazazo, no pensó jamás que por aquella tontería se fuese de esa manera.

—Muchas gracias señorita, muy amable—se despidió Madie, viendo que Kate había palidecido y se había quedado sin palabras.

—Tranquila, Madie, estoy bien, no me lo esperaba, pero estoy bien, y no me va a afectar.

—Seguro que tiene una explicación.

—Seguro.

Con aquella escueta palabra quiso zanjar el tema. Madie guardó silencio intentando no echar más leña al fuego. En total mutismo se metieron en el coche y enfilaron rumbo a casa, Madie quiso conducir, pero ella se enrocó en que estaba bien y no se lo consintió.

El trayecto fue de todo, menos tranquilo, condujo bruscamente y a demasiada velocidad, pero estaba bien, decía ella... aunque pensase que era un mierda y un desgraciado, enamorarla para dejarla tirada de aquella manera, como lo volviese a ver le cortaría sus atributos más preciados y se los echaría de comer a los perros, se decía saboreando el amargo sabor de su venganza.

Llegaron a casa y Kate intentaba no dar muestras de lo ofuscada que estaba, por no decir desencantada.

—Kate, deberías mirar si tienes mensajes —le repitió Madie por enésima vez—, no deberías ponerte así, seguro que tiene una buena explicación.

En ese momento no le interesaba mirar los mensajes del móvil, sino tirárselo a alguien a la cabeza.

—¡¡Quieres dejar de apoyarlo!! Parece que te ha hechizado, no entiendo tanta urgencia, además ya no me importa Sebastián.

Madie no quiso repetirlo más, pensó que estaba demasiado molesta, seguramente no le había contado toda la historia, Kate siempre había sido tolerante y sensata. ¿A qué venía aquella reacción?

Por su parte, Kate se había refugiado en su habitación después de contestar de mala manera a Madie. Estaba arrepentida de su reacción, pero tampoco quería que supiera que le afectaba más de lo que quería admitir. Y aunque se lo negase a sí misma, incluso, sabía que lo que tenía era miedo, miedo de pensar en otra decepción, miedo a estar demasiado enamorada, miedo a perderlo después de haberlo encontrado, miedo a coger el teléfono y no encontrar ninguna llamada suya, miedo a fracasar de nuevo. Un miedo atroz a que le pasase algo como le pasó a George, no lo soportaría.

Sabía perfectamente que el suicidio de George, no había sido por ella y tenía miedo que a Sebastián le ocurriese algo parecido, acabasen juntos o no, eso era indiferente.

Por mucho que el resultado de la investigación fuese que ella había sido la causante, estaba segura que había una mano, y no era la de George, la que lo había impulsado a apretar el gatillo y no quería morirse sin averiguarlo, se lo debía.

Casi sin darse cuenta tenía el móvil en las manos y estaba comprobando las llamadas perdidas. Suspiró aliviada al ver unas cuantas llamadas y un par de mensajes, una sonrisa acudió a su rostro, aunque al momento la borró, ¿tan apremiante era su partida que no pudo despedirse de ella? Activó el buzón de voz y escuchó el mensaje, escueto y sin dar pistas de tanta precipitación.

El corazón le palpitaba y una lágrima resbaló por su mejilla. Podía ser de alivio, de saber que él seguía pensando en ella, pero se encontraba tan lejos, las colombianas eran tan guapas que pronto se olvidaría de ella, estaba segura. También existía Lucía y pensar en ella la ponía de lo más nerviosa, era una piedra en el zapato de su relación.

Abrió la galería de imágenes y contempló las fotos que se habían hecho en Glasgow, al menos le quedaría aquel recuerdo.

No quiso bajar a cenar, sus hermanas acababan de llegar de una de sus múltiples reuniones sociales a las que eran adictas. Reuniones en que se hablaba de todo menos de los propósitos por los que fueron creadas, eran reuniones de cotilleo y chismes, de llevarle la vida a cualquiera que se saliese un poco de lo marcado en las reglas de aquella encorsetada sociedad. De aquellas reuniones salió el rumor de la supuesta homosexualidad de Kate con el ama de llaves.

Vivían ancladas en el siglo pasado, todas unas hipócritas que en cuanto salían de sus "reuniones" se iban con el amante de turno y que, en no pocas ocasiones, se trataba de intercambiar maridos. Sonada fue la vez en que el rumor llegó a oídos de Kate, cogió a Madie de la mano, se plantó en mitad de una de aquellas reuniones y le dio un morreo que casi la dejó sin respiración.

—¿Esto es de lo que habláis? Espero que tengáis tema para una temporada —espetó.

Y salieron de allí riendo como locas. Recordando aquellos momentos sonrió, pensando que Madie le había seguido muy bien la corriente para no saber nada de lo que ella pretendía.

Estuvo toda la noche haciendo cálculos sobre la hora que sería en Bogotá, ¿habría llegado ya?, ¿la llamaría en cuanto llegase? O se olvidaría de ella para siempre. En un momento de la noche el desasosiego era tal que no podía estar en la cama, así que bajó al salón echó unos troncos, avivó las brasas y se sentó ante la chimenea, abrazándose las rodillas, escuchando el crepitar del fuego mientras las llamas danzaban sin fin. Cerró los ojos y rememoró los días que habían pasado juntos. Se dice que de amor no se muere, pero, "si muero de amor será porque he amado", pensó.

Era hora de comer cuando se encontraron las dos amigas, Kate había estado evitando a Madie pero ya no podía seguir eludiéndola, ayudó a preparar la mesa y ocupó su sitio en ella.

El momento no era propicio para indagar en la cabeza de Kate, así que Madie sirvió la comida y esperó a ver si ella misma comentaba algo, cuando acabó de servir se sentó, ya que, desde que no tenían servicio, comían todos en la cocina, a no ser que hubiese algún invitado.

—¿Has realizado el encargo urgente de esta mañana? —Se dirigió por fin a Kate, no podía aguantar más.

—¿Qué es eso tan urgente? —Preguntó Griselle.

—Cosas de Madie —respondió Kate, quitando importancia.

—¿Tiene algo que ver con la pedida de mano?

—No, no te preocupes, los preparativos de la fiesta están bajo control —replicó Madie.

Kate estaba nerviosa y necesitaba de su amiga el empujón que la obligase a devolver la llamada a Sebastián, ya que ella estaba segura de no poder hacerlo sin ayuda, pero no así, no delante de toda la familia, ellos indefectiblemente estarían pensando que había vuelto a fracasar y no quería darles ese gusto.

—Entonces puede saberse qué es lo que pasa con Kate —indagó Anastacia.

—Ya he dicho que no es nada, tenía que devolver el coche de alquiler y ya lo hice —mintió, esperando que se conformaran con esa media verdad.

—Por cierto; ¿Qué ha pasado con Sebastián? ¿Habéis discutido? —preguntó Anastacia de nuevo, hurgando como siempre en la herida.

—Ha tenido que marcharse, tenía un problema urgente que resolver.

—¿Lo buscaba la policía? Jajajaja —rio con ganas de su propia broma, Ian, el marido de Griselle.

—¿Qué has querido decir con eso? —se enfadó Kate.

—Tranquila, solo era una broma... ya se sabe de dónde sacan el dinero los colombianos.

—Unos cardan la lana y otros se llevan la fama —dijo molesta Kate. —Vigila que no te vengan a buscar a ti un día de estos.

—Son buenos amigos, si vienen les invitaré a una copa.

—¿Sacarás el dinero del mismo sitio que para la pedida de mano? —rugió Kate sin poder contenerse.

—¡Ya basta! —Chilló Griselle—. ¿Podemos tener la comida en paz? Kate, no hace falta que seas tan desagradable.

—Desde luego, puesto que no pienso rebajarme a la altura moral de tu marido.

Dicho lo cual se levantó de la mesa y volvió a su habitación, no sin antes dirigir una mirada asesina a Madie, que por su parte, se arrepentía de haber empezado aquella conversación.

Una vez a solas no quiso pensarlo más, se pasó toda la tarde ordenando su cuarto, una habitación que de por sí estaba impoluta, pero era la excusa perfecta para no salir de allí, no quería encontrarse con nadie, igual se estaba volviendo un poco hedonista, pero se negaba a sufrir de nuevo. Ya no era tan joven y debería ser capaz de controlar sus emociones, le devolvería la llamada, pero no aún, se la devolvería cuando estuviese preparada para lo que fuese, cuando la distancia no doliese.

Llegó el sábado, día de la pedida de mano y seguía sin reunir el valor para hacer aquella llamada, se propuso olvidar todo lo que no tuviese que ver con su sobrino y su novia, era su sobrino preferido, desde pequeño había sido un hombrecito, responsable y maduro, nada que ver con su primo, que aunque más zalamero, siempre había hecho su santa voluntad.

Se habían habilitado para la gran fiesta dos salones, que se comunicaban mediante unas puertas correderas que dejaron abiertas, en el más grande tocaba una orquesta y había un buffet para las bebidas que servían dos displicentes camareros. En el más pequeño dispusieron mesas redondas con elegantes manteles, todas decoradas con flores frescas y velas. Los entrantes eran canapés y como plato principal recetas tradicionales de la cocina escocesa pero reformulados de forma vanguardista, o como dirían en España, en forma de tapas, ya que según declaraciones del mejor cocinero del mundo, (Ferrán Adrià) eran la punta de lanza de la cocina contemporánea.

Su hermana y su cuñado habían cuidado hasta el más mínimo detalle ya que iban a emparentar dos grandes familias. ¡Ja! pensó Kate, cuando sepan de qué pie cojea la gran familia, a ver cómo lo arreglan. Aunque estaba contenta por su sobrino, ya que la joven escogida siempre le había gustado para él.

Empezaron a llegar los invitados y cómo no era ella la que tenía que recibirlos pensó en bajar cuando ya estuviesen presentes todos, o casi todos, la idea era hacer una entrada triunfal. Si su cuñado esperaba ver a una Kate abatida y triste, se iba a llevar un desengaño, incluso se había comprado un vestido precioso y había dejado atrás su manía de pasar inadvertida. Sebastián le había dado seguridad en sí misma y le apetecía sentirse bien dentro de su piel.

El vestido era de un tono verde menta, con tirantes anchos y asimétricos, el cuerpo de pedrería y la faldada tul, se miró al espejo y recordó la primera vez que Sebastián le dijo que parecía una princesa... hoy sí que lo parecía, y estaba encantada con su aspecto.

Cómo le hubiese gustado que él estuviese allí con ella, pero por el momento aquello no pasaba de ser una utopía, así que llenó de aire los pulmones y se dio ánimo. Desde la barandilla del pasillo se quedó contemplando la escena, repasando a los invitados antes de dejarse ver. Realmente no faltaba nadie, la flor y nata de la sociedad estaba allí. Las hermanas Murray habían sido de las primeras en llegar, tan iguales y a la vez tan diferentes, pero con la misma lengua viperina. De su lengua dependía el éxito o el fracaso de las fiestas a las que asistían. Lord y lady Wenworth, siempre juntos aunque eran agua y aceite, él alto y enjuto, con una mirada viva y risueña, todo lo contrario que su esposa, que era más bien bajita y regordeta, una mezcla entre Fiona de Shrek y la bruja aburrada de las tres mellizas. Destacaba por su mal genio y sobre todo por su larga nariz en la que reposaban unas gafas redonditas y cursis como ella.

Estaba absorta mirando a la bruja cuando una voz la llamó desde el vestíbulo, sin darse cuenta se había asomado más de lo que pretendía, allí estaba Arthur, el odioso abogado, que se había rezagado para llegar el último y llamar la atención sobre su persona que era lo que más le gustaba. Pasaba por ser un dandy, sobre todo para los que no lo conocieran, era encantador en el trato, pero odiaba al vulgo como decía él. De conversación locuaz, era capaz de citar a todos los clásicos, aunque nunca los hubiese leído. Le encantaba la buena cocina y estaba siempre al tanto de las nuevas tendencias, pero todo era tan falso como la fortuna de la que tanto alardeaba.

—¡Kate! te ves espléndida—la llamó—. Te acompaño —dijo mientras alargaba la mano para ayudarle a bajar los últimos escalones.

—Buenas noches, no sabía que estuvieses invitado. Gracias pero puedo sola —rechazó la ayuda.

—Sigues tan arisca como siempre, solo intentaba ser amable.

—No necesito tu amabilidad. Aprovecha que hay alguna soltera con dinero, a lo mejor logras engañarla.

—Esperaba que nos diésemos una tregua, sobre todo ahora que vuelves a estar sola.

—Veo que las noticias vuelan, y, aunque no tengo por qué darte explicaciones y para que me dejes en paz de una vez, Sebastián está en un viaje de negocios.

—Desde cuando un taxista tiene negocios —se mofó.

Kate lo miró desafiante, instándolo a que volviese a hablar de Sebastián, ni para bien, ni para mal. Fue a mezclarse entre los invitados, cuando vio a una ex compañera de clase que hacía tiempo que no veía.

—Ingrid, querida, ¿qué tal estás? —preguntó mientras se besaban.

—¿Kate, eres tú? Casi no te reconozco, estás guapísima.

Se alejaron de allá mientras los ojos gris acerados de Arthur las seguían y sonreía maliciosamente.

Fueron a la mesa de las bebidas y cogieron una copa de champán cada una, estuvieron un rato poniéndose al día. De pronto, Ian, el marido de Griselle, desde la tarima de los músicos, llamó la atención de todos.

—¡Atención por favor! Os pido un minuto de silencio. Aunque todos sabéis el motivo de esta celebración, quiero decir que estamos muy satisfechos y sumamente felices por el enlace de nuestro hijo, Matt, con la bellísima Claire, desearles que sean muy felices y pronto inunden esta casa de pequeñas copias de ellos jajaja —acabó el discurso riendo su propia broma.

—Ya que estamos de anuncios —Arthur tomó prestado el micrófono de manos de Ian, dejándolo perplejo—. Yo también tengo algo que comunicaros a todos —tenía una taimada sonrisa, fija en los labios. Kate estaba segura que algo estaba a punto de ocurrir y que era inminente, lo conocía muy bien y esa salida de tono la mosqueó.

Aquí hubiese estado bien un redoble de tambores, todo el mundo calló por completo, aquello no estaba planificado, se notaba por la cara que pusieron tanto Griselle como Ian. Les estaba robando el protagonismo de la pedida de mano, ya que ellos esperaban que fuese la noticia del año.

—Bueno, damas y caballeros —Arthur sabía como mantener la expectativa—, la boda de los que, si Dios quiere, serán mis futuros sobrinos no va a ser la única en esta familia.

Todo el mundo se lo miró con curiosidad, aquellas palabras entrañaban algunos misterios, así que la atención era total.

—Quiero anunciarles mi próximo enlace con la benjamina de esta casa, en un mes tendré el honor de que mi adorada Kate me dé el sí quiero.

Capítulo 10

Había pasado casi una semana y Kate no lo había llamado, le estaba dando tiempo pero le parecía que ya era demasiado, los nervios lo consumían. Aunque hasta entonces se había negado a ser él quien diera el primer paso, aquella mañana estaba dispuesto a llamarla por teléfono. Necesitaba saber de ella, o cuanto menos, saber si todo lo que habían sentido juntos había significado lo mismo para los dos, si para ella había sido sincero o solo un capricho pasajero, aunque él no lo creía, aquellos sentimientos no se podían fingir.

Empezaba a marcar el número de Kate, cuando llamaron a la puerta. Lucía entró como una exhalación, aunque seguía tan delgada como siempre, llevaba ropa algo más holgada de lo habitual, no había duda que las puestas en escena se le daban muy bien.

—Sebastián, amor, tenemos que hablar —suavizó la entrada notando la mirada de Sebastián, como un puñal, clavada en su rostro.

—No creo que tengamos nada que decirnos.

—Al contrario, creo que tenemos muchas cosas de las que hablar, y sabes a que me refiero.

—Lo que tú propones es chantaje emocional y lo sabes, si es cierto que ese hijo es mío, y a te lo dije, no os va a faltar nada a ninguno de los dos.

—Le va a faltar un padre.

—Lucía, por Dios, el padre seguiría siendo el mismo aunque no tengamos un acta matrimonial, entiende que no nos amamos. Qué clase de matrimonio íbamos a ser. No puedes chantajearme con eso, un hijo no debe ser criado por personas que no se aman, un niño necesita armonía y estabilidad.

—Es mi última oferta, si no me haces tu esposa, tampoco tendrás a tu hijo.

Sebastián se vio tan atrapado que súbitamente le entraron unas arcadas que aunque quiso controlar, no pudo. Aquella mujer era capaz de cualquier cosa con tal de que se casase con ella, y no pensaba consentirlo. No volvería a repetir en un hijo suyo el calvario que vivió él. Un matrimonio sin amor era lo último en lo que él hubiese pensado, lo cierto era que jamás había pensado en el matrimonio, eso no era para él, o por lo menos, no lo era hasta que conoció a Kate, ya que desde entonces no pensaba en otra cosa.

Fue al baño a mojarse la cara con agua fría. Aquella mujer no podía chantajearlo de aquella manera, si el niño era suyo, tenía todo el derecho del mundo a que estuviese con él, sería una custodia compartida, de eso estaba seguro, aunque le costara toda su fortuna en abogados.

Con el ruido del grifo le costó oír el sonido del móvil, lo que no esperaba era que Lucía se inmiscuyera tanto en su vida privada como para atender la llamada sin su permiso. Salió secándose la cara con una toalla, cuando vio que el teléfono que contestaba Lucía, era el suyo, no llegó a tiempo. Al darse cuenta que era Kate la que había llamado se lo quitó de las manos... demasiado tarde.

—Kate, Kate, contesta —estaba allí, pero no respondía.

—Contesta, maldita sea, Kate.

Bip... Bip... Bip empezó a sonar el tono, Kate había colgado, no quiso escuchar su excusa, porque eso era lo que le parecería a ella, pensó, una excusa barata.

—¿Quién te dió permiso para contestar mi celular?—vociferó sin poder controlarse.

—¡No esperarás que aplauda a esa mujer que te acosa!

—¿Qué me acosa? Definitivamente te has vuelto loca, te prohíbo que te vuelvas a inmiscuir en mi vida ¿está claro?

—No era eso lo que me decías cuando estabas encima de mí, si no recuerdo mal me decías que era tu bombón de licor, peligrosamente dulce. Me decías que jamás habías disfrutado tanto del sexo como cuando estabas conmigo.

—Te lo estás inventando, yo jamás te he dicho eso. Y si lo he dicho sería porque estaba borracho —dijo con intención de herirla.

—Borracho o no, el caso es que estamos esperando un hijo y esa zorra pelirroja se acabó para ti, ya me encargaré yo de que no te vuelva a molestar.

—Esa pelirroja tiene nombre y es la mujer con la que me voy a casar, te guste o no, así que la respetas.

—Mi amor, no me regañes, entiende que lo he hecho por nosotros, por nuestro amor.

Decía esto melosa, mientras se abrazaba a su cuello y lo besaba con estudiada dulzura. Había cambiado de táctica al ver que el enojo no había surtido el efecto deseado. Creo... creo que me estoy mareando —dijo poniéndose la mano en la frente, intentando que pareciera real.

Se dejó caer en el sofá, esperaba que Sebastián se ablandara y se aviniese a sus caprichos.

—Por favor, Lucía, no, no vayas por ahí, no sigas chantajándome de ese modo que de nada te va a servir, no pienso cambiar de opinión. Estoy seguro que es lo mejor para los dos, incluso sé que es lo mejor para ti. —Continuó sin hacer caso a su comedia.

—¡Cómo puedes decir que es lo mejor para mí! Lo mejor para mí eres tú —contestó completamente repuesta de su supuesto mareo.

—Porque es cierto, créeme, lo he vivido, casarse solo porque estás embarazada no es la solución.

—Entonces abortaré —amenazó Lucía.

—No digas estupideces, Lucía, por favor.

Con la amenaza bien latente, Lucía salió del apartamento sin decir nada más, por mucho que Sebastián le rogó y suplicó que esperase, que ahora de verdad era necesario que hablasen, no, ella salió corriendo escaleras abajo pensando que ojalá perdiera ese bebé, que de tan planeado que había sido, estaba quedando en eso, un mal plan.

Sebastián cogió el teléfono para llamar a Kate, solo eso, llamar y llamar, sonar tono tras tono hasta que saltaba el contestador; le habla el contestador automático de... así una y otra vez, hasta que se dio por vencido. Lo intentaría mañana de nuevo, se dijo, y si no lo escuchaba, lo seguiría intentando hasta que Kate le cogiera el puto móvil. Estaba rabioso. Después del numerito de Lucía parecía un animal enjaulado, necesitaba descargar energía, o sería capaz de darse cabezazos contra la pared.

Cogió una mochila, metió lo imprescindible y se fue al gimnasio, el mejor sitio para descargar su ira era el saco de boxeo, así que pasó toda la tarde pegando puñetazos, hasta que cada vez que intentaba mover los brazos era un calambrazo, entonces, y solo entonces, decidió que era hora de acabar. Eran casi las diez de la noche cuando salía del gimnasio, llevaba el pelo mojado de la ducha y el frío de la noche se le clavó como alfileres en la cabeza, pero también le ayudó a serenarse.

Cuando llegó a su casa estaba exhausto, se tiró de cualquier manera en la cama, aunque la cabeza no había dejado de darle vueltas al problema, intentaría buscar una solución por la mañana, no quería seguir pensando en Lucía.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando sonó el teléfono.

—*Aló* —dijo con desgana.

—Sebastián, te llamo desde la clínica.

Se despertó de inmediato, no sabía qué podía pasar, pero desde luego algo grave para que su padre lo llamase. De todos era sabido que la relación padre/hijo nunca había sido ni siquiera cordial. Aquella llamada a medianoche lo sacó de golpe del sueño.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

—Lucía ha intentado suicidarse —soltó a bocajarro.

—¡¡¡Cómo!!!

—De momento so sabemos nada, acaban de llamar de la clínica.

—Voy para allá.

Empezó a vestirse con celeridad y estaba saliendo por la puerta cuando recordó que no le había preguntado por la clínica en que estaba. Sacó el teléfono del bolsillo y buscó el número de su padre.

—En la Fundación Santa fe —dijo el padre sin ni siquiera darle tiempo a preguntar—. En salud mental.

—Gracias, en menos de media hora estoy allí.

Al ser medianoche, el tráfico no era como en pleno día, por lo tanto, llegó al hospital en veinticinco minutos, y con un cabreo monumental. A saber qué bicho le habría picado a aquella idiota para hacer semejante barbaridad. Menos mal que había estado descargando tensiones en el gimnasio, porque de otro modo...

Al llegar, su padre lo estaba esperando en la puerta con cara de pocos amigos y buscando una explicación, que Sebastián no creía que tuviera que dar en absoluto, y menos a él.

—¿Puedo preguntar por qué te han avisado a ti?

—Porque ha sido el primer número que han encontrado en el móvil de Lucía.

No era una explicación muy convincente, pero de momento tendría que servir. Sebastián estaba atónito, parecía que su padre y Lucía se hubiesen puesto de acuerdo para joderle la vida. No es que se alegrara del mal de nadie, pero se lo había buscado ella.

—¿No vas a preguntar qué le ha pasado? —dijo su padre mirándolo fríamente.

—Sí, claro que sí. Con los nervios se me ha pasado. —Era una explicación muy burda, pero lo cierto es que ya se imaginaba lo que había pasado, había querido llamar la atención y se le había ido de las manos.

En ese momento salía el galeno para darles el parte médico.

—Familiares de Lucía Guerrero —llamó.

—Doctor, ¿cómo está ella? —preguntó Sebastián, haciéndose cargo de la situación.

—De las heridas bien, ha perdido mucha sangre, pero está estable. Ahora está con el psicólogo y el psiquiatra, están intentando tranquilizarla porque estaba muy alterada.

—Gracias, doctor. Una última pregunta ¿el bebé está bien?

—Tranquílcese, la criatura no corre peligro ¿es usted el padre?

—Eso creo —contestó Sebastián escueto.

No podían darle tranquilizantes, estaba de pocas semanas, por eso estaban el psiquiatra y el psicólogo, el feto se podía ver afectado por los efectos secundarios de dichos fármacos, así que tuvieron que hacerlo a base de diálogo y alguna que otra taza de tila.

Mientras tanto en la sala de espera Sebastián daba vueltas al móvil, su padre lo miraba sin atreverse a hablar, nunca había tenido demasiada afinidad con su hijo, así que prefirió no remover viejas heridas y mantenerse callado observando como evolucionaba el problema.

Por fin, sobre las cuatro de la madrugada salieron los médicos y les dejaron entrar a verla, estaba despierta pero con mucho sueño, debido a la sangre que había perdido y el cansancio acumulado, además de la culpa.

Cuando el padre de Sebastián vio que más o menos estaba bien optó por una retirada.

—Sebastián, si quieres podemos contratar una enfermera para que la vigile y tú te vas a casa también —ofreció.

—No, papá, vete tranquilo, yo me quedo esta noche con ella.

—Está bien, como quieras, mañana te llamo para ver cómo sigue — accedió— Buenas noches, Sebastián.

—Buenas noches, papá, que descanses.

En cuanto salió su padre por la puerta quiso hablar con Lucía, aunque ella se hizo la dormida, sabiendo lo que le esperaba, intentaba posponerlo al máximo.

—Sé que no duermes, Lucía, pero no te preocupes, hoy no tengo fuerzas para enfadarme. Aunque eso sí, esto no se va a quedar así.

Cuando por fin se durmió, se sentó en el sillón del acompañante y empezó a darle vueltas al teléfono en la mano, su pensamiento no estaba allí, sino a muchos kilómetros de distancia, al otro lado del Atlántico, pensando que Kate estaría a punto de levantarse, si no lo había hecho ya.

Abrió la aplicación de whatsapp y sin pensar buscó el contacto de Kate.

—Buenos días, princesa.

—Princesa, tenemos que hablar.

—Cuando me leas, por favor, contéstame.

—Kate, contesta por favor.

—¿Despertaste ya?

—Tengo muchas cosas que explicarte.

—Princesa, no me hagas esto, por favor.

Cada cinco segundos miraba los “pajaritos”, a ver si Kate leía los mensajes, la parecía una eternidad, nada cambiaba, no había manera que apareciese el dichoso color azul de leído, era como si no le interesase nada que tuviese que ver con él.

Se había quedado un poco traspuesto con el móvil en la mano, hasta que se le cayó al suelo, dio un respingo y al cogerlo de nuevo, los pajaritos habían cambiado de color, llegó a pensar que había sido por el golpe. Pasaban las horas y seguía sin responder. ¿Se habría estropeado el celular con el golpe? No podía pensar en otra cosa, así que cuando Lucía despertó con un gemido, de nuevo se sobresaltó. En aquel momento se sintió mal, se había quedado a cuidarla y la había descuidado completamente, soy un monstruo, se dijo.

Llegaron dos enfermeras a cambiar la cama y hacer las curas, le dijeron que saliera a esperar fuera, o si quería, fuese a desayunar, que ellas tardarían un ratito.

Bajó a la cafetería, en ese momento llegaba Miguel Alfonso, no podía creer lo que estaba pasando, se abrazó a Sebastián con pesar.

—Tranquilo, *parce*, verás como todo se arregla.

—Esto es una puta pesadilla ¿Por qué me odia tanto esta mujer como para hacerme esto?

Se apartó de Miguel Alfonso y sin saber de dónde ni cómo, un puño se estrelló contra su mandíbula. Tanto Sebastián como Miguel Alfonso se quedaron atónitos, no los vieron venir, eran los hermanos de Lucía, que sin preguntar, ni atender a razones, quisieron zanjar el tema a su manera. En un momento se reunieron alrededor todos los transeúntes que por allí pasaban. Sebastián pensaba que sus tiempos de peleas habían pasado, pero parecía ser que no.

—¿Se puede saber qué coño os pasa? —vociferó Miguel A.

—Tú no te metas, esto no va contigo —contestó el que parecía ser el cabecilla de los dos.

Sebastián se limpió la sangre que manaba de su boca y se frotó la dolorida mandíbula. La voz del hermano mayor llegó a sus oídos atronadora.

—Te lo advertí, te advertí que te encontraría, y este no era el lugar en el que hubiera querido hacerlo. Como le pase algo a mihermana lo pagarás con tu vida —amenazó.

—Guárdate tus amenazas, y pregúntale a tu hermana por qué lo hizo.

—Vámonos, no pierdas el tiempo con estos trogloditas, vamos a que te pongas un poco de hielo en esa mandíbula. —Dijo Miguel A sacándolo de allí antes que se enzarzaran de nuevo.

Capítulo 11

Kate creyó no haber oído bien, aunque al ver como todo el mundo se giraba hacia ella y empezaban a felicitarla, la ira se apoderó de su ser y una nube negra le nubló la mente. Estaba a cuatro pasos de la tarima de los músicos, para cuando llegó al borde, Arthur ya había bajado y se dirigía a ella con aquella displicente sonrisa que tanto gustaba a la gente y que ella tanto detestaba por su falsedad.

Un sonoro bofetón dejó a Arthur casi sin sentido ya que la furia con que Kate se lo dio, lo hizo trastabillar.

—¡Esta es la última vez que me utilizas! Nunca, óyeme bien, nunca, vuelvas a hacer algo así, y lo digo aquí, delante de todo el mundo... ni aunque viviera cien vidas me casaría contigo. Espero que te haya quedado claro de una vez por todas.

Era tanta la rabia que la embargaba en aquel momento que subió corriendo a encerrarse en su habitación. Tanto Madie como su ex compañera de clase subieron tras ella.

—Kate, ¿estás bien? —preguntaron al unísono.

—Estoy bien, solo necesito estar sola, volved a la fiesta, por favor.

Estaba furiosa, tenía ganas de matar a alguien, y le servían por igual, Arthur que Sebastián. Arthur, porque lo odiaba a muerte desde que se propasó con ella, además de lanzar bulos sobre su persona y a Sebastián... a Sebastián, por dejarla sola en aquel momento; porque se moría por escuchar su voz, a la vez que quería estrangularlo con sus propias manos, por aquel odioso mensaje que le dejaba a ella la responsabilidad de seguir o no con la relación.

Casi sin querer cogió el teléfono y marcó el número de Bogotá, un número que prácticamente se sabía de memoria, aunque no lo hubiese marcado nunca, fueron tantas las veces que estuvo a punto de hacerlo, aunque al final desistía, que lo tenía grabado a fuego en la memoria. Esta vez se decidió, marcó el número y aguardó a que la ansiada voz sonara a través del auricular.

—Aló —le respondió una voz femenina.

—¿Sebastián?

—Obviamente, no.

—Perdón, creo que me equivoqué de número —quiso cortar la llamada antes de desmayarse.

—No creo que te hayas equivocado, eres la inglesa ¿verdad?

Con un temblor en las manos que le era imposible aguantar el aparato, intentó pulsar la tecla de fin de llamada, no podía, las manos no le respondían y le faltaba el aire.

Oyó murmullos de fondo, aunque no entendía lo que decían, hasta que empezó a escuchar su nombre en la voz de él. Se le había paralizado el cerebro, aquello no era lo que esperaba, no era una mujer la que debía responder aquel móvil. En casa de Sebastián, solo debería estar Sebastián. ¿Qué hacía aquella mujer allí?, se preguntaba, aunque lo entendía, al final ella y su futuro hijo habían ganado la partida.

De pronto la tan ansiada voz sonó al otro lado.

—Kate, Kate, contesta. ¡¡Contesta!! Malditasea, ¡¡Kate!!

Demasiado tarde, pensó, demasiado tarde, y, como pudo, con un temblor en las manos que casi le hacía imposible aguantar el peso del teléfono pulsó la estúpida tecla.

En su interior lo imaginaba, aquellas prisas por marcharse no eran para que ella reflexionara, eran para encontrarse con la madre de su futuro hijo. Y no lo culpaba por ello, un hijo era lo primero. Pero cómo dolía ser la otra, no saber qué lugar ocupaba ella, o que la relegase a ser la querida de turno. Y por ahí sí que no pasaba.

Como una autómatas se quitó el precioso vestido, tiró a un lado los hermosos zapatos, con aquel bonito lazo en la parte de atrás que la habían dejado sin respiración cuando los vio, y se metió en la ducha. Dejó correr el agua sobre su cabeza esperando borrar los pensamientos que iban de Sebastián a Sebastian, pasando por Sebastián. Esperaba poder lavar las marcas de sus manos en su piel, aquellas huellas que se habían quedado grabadas como tatuajes y que cada noche sentía como la acariciaban de nuevo. Esperaba poder olvidarlo antes de morir, o morir ya, para poder olvidarlo.

La fiesta acabó como el rosario de la Aurora, su hermana y su cuñado intentaron recomponerla pero los invitados ya no se sentían cómodos y empezaron a marcharse antes de lo previsto.

La noche la pasó en un duermevela, cada vez que cerraba los ojos recordaba al infame de Arthur, y cuando los abría extrañaba la calidez del cuerpo de Sebastián a su lado.

Había puesto a cargar el móvil encima del tocador, así que cuando empezaron a sonar los mensajes del whatsapp no tuvo ganas de levantarse a leerlo, era demasiado pronto para empezar a dar explicaciones de lo que había pasado la noche anterior. Se dio media vuelta en la cama y se tapó la cabeza con la almohada, siempre había sido una persona madrugadora, pero desde que Sebastián se había ido, se sentía como una zombie, un alma sin vida. Tenía que tomar una decisión, una decisión que llevaba tiempo rondando su cabeza. Antes del viaje, su idea había sido la de mudarse a la casa que su padre le había dejado en Irvine, al lado del río, pero quiso hacer aquel viaje primero, ahora tenía claro que era el momento de independizarse de sus hermanas, ya eran mayorcitas y tenían que empezar a espabilarsin ella...

y sin su dinero.

Estaba bien entrada la mañana cuando se decidió a salir de la cama, había olvidado que tenía mensajes, bajó a desayunar aunque no tenía nada de hambre, pero conociendo a Madie como la conocía, sabía que no la dejaría en paz hasta que no tomase por lo menos un té.

—Buenos días, ¿qué tal te sientes? —preguntó Madie.

—Sobreviviré.

—Te he preparado un *brunch*, porque casi es hora de comer.

—Gracias, no debías haberte molestado, no tengo hambre, me tomaré un té, o mejor un café.

—Con tanto estrés te estás quedando en los huesos, cuando vuelva Sebastián, no te va a reconocer.

—A ese, ni me lo nombres, por la cuenta que le trae, mejor que no vuelva. Aunque estoy segura que no va a volver.

—¿Y ese convencimiento?

—Anoche lo llamé.

—¿Y?

—Madie, por favor, qué quieres que te diga, su móvil lo contestó ella.

—No te entiendo, ¿quién es ella?

—Pues quién va a ser, la madre de su hijo.

—No me habías dicho que tuviese un hijo.

—Es que no lo tiene.

—Kate, me estás volviendo loca, ¿puedes explicarme este galimatías y no hablar más en clave?, por favor.

Le puso un café con unas gotas de leche y un plato con galletas encima de la mesa y se sentó a su lado, instándola a que le ordenase el caos de la conversación anterior. Kate, viendo que no le quedaba otra, empezó a relatar en un orden más o menos cronológico desde que lo conoció hasta la huida, como decía ella, de Sebastián.

—Creo que haces una montaña de un grano de arena.

—¿No lo estarás defendiendo? Puedo saber ¿de qué parte estás?

—Siempre de tu parte, pero creo que estás siendo un poco injusta.

—No te das cuenta ¿verdad? Creo que se ha reído de mí. La solterona idiota que no es capaz de coger un avión sin equivocarse. Me conquistó con su carita de pillo, con sus caricias estudiadas, con su acento tan sensual.

Si me quisiera no habría desaparecido de aquella manera, sin decir nada, con solo un mensaje de móvil. Me enamoró, sí, me enamoró sabiendo que tenía una novia embarazada.

—Kate, para, sigues siendo injusta, no, déjame hablar —cortó la protesta de su amiga—. Tú misma me has dicho hace un momento que él no sabía nada. Llámalo y sal de dudas, seguro que tiene una explicación a todo esto. Tú eres muy visceral y en este momento no estás razonando.

—Sigues estando de su parte, la que no lo entiende eres tú, no sé qué te pudo decir, pero desde luego te ha subyugado, te lo regalo, todo para ti. ¿No te das cuenta? Cuando ya no creía en el amor, cuando me había hecho a la idea de que el amor no era para mí, haberlo encontrado fue un renacer a la vida. Y ahora, justo cuando hizo que me sintiera querida, idolatrada incluso, se va. Cuando obtuvo de mí lo que quiso, va y me deja tirada como una colilla. Si supieras cómo me siento, estoy tan decepcionada, me siento utilizada, confundida, incluso ridícula.

Salió de allí con la urgencia del llanto, en su cerebro solo sonaban frases inconexas pronunciadas en momentos de pasión, frases que producían dolor, mucho dolor.

Subió a su habitación, se sentó en la ventana mientras veía las gotas de lluvia chocar contra los cristales. Su cabeza era un caos, un lo odio, pero lo adoro y viceversa.

Ahora que había aprendido a vivir sola, cuando ya se había hecho a la idea de que lo suyo era la soledad, con lo que le había costado llegar a este grado de autonomía... ahora se moría por dentro. Aunque si pensaba que le iba a rogar, estaba muy equivocado, ella jamás había suplicado amor a nadie, no iba a empezar ahora, tenía recursos suficientes para resurgir de sus cenizas, como había hecho siempre.

Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando sonó el whatsapp, se levantó con desgana a mirar, no tenía intención de contestar a nadie, pero le picaba la curiosidad por saber cuales de sus supuestas amistades, se atreverían a preguntarle directamente sobre su relación con Arthur, lo que menos esperaba eran los veinte mensajes que tenía desde hacía más de dos horas, casi todos ellos de Sebastián.

La duda ahora era si leerlos o no, se moría de ganas de saber la excusa que pondría esta vez, pero era incapaz, la ira la paralizaba y la imaginación jugaba con ella.

La curiosidad pudo más que la indiferencia que intentaba demostrarse, y al final leyó los mensajes, ahora la indecisión estaba en contestar o no. Empezó a darle vueltas a la cabeza. Como siempre, las conjeturas iban por delante, se empezó a preguntar qué querría explicarle, quizás que una vez alcanzado el objetivo de la conquista, ¿tocaba empezar una nueva? Quizás que después de hacer notables sus carencias afectivas, después de ponerle el caramelo en la boca, ¿ahora se lo negaba? ¿Quizás decirle que se había cansado de ella? Quizás, quizás, quizás como dice la canción, eran demasiados quizás. Había sido una revolución, había vuelto a amar de nuevo con todas las consecuencias, y esas, eran las consecuencias de enamorarse, se lo había jurado una vez y por él había roto su juramento. Contestaría, no sabía cuándo pero lo haría, ella no era grosera y no podía dar la llamada por respuesta.

Por fin, al cabo de un buen rato, se decidió a contestar:

—Buenas tardes.

—Creo que ya está todo dicho.

—Tienes deberes que asumir.

—Te deseo lo mejor.

Desconectó el móvil, y tomó la decisión que, según ella, debería haber tomado hacía mucho tiempo.

—¡Maldita escocesa arrogante!—dijo en voz alta Sebastián cuando por fin el whatsapp marcó los mensajes como leídos, y, por fin, pudo leer las desesperantes respuestas.

—*A lo bien, parce*, no te lo tomes así, seguro está confundida.—decía Miguel A, intentando tranquilizarlo.

—¡Qué me desea lo mejor!, tú crees lo que me dice, qué me desea lo mejor, ¿qué se supone que es lo mejor? ¿Estar sin ella?

—Dijiste que necesitaba tiempo, concédeselo, no la atosigues.

—Está bien, está bien, no la atosigo... no levuelvo a mandar ningún mensaje... no la vuelvo a llamar, por ahora, y me centro en "asumir mis deberes". —Refunfuñó, mirando a su amigo con una mezcla de inquietud y enojo a partes iguales, masajeándose de nuevo la dolorida mandíbula.

—Bien, debería volver a la habitación de Lucía, espero que le den el alta pronto, los hospitales me deprimen. —Continuó Sebastián, levantándose de la mesa a la que estaban sentados en la cafetería de la clínica.

—Te acompaño —se ofreció su amigo.

—Tranquilo, esos trogloditas no van a poder conmigo, ha sido la loca de su hermana la que ha calculado mal las consecuencias.

Se despidieron y se encaminó a la habitación de nuevo, ya habían acabado de hacer el aseo y los hermanos estaban dentro, no supo bien que tramaban pero algo de ello había, ya que en cuanto entró él, se hizo el silencio.

Pasó el médico y como suponía le dijo que se podía ir para casa, con unas recomendaciones muy concretas y sobre todo que no la hicieran alterar, el embarazo la había dejado muy sensible y depresiva, había pasado a ser de riesgo, dictaminó el doctor.

—Ya has oído, no se puede quedar sola —puntualizó el hermano mayor de Lucía.

—Le pondré una enfermera—sentenció Sebastián—. O te la puedes llevar a tu casa.

—Te la vas a llevar tú a tu casa, la vas a tratar como a una reina, como se merece la madre de tu hijo, que es lo que es.

—Hasta que no tenga las pruebas no lo creo. —Masculló Sebastián—. Tu hermana había enredado muchas sábanas antes que las mías.

—¿Podéis dejar de hablar de mí? —Chilló Lucía—. Estoy aquí, por si no os habéis dado cuenta.

—Tú te callas —ordenaron los tres a la vez.

En aquel momento llegaba el auxiliar con la silla de ruedas que la llevaría hasta la salida de la clínica.

Capítulo 12

—Madie, ¿me puedes hacer un favor?

—Por supuesto, de qué se trata.

—Dile a mis hermanas que las espero en el estudio, tú vienes también, por favor.

—¿Puedo saber qué te traes entre manos?

—A su debido tiempo.

Dicho esto, Kate se dio media vuelta y se encaminó directamente hacia el estudio, esperando que sus hermanas no tardasen demasiado.

A los pocos minutos llegaron sus dos hermanas, seguidas de Madie, sentían curiosidad por saber qué era aquello tan importante que Kate tenía que decirles, en segundos, mil conjeturas pasaron por sus cabezas sin llegar a acercarse siquiera a la realidad.

—Ya estamos aquí, qué es eso tan urgente que no puede esperar —refunfuñó Griselle.

—Bien, ya que estamos todas, solo quería deciros que me mudo, a partir de mañana yo viviré en la casa de Irvine, Madie, si te quieres venir conmigo, tienes allí tu casa, si te quieres quedar aquí, lo entenderé.

Aquel mazazo no se lo esperaban, la única que sabía algo de los movimientos de su amiga, era Madie, lo que no esperaba era que la determinación fuese tan drástica. Las hermanastras se quedaron sin habla, algo bastante inusual en ellas.

—Si no tenéis nada que decir, supongo que es porque estáis de acuerdo —señaló Kate.

—Un momento, yo sí tengo algo que decir —murmuró Anastacia nerviosa—. No puedes irte, esta es tu casa.

—Lo sé, pero gustosa os la cedo, al final siempre ha sido eso lo que habíais querido, ¿o me equivoco?

—En realidad, a nosotras nos gusta que estés aquí —comentó en voz baja Griselle—, nuestras desavenencias son cosa de hermanas, todas las familias discuten de vez en cuando.

—Griselle, lo nuestro no es discutir, es un acoso y derribo hacia mi persona —rebató Kate.

—No somos nosotras—confesó Anastacia, bajo la dura mirada de su hermana mayor—, son nuestros maridos, no tienen nunca bastante, por eso querían que te casaras con Arthur, aunque no entiendo bien lo que pudiera haber salido de esa unión.

—¡¡Anastacia!! —Chilló Griselle—. Eso es irrelevante.

—No, no es irrelevante y tú lo sabes —rugió—, tu marido ha hecho inversiones catastróficas y ha arrastrado al mío, he callado, pero esto ya es insostenible, deberías quitarte la venda de los ojos. Kate, yo te quiero mucho, aunque a veces haya sido demasiado dura contigo. Soy débil de carácter, lo sé, y sé que a veces no me he portado del todo bien, me he dejado arrastrar, pero me duele que te vayas por nuestra culpa.

—Tranquilas, no es por vosotras, es por mí, tengo que demostrarme a mí misma que puedo valerme sola, necesito poner en claro mis ideas, y aquí no puedo, no os preocupéis, estaremos en contacto, lo prometo.

—¿Puedo hablar? —preguntó Madie.

—Por eso estás aquí, eres una más de la familia, aunque algunas tampoco lo hayan querido reconocer.

—Gracias, Kate, aunque eso es lo de menos. Lo primero que quería decir es que si tú me quieres a tu lado, yo me voy contigo, lo segundo es obvio —dijo dirigiéndose a las hermanastras—, si esto lo hubieseis dicho antes, nos habríamos ahorrado muchos disgustos. Aunque desde luego nunca es tarde para rectificar, lo que es tarde es para hacer cambiar a esos dos zánganos que tenéis por maridos, tener un título nobiliario no da de comer, así que si podéis, instarlos a que trabajen, pero en algo serio, no dilapidando fortunas que no tienen.

Dicho esto, Madie salió del estudio y se dirigió a su habitación a hacer las maletas, donde estuviera Kate, estaría ella.

Las dos hermanas se quedaron mudas, de pronto toda aquella belicosidad que sentían sobre Kate, había desaparecido. Se la quedaron mirando sin saber qué decir, de nuevo fue Anastacia la que rompió el silencio.

—Creo que lo único que teníamos era envidia de ti—bajó los ojos al pañuelo que estrujaba en sus manos—, eras todo lo que yo hubiera querido ser. Eras una criatura tan alegre. Incluso cuando eras una bebida eras simpática y divertida, te portabas bien y siempre sonreías a todo el mundo. Supongo que empecé a tenerte celos, aun cuando tú siempre perdonabas mis arrebatos. También tuve celos de tu madre. Papá nunca fue tan feliz como cuando se conocieron, y me dolía que con mi madre no hubiese habido nunca esa conexión. Los miraba tan felices y recordaba a mi madre, siempre con cara de amargada, siempre con reproches... y os envidiaba, Ahora me avergüenzo de haberme alegrado de que se muriera, lo siento mucho. —Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar.

Griselle seguía callada, aunque un nudo se le había formado en la garganta, ella no era como su hermana, aunque sintiera lo mismo, ella no podía confesar, su orgullo se lo impedía. Se levantó del sillón en el que estaba sentada, alzó majestuosamente la cabeza y salió rauda del estudio, antes que la vieran llorar.

Kate se abrazó a Anastacia, aquello era lo último que esperaba de sus hermanas. Aquellas declaraciones eran lo último que hubiera imaginado de ellas, siempre la había querido y sabía que ellas, a su manera, también la querían, pero que se lo dijese ya era otra historia.

—Siempre he sabido que las que hablaban por vuestra boca no erais vosotras. —Y aunque era la hermana pequeña, le dio dos besos en la frente para reconfortarla.

—Kate, piénsatelo, quédate en casa.

—No, de verdad, necesito hacer esto, o me rapo la cabeza o me mudo y comprenderás que el pelo es sagrado —ironizó—. Lo cierto es que necesito hacer un cambio drástico en mi vida y aquí seguiría todo igual.

—Te vamos a echar de menos, y hablo también por boca de Griselle, porque sé que opina lo mismo, aunque no sea capaz de decírtelo. Ya la conoces. —Sonrió con tristeza.

En menos de una semana habían hecho el traslado, tanto Griselle como Anastacia quisieron disuadirlas, pero la decisión estaba tomada.

La casa de Irvine estaba en *Harbour street*, justo delante del río. Un enclave privilegiado, ya que estaban muy cerca del museo marítimo.

La fortuna de Kate había disminuido considerablemente desde que sus cuñados, por hache o por be, habían ido pidiéndole préstamos sobre su fideicomiso, que jamás llegaban a reembolsar, así que ahora tocaba ingeniárselas para que la pequeña fortuna que le quedaba siguiera intacta.

Había pensado muchas cosas, desde usar sus conocimientos para dar clases de arte o de alguna materia relacionada, o buscar un trabajo a tiempo parcial en alguna escuela o similar.

Estaban acabando de limpiar y reubicar los muebles dándole a la casa un aire más juvenil, dentro de lo posible, mientras cambiaban impresiones, cuando la solución les llegó sin pensarlo. Llamaron al timbre, salieron las dos a ver quién podía querer algo, ya que solo llevaban un par de días en la casa.

—Perdón. —Dijeron dos jovencitas con un mapa en la mano— ¿Es aquí dónde alquilan habitaciones económicas?

Kate y Madie se miraron llegando a la misma conclusión.

—Hola, estamos en reformas, pero si no os importa tenemos una habitación lista para ser usada.

—Gracias, nos habían dado una dirección, pero estaba lleno y estamos muertas jajaja, necesitamos descansar, llevamos todo el día caminando, no podemos más.

—Entonces, adelante, estáis en vuestra casa.

Subieron al piso superior y acomodaron a las dos jóvenes en la habitación que había sido de sus hermanas, una habitación con dos camas y un pequeño balcón cubierto y que habían decorado como rincón de lectura, a Madie se le daban muy bien las plantas, así que pusieron unos sillones de terraza con lindos cojines, una lámpara rescatada del desván y unas plantas aquí y allá hicieron maravillas.

Las jóvenes quedaron encantadas, y ellas más. De nuevo sonó el timbre y de nuevo se miraron las dos pensando quién podía ser esta vez.

El vecino de al lado había creído reconocer a Kate de cuando veraneaba con su familia y fue a saludarla. Era la hora del té y lo invitaron a pasar, estuvieron hablando de la niñez, de los años que llevaban sin verse, se preguntaron unos a otros que tal les había tratado la vida y sin darse cuenta casi había terminado la tarde. Salieron a despedirlo al porche y Madie empezó a sacar las malas hierbas, que prácticamente invadían el jardín, aunque apenas las distinguía, la presencia del vecino la intimidaba y fingió de ese modo estar ocupada.

—Si me lo permitís, mañana traigo el cortacésped y os ayudo a darle a las malas hierbas su merecido, por invadir un sitio tan hermoso. —Bromeó Daniel, que así se llamaba.

—Será de gran ayuda. —Se apresuró a contestar Madie, algo nerviosa.

Kate se la quedó mirando con curiosidad, había notado algo que hacía tiempo que no veía en Madie, algo que le encantó, esperaba no equivocarse.

Acabaron de instalarse y valoraron la posibilidad de albergar turistas, la casa era grande y seguramente podrían vivir de ellos.

Hicieron todos los trámites necesarios, durante unos cuantos días estuvieron muy ocupadas. Tuvieron que volver a organizar la casa como casa de huéspedes, así que con tanto trajín Kate había dejado de pensar en Sebastián, lo contrario de Madie, que cada vez se entendía mejor con el vecino. Si tenían alguna duda, allí estaba Daniel para despejarla, si necesitaban una herramienta que no sabían como conseguir, allí estaba Daniel con ella en la mano. Madie estaba radiante y Kate a su vez se sentía feliz de que su amiga también lo fuese.

Llegó el verano y parecía que las cosas salían como habían esperado, los días eran muy largos en esa época y la casa estaba siempre con el cartel de “no quedan habitaciones” hasta que una tarde sonó el teléfono y no eran precisamente clientes.

—Hi, Kate speaking.

—Kate, tengo un pequeño problema y no sé que hacer. —dijo Griselle.

—Hola, Griselle, ¿puedo ayudarte en algo?

—Eso espero, hay aquí unos hombres que no comprendo, con unos trajes espantosos y unos sombreros enormes, se han puesto a cantar pero no los entiendo, solo que dicen algo de una *serenade*.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—Esperaba que me lo aclarases, preguntaban por ti. Ahorano sé que hacer. ¿Qué les digo? Creo que hablan español, por eso pensé que a lo mejor si te los paso al teléfono...

—Está bien, pásamelos, a ver si me aclaro yo, aunque no te prometo nada, ya pude comprobar que mi español es bastante deficiente.

Griselle le pasó al teléfono el que parecía ser el jefe, esperando que ella con sus nociones de español pudiese averiguar qué querían aquellos hombres tan extraños.

—Por favor, explíqueme lo que pasa despacito que si no, no lo entiendo, gracias. —Dijo al auricular.

El mariachi empezó a explicar que habían llegado desde Colombia especialmente para dar una serenata, el diecisiete de julio, para la señorita Kate.

—Traduce, por favor —decía Madie bajito.

Kate se había quedado sin palabras, había olvidado que era su cumpleaños.

—Please, de parte de quien es esta *serenade* —preguntó, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Esto es de parte de Sebastián Suárez, él nos envía —corroboró lo que ella ya sabía.

No puede ser verdad, pensaba. Esto no me puede estar pasando a mí.

—Kate, por favor, ¿quieres explicarme lo que pasa?

—Déle las gracias al señor Suárez, pero como habrá podido comprobar ya no vivo allí. Dígale por favor que no me moleste más, que agradezco que se haya acordado de mi cumpleaños, pero que no es necesario que me vuelva a enviar músicos ni nada por el estilo.

En aquel momento por el teléfono empezaron a sonar unas notas musicales, habían contratado una serenata muy cara y ellos no se iban a volver sin llevarla a cabo, a ver si se iban a quedar sin cobrar lo que les faltaba. Así que tuvo que escuchar las “mañanitas” por teléfono. Aunque decía que ya no sentía nada por Sebastián, una sonrisa se instaló en su rostro. La halagaba sobremanera que se hubiese acordado de ella después de tantos meses. Aquello la llevó a pensar si habría sido padre ya, si habría sido niño o niña, y al final la invadió la tristeza, ella al paso que iba, nunca sería madre.

Los mariachis acabaron de tocar y se despidieron de las hermanas de Kate, no sin que antes Anastacia les pidiera el número de Sebastián, por si hubiese algún problema, les dijo.

Buscó con la mirada a su hermana mayor esperando su aprobación, las cosas habían cambiado mucho desde que se fueron Kate y Madie. Aunque les costase reconocerlo, las necesitaban, por mucho que discutiesen, la vida en la casa no era lo mismo sin ellas.

Estaban en plenos preparativos de boda y Matt hubiese preferido que fuese su tía quien se encargase de todo, si tenía que confiar en su padre se quedaría sin boda, además el novio de su tía le había caído muy bien, era un tío genial, pensaba, entendía de música y conocía a gente importante en todos los ámbitos, estaba seguro de que podría impulsar su carrera en Sudamérica si él le echaba una mano, pero como siempre, su padre lo había echado todo a perder.

Por primera vez en su vida Anastacia hizo algo sin el permiso de su hermana mayor; llamó a Sebastián a Colombia, esperaba no ser inoportuna y que él escuchase lo que ella tenía que decir.

—Aló —contestó un Sebastián soñoliento.

—¿Sebastian?

—Sí, yo mismo ¿quién habla?

—*I'm Anastacia's sister Kate.*

—Ah, hola, ¿cómo le va? —contestó frotándose los ojos.

—Me gustaría hablar contigo si tienes un momento.

—Desde luego, usted dirá en que puedo serle útil.

Anastacia le relató más o menos lo que había pasado desde que su hermana y él se habían separado, le dijo que le había dolido mucho y que se había dado cuenta que estaban hechos el uno para el otro, que Kate estaba sufriendo mucho aunque intentase hacerse la fuerte.

En cuanto colgó el teléfono tomó la determinación de volar lo antes posible a Escocia.

Capítulo 13

—Lucía, tengo que viajar por unos días, la enfermera se quedará cuidándote, para cuando lleguela hora del parto estaré aquí... seguramente.

—¿Piensas dejarme en estos momentos tan delicados? No lo pienso permitir, te quedas conmigo, es lo menos que puedes hacer.

—Lucía, no me calientes, ya te has salido bastante con la tuya, vives en mi casa, llevas a todo el mundo de cabeza, hasta mi padre que jamás se preocupó por mí, está pendiente de ti y de tu embarazo. Con tantos adoradores no me necesitas.

—¡¡No te irás!! —Gritó—, me lo debes, si te vas, llamaré a tu padre y le explicaré cómo me tratas.

—Ya que te entiendes tan bien con mi padre, podrías haberte casado con él, así me dejaríais en paz a mí.

Dicho esto, Sebastián dio un portazo y salió, por uno u otro motivo, todos los días se saldaban con unas cuantas discusiones y siempre indefectiblemente salía a colación su padre, aquello ya le estaba mosqueando, él ya era mayorcito para que le estuviera amenazando todo el día con hablar con su padre.

Fue a la agencia de viajes a hacer una reserva para Glasgow, no había vuelos hasta dos días después, así que aceptó el primero que salía y fue a pasear, necesitaba distraerse y pensar en lo que había dicho Anastacia, esperaba no haber dejado pasar demasiado tiempo.

Con el problema del embarazo, nada fácil por cierto, había dejado un poco de lado a Kate, no porque no pensará en ella cada día, sino porque le estaba dando tiempo, aunque quizás los problemas habían hecho que dejara pasar más tiempo del necesario.

Estuvo toda la tarde paseando y pensando en las palabras de Anastacia, no podía entender que hubiese abandonado la casa familiar para alquilar habitaciones, ella no necesitaba trabajar tanto, por muy propio de ella que fuese no poder estar quieta, así que, en un arranque de pasión, cogió el teléfono y buscó el número que le había proporcionado su hermana y la llamó a su nueva casa.

—*Hi, Madie speaking.*

—Madie, soy Sebastián, ¿me puedes pasar con Kate, por favor?

—En este momento está con unos clientes. —Contestó escueta.

—Madie, por favor, tengo que hablar con ella, dile que estoy al teléfono. —Suplicó.

—Después de tantos meses, ¿no crees que llega un poco tarde esta prisa?

—Tú sabes que he tenido muchos problemas, vale, vale —dijo al oír que Madie estaba a punto de replicar—, sé que no es excusa, pero sabes que Lucía no se despega de mí, y está teniendo un embarazo muy difícil.

—Eso pasa por meterla donde no se debe, ahora tienes que pagar las consecuencias —contestó furiosa en solidaridad con su amiga.

—No era con ella con quien yo esperaba ser padre, lo sabes.

—Que yo lo sepa no cambia las cosas. Voy a decirle a Kate que has llamado, aunque no te prometo que se ponga.

A regañadientes, pero se puso.

—Hola, Sebastián, gracias por la serenata, no debiste molestarte. —Alegó Kate con aspereza.

—¿Sólo eso tienes que decirme?

—No, también quería preguntarte si ya has sido papá.

—Creo que no esperaba tanta frialdad de tu parte, he querido darte tiempo, pero parece ser que me equivoqué.

—Me equivoqué yo, al creer que esto podía funcionar, nunca debimos empezar algo tan estúpido, ahora es necesario acabar de una vez.

—No te creo, no veo tus ojos, pero no te puedo creer. Lo que vivimos no se puede resumir en estúpido o necesario, me niego. No sabes las noches que he pasado sin ti, han sido noches de nubes oscuras que amenazaban tormenta. Esperaba que superases tus miedos y me hicieses por fin un hueco en tu corazón, para que de nuevo el sol brille en mi vida.

—Se te da muy bien derivar la conversación hacia mis miedos, para esquivar la conversación sobre los tuyos.

—Eso nunca, y lo sabes. El miedo al rechazo ha sido la causa de mi demora en llamarte.

—Tranquilo, te perdono, ya puedes dormir tranquilo —ironizó—. Ahora tengo que dejarte, los clientes me esperan.

—Kate, pasado mañana salgo para Glasgow.

—No te molestes, ya he rehecho mi vida y no necesito a nadie. Soy feliz sola, me ha ido bien este tiempo para averiguar que al fin y al cabo soy una persona solitaria, que puedo prescindir fácilmente del género masculino.

Dicho esto, no esperó respuesta por parte de Sebastián, su boca no decía lo que su corazón sentía, si escuchaba mucho más rato su voz, esa voz cadenciosa y suave, tanto, que provocaba una reacción hipnótica en ella, acabaría dándole la razón y eso no pensaba hacerlo.

Sebastián intuyó que estaba despechada, aquella respuesta no la pensaba aceptar, así que en vez de apocarse estaba completamente decidido a seguir con su plan primario.

Llegó a su apartamento y empezó a preparar maletas, pensaba dejarlo todo listo antes de hablar con Lucía, ya que esta aún no se podía creer que él pensara viajar y dejarla a ella en el último mes de embarazo. Prefería dejarla, a acabar saltando por una ventana, no podía soportarla ni un minuto más. Lucía era caprichosa, posesiva, egoísta y si todo esto fuese poco, era egocéntrica a más no poder, iba por la tercera enfermera en los dos últimos meses, ninguna era capaz de soportar tantos caprichos juntos en una sola persona y parecía que ella gozase haciéndolas dimitir.

Sebastián intuía que lo hacía por fastidiarlo a él, más que a las propias enfermeras, y para postre, el embarazo, aparte de las molestias normales tenía la placenta baja y de vez en cuando sangraba. Ella, en vez de hacer el reposo prescrito, se volvía loca, y por mucho que los médicos le dijese que el bebé estaba bien ella achacaba todo a los nervios del desamor de Sebastián. Entonces había que sumarle algún que otro ataque de ansiedad, era por eso que Sebastián había decidido dejarla al cuidado de una enfermera, si no lo veía a lo mejor era capaz de aguantar un día entero sin alterarse.

Sebastián le dio la noticia en el último momento, media hora antes de salir para el aeropuerto se sentó a su lado en la cama e intentó explicarle que lo que quería era que ella estuviese tranquila y estando él por allí eso parecía imposible. Se puso furiosa, empezó a tirarle cosas a la cabeza, estaba tomando una taza de leche y se la tiró llena como estaba, el plato con las galletas fue a parar a la nariz de él, que le empezó a sangrar de mala manera, entonces Lucía se asustó, al ver tanta sangre, pensó que era más grave, saltó corriendo de la cama y en aquel momento rompió aguas, faltaban prácticamente seis semanas para la fecha prevista.

Llegaron al hospital y la llevaron directamente al quirófano. Llamaron a su tocólogo que llegó en menos de diez minutos. Intentaron por todos los medios aguantar el bebé por lo menos unas semanas más, pero por muchos esfuerzos que hicieron la criatura tenía muchas ganas de salir de aquel encierro lleno de angustias al que lo tenía sometido su madre.

No debería serlo, por el tiempo que tenía de embarazo, pero era muy pequeño, demasiado pequeño, dijeron los médicos para casi ocho meses de gestación, así que directamente lo llevaron en una incubadora móvil a la planta de neonatos.

Lucía estaba desconocida, o no tanto, para los que de verdad la conocían, no quería ver al bebé, no quiso ni siquiera darle el pecho, adujo que no tenía leche suficiente y que se sentía mal, que no estaba recuperada para estar yendo y viniendo. Cuando le dieron el alta hospitalaria se fue directamente al apartamento de Sebastián, no fue capaz de pasar a ver la carita que tenía su hijo.

Sebastián estaba desesperado, sentía como de nuevo su mundo se derrumbaba un poco más, cada vez que planeaba un reencuentro con Kate, el destino le jugaba una mala pasada y le pateaba el culo.

Con tanta preocupación no había llamado a Kate, estaba en el hospital viendo al bebé, ya que su madre de momento no era capaz de hacer el esfuerzo de querer conocerlo.

Había sido una semana de locos y no pensó que ella lo pudiera estar esperando, aunque le había dicho que iría, suponía que ella no lo creería, cogió el móvil y la llamó para excusarse, no tenía idea de cómo iba a reaccionar ella, pero por lo menos le debía una explicación.

—Hi, Kate speaking.

—Kate, soy Sebastián... llamaba para...

—Ahórrate tus excusas, tu palabra ya me la conozco.

—No, Kate, por favor, déjame que te explique.

—No hace falta, he visto las noticias, felicidades por tu paternidad—concluyó secamente Kate.

—No sabía que te interesases por las noticias de sociedad colombianas. —Contestó Sebastián, con una media sonrisa... había leído las noticias sobre su paternidad, aquello significaba que no le era tan indiferente como quería darle a entender.

Kate, al momento de decirlo se mordió la lengua, ese pronto suyo la había delatado, pero nada que no pudiese arreglar.

—Tenemos unas clientas colombianas y lo comentaron delante de mí. —Mintió Kate, a sabiendas que no la creería.

—Bueno, es muy chiquitín, está en la incubadora.

Mientras decía esto miraba al bebé, pelón como estaba, con los ojitos cerrados, con aquellas incómodas gomas metidas por la naricita, desnudito con tan solo un pañal y los puñitos apretados, más parecía un gazapillo que un niño. Lo importante era que estaba sano y que en poco tiempo cogería el peso necesario.

—¿Por falta de peso? O ¿por algún otro motivo?—Se preocupó Kate.

—Gracias a Dios es solo por el peso —contestó—. Kate... gracias.

—No tienes que darme, el bebé no tiene culpa de nada.

—Kate, no imaginas las ganas que tengo de verte, de estar contigo de nuevo —susurró—. Te echo tanto de menos.

Kate se quedó sin palabras, sabía que si lo escuchaba durante un rato sus cantos de sirena la volverían a atrapar, y ella no quería que eso pasara, después de dar aquel paso en su vida, necesitaba estabilidad, y pensar en Sebastián era todo lo contrario a lo que ella necesitaba, la desestabilizaba demasiado.

—Háblame del bebé—cambió de tema—. O mejor, envíame una foto.

Sebastián hizo lo que le pedía, con el móvil hizo una foto del bebé, que ni siquiera tenía nombre, de momento, y se la envió por whatsapp.

—Es precioso.—Le dijo Kate con un nudo en la garganta, aunque se hacía mayor, todavía abrigaba la esperanza de ser madre, pero veía que se le hacía tarde, su reloj biológico no esperaría mucho más, estaba casi resignada cuando lo conoció y aquella foto dolía, aquella foto era un puñal clavado en su corazón —. Perdona, te tengo que dejar, me están llamando unos clientes. —Se excusó, le era imposible seguir hablando con él.

Sebastián se quedó mirando el teléfono como si por allí pudiera salir ella, era incapaz de cortar la llamada, quería seguir unido a ella aunque fuese por la línea telefónica.

—Qué será de ti, chiquitín. Con esa madre que nos hemos buscado —le decía a través de los cristales de la incubadora—. Ni siquiera te ha querido conocer, pero no te preocupes, que tu papá siempre va a estar contigo, pase lo que pase, te lo prometo.

Cuando pasó la hora de visita se fue para casa, no esperaba encontrar aquella sorpresa, su padre le estaba haciendo una visita a Lucía, y parecían de lo más animados. Antes de salir para el hospital le había suplicado que fuese a conocer a su hijo, pero adujo que estaba muy débil todavía para eso, ahora estaba tranquilamente sentada en el sofá, con un cóctel en la mano y en animada charla con su suegro ¿qué debía pensar de aquello? Se preguntaba Sebastián.

En un primer momento no quiso darle demasiada importancia, pero analizando la escena había algo que no le acababa de gustar, gestos demasiado cómplices, el dorso de la mano acariciando el rostro de Lucía. No le importaba, desde luego, pero tantas visitas de golpe, cuando de todos era sabido que la relación entre ellos era inexistente, le extrañaba. Pero lo que más le molestaba de aquella situación era que le viesen la cara de gilipollas que se le quedaba cuando era excluido de las conversaciones entre ellos dos.

Cuando se quedaron solos, le pidió a Lucía que le explicase su comportamiento, si se sentía tan mal para conocer a su hijo, que ya tenía una semana de vida, y seguía sin saber que carita tenía, por qué de pronto se sentía bien para estar con su padre, cómo podía tener tantas ganas de reír cuando su bebé estaba en la incubadora.

—Tu padre es maravilloso, Sebastián. Me ha dicho que debemos mudarnos a una casa más grande. Cuando tengamos al bebé aquí no cabremos.

—Hablando del bebé, has decidido ya qué nombre le pondremos, o vas a dejármelo a mí, como todo.

—Cariño, el que escojas, para mí estará bien. —Dijo, como el que pide una cerveza en el bar de la esquina y le da igual la marca.

Sebastián se dio media vuelta y volvió a salir, no podía soportar tanta frivolidad.

Kate salió de la casa a refugiarse en el jardín, aquella llamada la había agotado emocionalmente. Al momento salió Madie. Kate se agachó haciendo ver que quitaba algunas hierbas inexistentes, aunque, al parecer, no había salido tras ella como pensaba.

Madie atravesó el patio trasero y fue directamente a la casa de al lado, Kate se dio cuenta que Daniel la esperaba al otro lado de la verja. Se alegró por su amiga y por ella, no tenía ganas de dar demasiadas explicaciones y agradeció que pasara de largo. Madie le había dicho en más de una ocasión que se había equivocado y ella jamás dio su brazo a torcer, ahora se daba cuenta que quizás su amiga tenía un poquito de razón, “pero solo un poquito”, se dijo.

Sacó el móvil del bolsillo y empezó a comparar las fotos de Sebastián y del bebé, era tan pequeño que no le encontraba parecido ninguno, pero estaba segura que con el tiempo sería un niño tan guapo como su padre.

—Buenas tardes, Kate —saludó Daniel al verla.

—Buenas tardes, ¿cómo te va?

—Como puedes ver, en inmejorable compañía. —Sonrió mientras miraba a Madie con cara de carnero degollado, o sea, de bobalicón enamorado.

Madie se sonrojó, no sabía como decirle a Kate que estaba saliendo con Daniel, no porque no supiera que su amiga se iba a alegrar, eso lo tenía claro, el problema era que no quería mostrarse tan feliz cuando ella lo estaba pasando mal, aunque lo quisiera disimular, a ella no la podía engañar.

—Espera, te ayudo. —Se ofreció Madie al ver que se agachaba de nuevo en el parterre.

—No, no es necesario, disfruta de la compañía, yo he salido a tomar un poco el aire.

Pasaron unas semanas y todo parecía tener el ritmo adecuado. Madie estaba feliz con su recién estrenada relación, con sus miedos y sus ilusiones, pero avanzando por buena senda.

Aquella mañana llegó una invitación, era la boda de Matt y esperaban la presencia de las dos, Kate se preguntó si pasaría algo si acudían acompañadas de Daniel, pensó que sería bueno que se fuese integrando en la familia y anotó mentalmente que tenía que llamar a Griselle, para preguntarle.

Llegó el día de la boda y todo parecía andar sobre ruedas, Daniel se ofreció a llevarlas a las dos con él en su coche, dijo que era una tontería llevar dos autos diferentes yendo al mismo sitio.

Madie estaba radiante y Kate se sentía feliz, su amiga por fin había encontrado el amor. Salieron temprano de casa, querían llegar antes que el resto de invitados, por si tenían que ayudar en algo o simplemente para pasar un rato con el novio, ojito derecho de Kate.

Matt estaba guapísimo, aunque para eso no necesitaba demasiado, era un joven muy apuesto; alto, delgado pero no en exceso. Con un pelo rebelde y un corte revuelto que le daba un aire al “Mentalista” de la serie tan de moda. Unos ojos azules casi grises adornaban su cara, con gracia exquisita. A Kate se le caía la baba cada vez que lo miraba, era como un hijo para ella. Y el kilt que llevaba, ayudaba mucho a que no pudiera cerrar la boca, le sentaba como un guante. Era el del clan de los Cameron, y era el original del abuelo, lo prefirió al de su padre por el colorido verde y rojo de su tartán.

Se encerraron un ratito a solas en la habitación de Matt, hablaron, se abrazaron y recordaron viejas anécdotas, hasta que empezaron a llegar los invitados y llegó la hora de la verdad. Bajaron al vestíbulo, una vez allí, Kate prefirió quedarse en un segundo plano.

—Gracias, tía Kate, por todo lo que has hecho por mí —agradeció Matt con un fuerte abrazo al salir.

—Cariño, si no he hecho nada, sabes que te adoro —sonrió Kate con los ojos vidriosos de la emoción.

Llegó el coche que lo llevaría a la iglesia del brazo de su madre, y Kate, al fin, no pudo contener un par de lagrimitas, que intentó controlar para no estropear el maquillaje, y salió la última para la iglesia.

Entraron y, Kate en su papel de tía, se quedó un par de bancos atrás del atril de los novios y los padres de estos, que lógicamente tenían sus espacios reservados, estaba tan absorta esperando que entrase la novia que no se dio cuenta que un par de ojos la observaban atentamente desde uno de los últimos bancos del templo.

Cuando entró la novia todos se pusieron en pie, la ovacionaron con un sonoro aplauso. Sonaba la canción clásica *Higland Weddingal* ritmo delasgaitas cuando Matt le dio el brazo y atravesaron el pasillo hasta llegar al altar.

Estaba radiante, el pelo recogido en un moño bajo con unas discretas flores. Llevaba un vestido de otomán en color natural, con cuello a la caja, un gran escote en la espalda y un enorme lazo en la cintura. La falda con vuelo y como nunca se sabía el tiempo que haría en Escocia, la madre de la novia llevaba por si acaso preparada una chaquetita en otomán también, con adornos de vainica. El ramo era de peonías rosas y blancas con un aire un tanto vintage que daba el toque de color al conjunto.

Cuando terminó la ceremonia, Kate esperó que la iglesia se vaciase para salir, nunca le habían gustado las aglomeraciones, así que las prisas por salir no eran lo suyo, además había soltado alguna lágrima y esperaba poder arreglar un poco el maquillaje antes de enfrentarse a los invitados y sus miradas escrutadoras.

Sacó el neceser y de allí el maquillaje, se estaba dando unos pequeños retoques cuando a través del espejo vio alguien que se acercaba por detrás. El corazón le dio un vuelco, creía estar sola. Se apresuró a guardar la polvera de nuevo en el bolso para salir lo antes posible cuando una mano la cogió del brazo, un ahogado grito escapó de su garganta.

—No te asustes, soy yo.

La última persona que esperaba ver en la boda estaba allí, aquello era de locos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Kate, con el corazón en la garganta.

—Tu hermana me invitó.

—¿Con qué derecho?

—Bueno, es la boda de Matt, creo que tiene todo el derecho del mundo de invitar a quien quiera a la boda de su hijo.

—Está bien, tienes razón, puede invitar a quien quiera. Lo que no me parece bien es que se entrometa en mi vida.

—Pensó que sería bueno que hablásemos... y yo también lo creo—comentó Sebastián.

—¿Cómo está el bebé? —cambió de tema Kate.

—Mi hijo está bien, gracias por preguntar, aunque estábamos hablando de nosotros.

—Nosotros no tenemos nada de qué hablar, vamos a dejarlo en amistad, no creo que tengamos ningún otro futuro.

—Kate, eludes la realidad, desde luego que tenemos un futuro.

—No creo que sea ni el lugar ni el momento adecuado para esta conversación—objetó Kate—. Se hace tarde, tengo que encargarme del catering.

Dicho esto, Kate salió para su antigua casa, lo del catering solo era la excusa para salir de allí, tenía miedo, eso era todo, solo miedo.

Kate llegó a punto, los novios ya se habían hecho el reportaje y estaban dando paso a los aperitivos en el jardín, los camareros habían empezado a repartir los cócteles y bebidas y empezaban a sacar los primeros platos. En su delirio de grandeza, Ian, el padre de Matt, quiso que en la boda de su hijo se sirvieran los mismos platos que en la del príncipe Guillermo, así que el menú consistía en salmón ahumado escocés sobre tortitas de remolacha, muslitos de pato confitados con mermelada de pera, huevo de perdiz con sal de apio y queso de cabra con nueces caramelizadas. Aunque el servicio de catering no era el del príncipe, fueron muy profesionales y estaba todo exquisito.

Sebastián se quedó un rato en la capilla, pidiéndole al Señor un poco de cordura para aquella mujer tan testaruda. Estaba a punto de salir cuando desde detrás del templo, a través de una vidriera abierta, sonaron unas palabras en un tono algo más elevado de lo normal, en un primer momento pensó que a alguien le pasaba algo y se dirigió rauda al lugar por si podía ayudar. La sorpresa fue mayúscula, se paró en seco al ver que el que discutía era “Atila” el marido de Anastacia, con alguien al que parecía ser que le debía dinero, y no poco, por lo que pudo escuchar. Se quedó en la esquina, no quería entrometerse en la conversación, al fin y al cabo no era asunto suyo... hasta que oyó la palabra suicidio. Frenó en seco.

—¡No creas que voy a ser tan idiota como el imbécil de George! No conseguirás que me suicide. Además no fui yo el que firmó los pagarés, reclámeselos a Ian. —Vaciló Percival con la vista en algún punto perdido, no era capaz de mantener los pies quietos, daba la impresión de querer salir corriendo de un momento a otro.

—No me quieras achacar a mí el suicidio de Geroge, los culpables fuisteis vosotros —se encaró—. Tuvisteis la suerte que Kate se tragó el cuento de la depresión, ingenua, jajaja.

Sebastián no daba crédito a lo que escuchaba, la persona que hablaba con Percival parecía un usurero, el tema que trataban no era para nada algo lícito, y hablar del suicidio del novio de Kate le hizo pensar que los negocios de sus cuñados, eran negocios más que turbios, siniestros.

—Me da igual quién me pague, mientras me pague, si no queréis quedaros sin casa ya sabéis, tenéis dos semanas para hacer efectivos los pagarés —continuó en un tono tan bajo y amenazante que daba escalofríos.

—Necesitamos más tiempo —imploraba Percival—. La casa es lo único que nos queda.

—Eso deberíais haberlo pensado antes de incumplir los plazos.

Sebastián se quedó atónito, al fin y al cabo Kate ya no vivía allí, pero le daba rabia por sus hermanas, entendía la cara de amargadas que solían tener, con esas joyas que tenían por maridos era hasta comprensible.

Aquello no le gustaba nada, algo se le ocurriría, se dijo. Se encaminó a la casa, la celebración ya estaba bastante animada, una nube de vestidos rosas empolvados y otros tonos igual de sutiles hacían tremendos esfuerzos por mantener el equilibrio cada vez que los tacones se hundían en la hierba, afanándose por ser el centro de atención y mordisquear los canapés sin estropear el gloss de los labios.

Sebastián buscó a Kate entre los invitados pero no la encontró, solo veía hombres típicamente ingleses, que exudaban riqueza, aunque como los cuñadísimos, estuvieran a punto del embargo.

De pronto la vio, estaba debajo de una carpa que habían adornado con unas guirnaldas de flores naturales. Kate sobresalía en belleza a las demás, estaba en un grupito y no se la veía demasiado contenta, más bien parecía incómoda con la conversación, poco a poco se fue acercando y reconoció a la bruja que le había estropeado la relación“¿qué le estaría diciendo ahora?”, pensaba mientras avanzaba abriéndose paso entre los demás invitados, estaba preciosa bajo la luz del sol. Llevaba un vestido azul marino de encaje, por encima de la rodilla, manga tres cuartos, cartera y zapatos en color nudé y se había alisado el pelo, Sebastián reconocía que parecía una diosa, pero adoraba sus rizos leonados y salvajes.

Al acercarse un poco más escuchó como Geilis le preguntaba si volvía a estar soltera.

—Querida, no sabes cuánto lo siento, pero si te soy sincera, se veía demasiado joven para ti, seguro que buscaba tu dinero. —Al pensar que Kate estaba sola, la miró con altiva misericordia.

—¿Eso crees? —preguntó Kate alzando las cejas, no pensaba dejar que le amargase la boda.

—Bueno, no te enfades conmigo, sabes que te quiero, pero es lo que se comentaba. Yo siempre dije que hacíais una bonita pareja —como siempre tiraba la piedra y escondía la mano.

—Y seguimos haciéndola ¿no crees?—dijo Sebastián, que había estado escuchando, acercándose por detrás, abrazando a Kate y dándole un apasionado beso.

—Desde luego... desde luego —se ruborizó Geilis, bautizada por Sebastián como“La arpía” —no sabía que seguíais juntos, me alegro.

Otra de las invitadas que estaba en el círculo de supuestas amigas solo acertó a decir“Qué bonita ceremonia, está todo precioso y los novios de ensueño” y se alejó en busca de otra copa.

Kate se quedó atónita, no sabía que Sebastián estuviese escuchando y suspiró furiosa, girándose hacia él molesta por la intromisión. En cuanto estuvieron solos se le encaró.

—No, no la hacemos, ya oyes lo que comentan de mí en todo el pueblo, solo falta que montes el espectáculo, mañana seré el hazmerreír en todas las reseñas de sociedad.

Se alejó de él y se fue, abriéndose paso, bordeando las mesas hasta llegar al bar instalado al fondo, no bebía, pero en aquel momento necesitaba algo fuerte, algo que la atontase rápidamente, odiaba notar las miradas lastimosas por no tener un marido que la exhibiese como a la mayoría de ellas, aunque no lo necesitaba, pero eso ellas no lo entenderían.

—¿Tanto te importan las reseñas de sociedad? —preguntó furioso al llegar a su lado—. No pensarás beber eso —objetó al ver el Martini doble que el barman ponía en la mano de Kate.

—Beberé lo que me de la gana. —espetó llevándose la copa a la boca y bebiendo un buen trago. Al no estar acostumbrada se atragantó y empezó a toser.

—Una botellita de agua, por favor—pidió Sebastián—. Bebe.

—¡No quiero agua!

—Está bien, está bien... como quieras —la destapó y se la empezó a beber él.

—Caballero, ¿le sirvo alguna cosa? —preguntó el camarero a Sebastián.

—No, gracias, el agua ya me está bien, alguien tiene que ser responsable en esta relación.

—¡Pero qué relación! Pon los pies en la tierra, Sebastián, no tenemos ni podemos tener una relación, ¿Ya no te acuerdas de Lucía?

—Cómo quieres que la olvide, si no paras de recordármela, Lucía no significa nada para mí, te lo he dicho un millón de veces.

—¡Por eso no vive en tu casa! ¡Por eso no tienes un hijo con ella!, no me digas que no es nadie, eso no te lo compro—recriminó—. Creo que lo mejor será que no volvamos a vernos.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura, creo que será lo mejor para los dos.

—Jamás pensé que fueses tan egoísta.

—¿Egoísta? Yo no soy egoísta, soy realista.

—No, Kate, no eres realista, eres egoísta, sabes que me amas y que te amo, pero prefieres escudarte en tu victimismo, no quieres afrontar un pequeño escollo y vas a tirar por la borda este inmenso amor que nos tenemos, solo por un par de inconvenientes, te creía más luchadora, más fuerte y más enamorada, a lo mejor es verdad, tus ojos me engañan y no estás enamorada... pero solo a lo mejor.

Sebastián dio media vuelta y se marchó. Madie apareció de repente ante él, había observado la discusión desde lejos, estaba preocupada, no entendía a su amiga.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—Lo único que puedo hacer, insistir.

—Te ayudaré en lo que pueda —se ofreció ella y salió al jardín de nuevo.

Sebastián se quedó solo en el salón, todos los invitados habían empezado a comer y parecía que todo estaba saliendo bastante bien, excepto por Percival, no podía dejar las piernas quietas, y de vez en cuando miraba a un lado y a otro. Viendo aquel nerviosismo, Sebastián recordó la conversación escuchada detrás de la capilla, sacó el móvil del bolsillo y llamó a su abogado, estuvieron hablando un buen rato. Sebastián daba instrucciones de lo que quería que hiciera y no parecía muy convencido de lo que respondía el abogado, hasta que por fin llegaron a una especie de acuerdo.

—Está bien, averigua lo que puedas, del resto me encargo yo —concluyó la conversación.

Regresó a la comida, se sentó al lado de Kate y estuvo encantador. No acusó para nada las palabras que un rato antes Kate le había dirigido, intentó pasárselo bien y hacérselo pasar bien a ella, si pensaba que estaba mejor sin él, se encargaría de que se diese cuenta que no era así. Acabaron de comer y la orquesta empezó a tocar, al principio muy suave para acompañar los discursos de los padrinos y los novios. Acabados estos, y siendo algo más largos de lo habitual, Kate pensó que no terminarían de contar anécdotas nunca, los novios bailaron el vals con el que inauguraban la pista de baile.

Acabado el primer baile, los novios invitaron a todo el mundo a unirse a ellos. Sebastián miró a Kate y le tendió la mano, solo el gesto ya la puso nerviosa, estar tan cerca estaba derrumbando sus barreras, si accedía a bailar necesitaría de todo su aplomo para seguir negando lo evidente. Fueron solo unos segundos de duda pero todo el mundo se la quedó mirando o eso le pareció a ella, así que se levantó, Sebastián la rodeó con sus brazos y empezaron a girar lentamente en la pista. Le puso la mano al final de la espalda y la apretó fuerte contra el, de pronto Kate notó como el miembro de Sebastián se endurecía bajo la tela de los pantalones. Quiso separarse, pero no la dejó, lo que hizo fue rozar ligeramente sus labios, notando como su respiración se agitaba, con mucha delicadeza retiró la pelirroja melena de su cuello y la

besó, para a continuación mordisquearle el lóbulo de la oreja. Kate sabía que le estaba haciendo el amor, eran los preliminares para que ella sucumbiera, su respiración cada vez era más agitada, lo deseaba, lo deseaba y mucho.

Sebastián empezó a buscar su boca, con la lengua entreabrió sus labios y gimió al contacto con la de ella, aquello era lo más lujurioso que había sentido nunca, sentía tal fuego en sus entrañas que era como si la estuviese poseyendo allí mismo.

Capítulo 14

Terminada la boda, los invitados empezaron a marcharse, Kate estaba nerviosa y un poquito achispada, no es que hubiese bebido mucho, pero al no tener costumbre pronto se le subía a la cabeza y estaba en ese “*pedete lúcido*” en que se es consciente, pero todo te resbala.

Estaba abrazada a Sebastián, y Sebastián estaba dichoso, había hablado con las hermanas de Kate y le habían dicho que se acomodaran en la habitación de ella, y ella no estaba poniendo ninguna resistencia, aunque no le parecía correcto sacar provecho de la situación, esperaría a que se le pasase la borrachera y cuando estuviera sobria le haría el amor como nunca antes se lo había hecho.

Subieron a su habitación, la ayudó a desnudarse y la metió en la cama. El deseo podía con él, pero así no, así no podía poseerla, necesitaba que estuviera bien lúcida, que no olvidase el contacto que su piel le dejaría grabada en el alma, sería ella la que se ofreciese a él, sería ella la que le pidiese que la hiciera suya de nuevo.

Se estiró en la cama al lado de ella, él no había bebido nada y con el jet lag el sueño había desaparecido, se limitó a contemplarla, admirando su belleza, tan serena, tan espiritual que cuando dormía parecía una ninfa de los bosques.

Pasó toda la noche observándola, velando su sueño y deseándola como un loco, en un momento en que ella se removió la besó en la frente y la acunó para que siguiera durmiendo, quería conservar en su memoria su rostro por si sus planes no salieran bien.

—¡Puedo saber qué haces en mi cama! —exclamó Kate de pronto.

—¡Eh, no chilles!, vas a despertar a todo el mundo —contestó un adormilado y sonriente Sebastián.

—No me importa, solo quiero saber por qué estás en mi cama y por qué estoy en mi habitación.

—¿En qué habitación pensabas despertar? —bromeó él.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—No, no lo sé, y creo que me debes una explicación, me estoy poniendo celoso. Mmmmhhhh —se relamió de placer viéndola tan enfadada.

—Sebastián, no estoy para bromas, me duele la cabeza y no entiendo nada.

—Mientras nos duchamos te lo explico.

—¿Nos? ¿He oído nos duchamos?

—Pensé que te gustaría que lo hiciésemos juntos —se apresuró a contestar Sebastián.

Kate se ruborizó y Sebastián se relamió de nuevo ante ella, notaba como estaba excitada y sabía que lo deseaba, pero era tan condenadamente puñetera que no lo reconocería, y ahí entraba él, en la ducha, o fuera de la ducha, ella sería suya por voluntad propia.

—¡Olvidalo! No pienso ducharme contigo.

—Bueno pues *upa*, ve a ducharte, aquí te espero.

—¿*Upa*? Qué es *upa*.

—Perdona, se me ha escapado, es una expresión de mi tierra, quiere decir que venga, que ya tardas.

—Te estás tomando atribuciones que no tienes, que lo sepas.

—Si tanto te molesta mi presencia, me iré, pero quiero que me lo digas mirándome a los ojos —contestó él poniéndose serio.

—Sabes que no puedo, no me molesta tu presencia... es otra cosa.

—¿Celos? No estarás celosa de Lucía.

—No, no son celos, no puedo explicarlo, ni siquiera yo lo sé.

—Entonces es lo que yo pienso —dijo él sin aclarar nada.

Le costó Dios y ayuda no salir corriendo a sus brazos y decirle que sí, que era precisamente lo que él pensaba, que se moría por estar entre sus brazos de nuevo, pero esa arrogancia suya la hacían echarse para atrás. Se ciñó la bata al cuerpo rodeándolo con los brazos para escapar de su hipnótica sonrisa, todavía le afectaba más de lo que ella misma pensaba. Su presencia le hacía olvidar los motivos por los que se había ido y en aquel momento deseaba con todas sus fuerzas que le hiciese el amor salvajemente.

Sebastián se dio cuenta de sus tribulaciones, le levantó la barbilla con la yema del dedo y la obligó a mirarlo. Estaba tan seductor, semidesnudo y con aquella sonrisa entre cínica y angelical que ella conocía tan bien, que si no hacía algo, acabaría cediendo a sus impulsos y no quería que él lo notase.

—Me deseas, admítelo de una vez. —Susurró Sebastián tan cerca de ella, que el aliento en su cuello le erizó el vello. Un rayo de sol entró por la ventana calentando su espalda, mientras un escalofrío recorría todo su cuerpo. Estuvo inmóvil unos minutos en que su corazón latía apresurado, invitándola a hacerle caso. De pronto salió del trance en el que estaba, sacudió la cabeza y se metió apresuradamente en el cuarto de baño. Sebastián salió corriendo tras ella y se coló antes de que pudiera cerrar la puerta. La rodeó con sus brazos y el calor del abrazo atravesó su cuerpo, el roce de piel con piel la hizo estremecer de arriba abajo, al no oponer resistencia, Sebastián la empujó suavemente dentro de la ducha y abrió el chorro del agua caliente, cogió el champú y le empezó a masajear el pelo. Kate cerró los ojos. Mientras el agua caliente se deslizaba por su cuerpo, las manos de Sebastián también lo hacían, llenas de espuma acunaron sus pechos mientras la respiración de Kate se

hacia cada vez más dificultosa.

Kate intentaba resistirse pero le era imposible, aquel hombre ejercía un poder sobre ella que a kilómetros percibía su presencia. Cuando Sebastián notó que había bajado la guardia empezó a besarla. Kate involuntariamente cerró los ojos y abrió los labios sin poder resistirse a aquella lengua que buscaba la suya suavemente, sensual y cálida. Presionó su boca contra la de él dando profundidad al beso, entregándose de nuevo a aquellas sensaciones que conocía tan bien y que tanto había echado de menos. Sebastián acabó de lavarle el pelo y fue a salir de la ducha.

—¿No te irás ahora? —cuestionó Kate.

—¿Quieres que me quede?

—Solo si quieres quedarte.

El olor a vainilla del gel era embriagador mezclado con el aroma de la piel masculina, se le estaba subiendo a la cabeza, se preguntaba, cómo un hombre podía oler tan bien estando debajo del agua, se acercó rodeándole el cuello con los brazos, besándolo con fruición. Su excitación era tal que si no hacían el amor en aquel momento, ardería bajo el agua como el fuego griego.

Se envolvieron en una toalla y salieron corriendo hacia el dormitorio de nuevo, Kate esperaba que nadie los oyera, aunque en aquel momento todo le daba igual, necesitaba estar con él, necesitaba sentirse plena.

Le encantaba sentir aquellas mariposas en el estómago de nuevo, sentirse sin aliento y llegar al clímax que solo Sebastián era capaz de llevarla. Nada más entrar, las toallas cayeron al suelo, dejando paso a dos personas fundidas en una. Sebastián la abrazó fuerte, le cubrió la boca con la suya, los cálidos y húmedos labios de Kate se abrieron dejando paso a su lengua juguetona y apetecible. Ella le echó los brazos al cuello y sus caderas se arquearon contra su erección. Él encajó su pelvis en la de ella. Agonía y éxtasis. Kate susurró su nombre, el sonido aumentó el deseo en él, saber que lo deseaba de la misma manera que él la deseaba a ella hizo que hirviera la sangre en sus venas. En aquel momento eran dos cuerpos y una sola alma.

Cuando bajaron había pasado el mediodía, estaban esperándolos para comer, se habían saltado el desayuno... o no. No quisieron hacer demasiado caso a las miradas furtivas cargadas de lujuria, imaginando lo que había pasado unas horas antes en aquella habitación. Kate se limitaba a sonreír y de vez en cuando a sonrojarse cuando algún sutil comentario de Sebastián era algo más subido de tono de lo normal.

Después de comer se despidieron de sus hermanas y se marcharon a la casa de Kate, tenían mucho de qué hablar.

Madie se había vuelto con Daniel después de la boda. Al ver que Kate se lo estaba pasando más o menos bien con Sebastián, pensó que se debían un respiro y aclarar los malentendidos que había ocasionado aquella estampida por parte de ella.

Los últimos rayos de la tarde se colaban por el ventanal del comedor, Kate encendió la chimenea, el verano se acababa y las tardes se volvían frescas, se habían sentado en la alfombra con una copa de vino en la mano, ella acomodaba su espalda en el masculino pecho dejando caer su cabeza en el hombro.

—No sabes cuanto te he echado de menos —susurraba Sebastián en su oído.

—Yo también te he extrañado.

—Quiero que este momento lo repitamos todos los días de nuestra vida. —dijo Sebastián.

—Yo no he dicho que vaya a volver contigo. —Indicó Kate.

—Sigues sin tenerme confianza. —Se lamentó él, sintiendo que el mundo se le venía encima.

—No es eso, simplemente es que tu vida nada tiene que ver con la mía.

—¿Cómo se supone que debo interpretar eso? No tenemos por qué ser iguales, solo complementarios, el Yin y el Yan.

—No puedo explicarlo, solo sé que tú no eres libre y yo jamás me involucraría con una persona comprometida.

—¡Quieres dejar de decir sandeces!

Estaba a punto de replicar cuando sonó el teléfono móvil de Sebastián, en un primer momento no le hizo caso, pero viendo que volvía a sonar lo cogió para mirar, por lo menos, quién osaba molestar en aquellos momentos.

—Es Lucía. —Dijo extrañado.

—Contesta, igual es importante —señaló ella tajante.

Kate se levantó y se acercó a la chimenea, estaba de nuevo como al principio, lo único que le provocaba aquella situación era darse cabezazos contra la pared y unos celos tremendos de Lucía, no de Lucía en sí, sino de su juventud. ¿Por qué sencillamente no se dejaba ir?, que las cosas fluyeran por su natural, pero no, ella tenía la jodida manía de estropearlo todo. Sintió un estremecimiento y se rodeó el cuerpo con los brazos, aquella llamada era la culminación de sus malos presentimientos, por la cara que ponía Sebastián, no parecían precisamente buenas noticias.

—¿Ocurre algo? —preguntó con un nudo en el estómago.

—Mi padre ha sufrido un infarto —comunicó con un hilo de voz.

El mundo acabó de caérsele encima, fuera todo parecía igual que antes de la llamada, alguien paseaba por la calle y un perro ladraba, el fuego de la chimenea consumía la leña con sus anaranjados lengüetazos y las copas de vino seguían medio llenas tal como se quedaron después de la fatídica frase de Kate. Así que de momento no tenía nada que hacer allí.

El reloj que había en la repisa le recordaba con su infatigable tic-tac que no podía demorarse, Lucía le había dicho que era posible que no llegase a tiempo de despedirse de su padre.

Kate se acercó a él y lo abrazó, apoyó la cabeza en su hombro mientras le acariciaba la espalda reconfortándolo.

—Lo siento, ¿cuándo te vas?

—Ya —fue lo único que acertó a decir.

Le levantó la barbilla con la punta de los dedos acariciando sus labios con el pulgar, grabando su contorno. Buscó su boca con la suya y la beso tiernamente una, dos, tres veces. Sus besos eran tan dulces, tan suaves, que sintió que una corriente eléctrica la atravesaba, pasando por sus entrañas y doblándole las rodillas.

Él siguió besándola con más intensidad, mientras ella inclinaba la cabeza facilitándole el acceso. Las manos de Kate empezaron a desabrocharle los botones de la camisa hasta descubrir el fino vello que cubría su torso. La excitación que sentía era tal que un gemido salió de su garganta.

—Tengo que irme... lo siento —separó Sebastián sus manos cuando llegaron al cinturón de su pantalón. El dolor que sentía en la entrepierna no era comparable con el que le había hecho sentir ella un momento antes. Así que antes que el cerebro se alojase en su pene, se recordó que ella había dicho que no sabía si quería volver. La deseaba, sí, pero la deseaba al completo, no quería que le hiciera el amor por lástima, eso nunca, cuando volviese a ser suya lo sería del todo, lo sería en cuerpo y alma, él no admitiría un amor a medias.

Kate se quedó de pie sin saber qué hacer, aquello era lo último que podía esperar, la dejó con sus ganas, y se fue. No imaginaba lo que le había costado a Sebastián separarse de ella, le costó como diría Churchill; sangre, sudor y lágrimas, pero lo prefería a la incertidumbre del si pero no.

—¡Te odioooooo! —Gritó Kate con todas sus fuerzas.

Sebastián había pedido un taxi y estaba camino al aeropuerto, esperaba llegar a tiempo para despedirse de su padre.

Aunque la relación nunca fue buena, no dejaba de ser su padre y se daba cuenta que le dolía más de lo que hubiera imaginado.

Cuando llegó al hospital encontró lo que menos esperaba, la prensa de medio mundo estaba concentrada en la entrada. Intentó pasar desapercibido pero uno de los presentes lo reconoció y empezó a hacerle preguntas, preguntas que nunca podría responder.

—¡Una pregunta, por favor!—decía un periodista del corazón poniéndole el micrófono en la boca. —Solo una.

Sebastián intentaba deshacerse de toda aquella gente bajando la cabeza y pasando raudo entre ellos, pero no lo dejaban, una periodista incluso llegó a cogerle del brazo interrumpiendo su camino.

—Acabo de llegar del extranjero, estoy muy cansado, no tengo nada que decir.

—¿A qué hora ha sido el deceso? —preguntó otro suponiendo que él estaba al tanto, ya que era su único hijo.

—Los doctores darán una rueda de prensa en cuanto puedan, por favor, respeten mi dolor —contestó, zafándose por fin de ellos al entrar en el ascensor.

Llegó a la planta en que estaban las habitaciones privadas. Allí lo esperaba su madre, que aunque su matrimonio no fue bueno, separados se llevaban bastante bien y Sophia había estado junto a él desde el momento que supo lo del infarto.

—*Sebastian* —lo llamó, como siempre en inglés, con las manos extendidas.

—¿Cómo está?

—Lo siento, hace media hora que falleció, no ha podido superarlo.

Lo que no había hecho en su niñez lo hizo ahora y esta vez fue de corazón, abrazó a su hijo intentando protegerlo del dolor de tan gran pérdida.

—No pude despedirme, no llegué a tiempo—sollozaba Sebastián abrazado a su madre.

—Nadie imaginaba que esto acabaría así, ha sido todo tan rápido.

—Quiero verlo, quiero por lo menos despedirme de él aunque ya no me oiga.

—Claro que sí, mi amor, vamos, te están esperando para llevarse el cuerpo.

Eran dos golpes al mismo tiempo, Su padre y Kate, “la vida se estaba cebando con él”, pensaba Sophia.

Se quedó a solas con su padre, inerte ya y sin capacidad de seguir dirigiendo su vida, de pronto todo el odio que había acumulado durante años se desvaneció, al fin y al cabo era solo un hombre que no supo querer, que pensó que con dinero todo se solucionaba. Un hombre que pagaba millones para que otros cuidasen de su hijo, cuando su hijo se hubiese conformado con tan solo un beso suyo.

Kate se quedó desolada, aquella frialdad por parte de Sebastián no la entendía. Si tanto la quería por qué la dejó de aquella manera. Ella entendía que la noticia era muy fuerte, pero calentarla para dejarla al borde del incendio, aquello no se lo esperaba.

Intentó volver a su rutina, pero no pudo. No podía dejar de darle vueltas en la cabeza a la actitud de él, aunque no pudo recrearse mucho tiempo en su pena, dos días después del incidente con Sebastián se presentaron en la casa de Irvine sus dos hermanas. Cuando abrió la puerta se encontró con dos mujeres demacradas y al borde de la histeria. Solo decían incoherencias y estaban muy nerviosas.

—Por favor, ¿podéis explicarme qué ha pasado para que estéis así? —preguntó Kate, mientras Madie les preparaba una tila.

—Nos han quitado la casa—dijo Anastacia entre sollozos.

—¿Cómo que os han quitado la casa? Nadie puede quitaros la casa, es la herencia de papá y estaba más que pagada, no lo entiendo —comentó Kate perpleja.

—Todo ha sido por culpa de Ian—confesaba Anastacia ya que Griselle era incapaz de pronunciar una palabra.

Tanto Kate como Madie se quedaron casi sin respiración, se miraron dando a entender que era algo que no les sorprendía de aquellos dos sinvergüenzas. Después de tomarse la tila y tranquilizarse un poco, llegaron los pormenores.

Por fin Griselle fue capaz de hablar y era tanta la rabia que llevaba acumulada que cuando empezó no pudo parar hasta que soltó todo lo que llevaba acumulado en tantos años de matrimonio. Un matrimonio casi por conveniencia.

Se equivocó al querer un título, al fin y al cabo un Baronet tampoco era nada del otro mundo, ni siquiera podía pertenecer a la Cámara de los Lores.

—Hay algo que debo decirte —dijo Griselle un poco más repuesta—. Tienes que saber que el suicidio de George fue provocado.

Aquello fue como un jarro de agua fría para Kate, algo así desde luego no se lo esperaba. El color desapareció de su cara, ella intuía algo pero nunca pudo estar segura, las pruebas eran escasas y ahora entendía por qué nunca se encontró una carta ni nada que diera una pista de por qué lo había hecho.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó.

—Realmente no lo sé con seguridad, una vez oí a Ian por teléfono y decía algo sobre que el dinero se lo habían robado a un ladrón. En un primer momento no supe de qué se trataba, hasta que el día de la muerte de George, Percival llegó muy nervioso, pensé que era por la triste noticia hasta que llegó Ian y esta vez, lo admito, no lo escuché por casualidad. Me quedé tras la puerta y oí como le decía que no se angustiara, que el capital de George no era limpio, que lo había obtenido de negocios sucios, me asusté. Creí entender que había drogas o algo así de por medio. Ian continuó diciendo que si no lo hubiesen hecho ellos habrían sido otros, que estaba hasta el cuello de mierda y ellos necesitaban ese dinero.

—No puedo creerlo, George era tan tierno, incluso a veces demasiado inocente. —se revelaba Kate ante la noticia.

—Kate, solo era fachada, te utilizó para dar normalidad a su vida... eso lo he sabido después.

—¿Por qué nunca me dijisteis nada? ¿Lo hubieseis dejado que se casara conmigo sin hacer nada?

—Lo siento, Kate, estábamos dominadas por nuestros maridos —confesó Anastacia.

—Eso no es excusa —sollozó Kate impotente.

—Lo sabemos, por eso los hemos denunciado y vamos a pedir el divorcio. —Esta vez era Griselle la que lloriqueaba.

Acabaron de ponerse al día, más o menos, mientras relataban todas las tropelías que los cuñados habían perpetrado en todos los ámbitos familiares. Había ido cayendo la noche, estaban muy cansadas así que decidieron irse a dormir y por la mañana verían que hacer.

Kate pasó la noche dando vueltas a los acontecimientos del día, imposible no estar destrozada ante las revelaciones de sus hermanas, el único hombre que pensó que la había amado, resultó ser un sinvergüenza, como todos. Ella siempre había conservado en su memoria los momentos felices, lo hacía siempre, en su naturaleza no cabían los malos pensamientos y al rato de haber pasado los descartaba para siempre, prefería quedarse con lo bueno, lo que hacía daño mejor no dejarlo entrar. Aunque esta vez las cosas no eran como ella esperaba, estaba Sebastian por un lado, él era el presente, aunque no supiera qué presente podía ser para ella. Por el otro estaba George, su pasado, y resultaba ser que su pasado era una farsa, una burda mentira ¿es que nunca iba a aprender?

Llegó la hora del sepelio, allí estaba todo el mundo de la farándula con sus parafernalias; gafas oscuras, exceso de negro y demás puestas en escena. Todo el mundo le daba el pésame, le ofrecían palabras de condolencia y le decían cosas que algunas de ellas ni siquiera las sabía. Muchos llegaban, tomaban café, hablaban entre ellos y él ni los conocía, otros llegaban flanqueados por enormes coronas que se iban acumulando en el frío recinto donde se encontraba el féretro.

Aquel día pasó como pasan esos días, sin saber lo que hacía, desdibujado en la memoria. A la hora de volver a casa no quisieron dejarlo solo y lo obligaron a ir a la mansión de su padre, que al fin y al cabo, ahora era suya. Lucía había estado a su lado y él la dejó estar, estaba desolada. Sebastián pensó que era comedia, no creía que estuviese tan dolida, pero tampoco dijo nada. Una vez en la casa ella empezó a ejercer de dueña y señora, cosa que a él le fastidió bastante. ¿Qué ganas podía tener él de cambiar su apartamento por una casa que no sentía suya? De nuevo, la dejó hacer.

Y llegó el día de leer el testamento, se reunieron todos los herederos, que no eran muchos. El notario llegó puntual. Se sentaron delante de él esperando con los dientes afilados la parte del pastel que hubiese para cada uno. El heredero universal desde luego era Sebastián, eso nadie lo dudaba, pero todos esperaban su pellizco. Hasta que el notario empezó a leer.

—... y la totalidad de mis bienes restantes serán repartidos a partes iguales entre mis dos hijos. —Leyó el jurista.

Se miraron unos a otros extrañados. Sebastián pensó que no había oído bien, que el abogado se había equivocado, hasta que miró a Lucía, su cara no era de sorpresa sino de espanto.

Lucía sabía algo que no sabía nadie más y quedó claro cuando el abogado hizo salir a los presentes y solo quiso que quedaran Sebastián y Lucía. Era la última voluntad del difunto, estaba todo explicado en una grabación.

De pronto en la pantalla de televisión apareció su padre unos días antes del infarto. En él, se explicaba lo de su segundo hijo, pedía perdón a Sebastián por no haber tenido el valor de decirselo a la cara. La grabación estaba pensada para ser vista en algunos años, el padre de Sebastián hablaba pensando que su hijo menor y sería algo mayor y le dedicaba unas palabras de descarga, le decía que él era mayor para ser padre y por eso hacer pasar a su hermano por su padre, que lo perdonase. A

su hijo mayor venía a decirle lo mismo, que lo sentía, pero que había pensado que sería lo mejor para los dos.

Sebastián no pudo soportarlo más, su padre, hasta después de muerto tenía que decir la última palabra.

Una especie de ira se instaló en su cerebro, necesitaba golpear algo, lo que fuese. Así que salió al jardín y la emprendió con una palmera de cera que flanqueaba la entrada, golpeó con los puños y gritó hasta que le sangraron los nudillos, y se quedó afónico. Cuando se serenó y estuvo mínimamente seguro que ya no podía agredir a nadie, buscó a Lucía. Necesitaba una explicación mucho más convincente de la que le había dado su difunto padre, aquello era denigrante.

Lucía había salido corriendo, no esperaba que su amante, eso era para ella el padre de Sebastián, la delatase de aquella manera.

Estuvieron de acuerdo en que él era demasiado mayor para criar un hijo, fruto de un descuido, y por lo tanto al igual que Sebastián, tampoco deseado. La estrategia les había dado resultado, “¿a qué venía ahora aquella confesión?” pensaba Lucía.

Ahora entendía todo, se dijo Sebastián, se habían reído de él en su cara. Eso no se lo perdonaría nunca a Lucía ni desde luego a su padre. Levantó los ojos al cielo y dijo: “no creo que estés en el cielo, pero si lo estás, espérame, que ajustaremos cuentas”.

Desde que había pasado todo aquello no había tenido tiempo de pensar en Kate, era consciente que la había dejado molesta, se fue dejándola con sus ganas, y lo que le costó, pero lo malo era que lo había hecho a conciencia, quería que lo extrañase o que lo odiase, pero quería que algo la golpease por dentro y se diese cuenta que solo sería feliz con él a su lado.

Por muy bien que estuviera sola, nada era comparable a estar con la persona que te ama y él la amaba con devoción. Estaba pensando en ella cuando sonó su celular.

—Aló.

—Sebastián, soy Kate, no quiero molestarte, solo quería preguntar por tu padre, ¿cómo se encuentra?

Le había costado mucho hacer aquella llamada, tenía tantas ganas de escuchar de nuevo su voz, que aunque era verdad que estaba preocupada por la salud de su padre, era solo la excusa para hablar con él.

—Falleció.

—Lo siento mucho. Y tú ¿cómo te encuentras?

—En este momento no sabría decirte, han sucedido muchas cosas y tengo que asimilarlas.

—Está bien, no te molesto más, dale un beso al bebé de mi parte. —Y colgó.

—¡Kate, Kate!

No obtuvo ninguna respuesta, remarcó el número de ella, pero ella no descolgó, todo el tiempo saltaba el buzón de voz. Aquello era lo que le faltaba para rematar el día. En aquel momento una tormenta de sentimientos le atravesó el alma.

Lucía no apareció en todo el día, ni siquiera se preocupó de dar de mamar a su hijo. Estaba asustada, no podía prever la reacción de Sebastián al saberse tan burdamente engañado. No es que esperase una reacción violenta por su parte, pero quizás por eso le preocupaba más.

La interrogaría, estaba segura que Sebastián querría saber quién había sido el cerebro que urdió la trama y ella no estaba dispuesta a confesar.

Fue al apartamento de Sebastián donde todavía tenía bastantes cosas, las recogió de un manotazo, las metió de cualquier manera en una bolsa de viaje, dejó una escueta nota apoyada en la almohada y desapareció.

La niñera le dijo a Sebastián que el niño tenía hambre y la madre no aparecía por ninguna parte, tendría que ir a buscar leche a la farmacia si Lucía no llegaba en menos de diez minutos, la criatura no podía esperar más.

—Haga lo que tenga que hacer—dijo un alicaído Sebastián.

La niñera salió preocupada, no le gustaba nada la expresión del joven, esperaba que lo que le pasaba no fuese demasiado grave, era un buen hombre, debía estar muy dolido por la muerte de su padre, pensaba la buena mujer sin intuir ni por un momento que lo que hacía Sebastián en aquel momento era maldecirlo en silencio una y mil veces. No sabía cómo podría sobrevivir a aquella putada del destino.

Kate colgó el teléfono y salió a caminar, tenía que poner orden en su vida, priorizar y pensar en su futuro y eso como mejor lo hacía era caminando sola por el borde del río. Por un lado estaban sus hermanas, no las podía desamparar, estaban arrepentidas de haber hecho caso de los impresentables de sus maridos y sabían que se encontraban en aquella situación por no ser contundentes, por superficiales y pensar más en el estatus social que en ser felices, habían pedido perdón a Kate y ella estaba sorprendida del cambio, les aconsejó que hablasen con un abogado, pero uno bueno, les dijo, no con el sinvergüenza de Arthur.

Pero, y ella, qué sentía ella, se preguntaba una y otra vez, nunca había necesitado a nadie, ella tenía su carácter y se había sentido bien sola, hacía lo que le apetecía sin dar demasiadas explicaciones, pero en aquel momento no le parecía suficiente, conocer a Sebastián había sido una catarsis, una revolución a todo lo que era ella. Lo necesitaba dolorosamente y eso la asustaba. No estaba dispuesta a que su paz mental o emocional dependieran de él, mucho menos su felicidad. Pero había sido tan feliz a su lado.

Tenía que dejar de huir y enfrentarse a la realidad, estaba enamorada de aquel colombiano travieso y descarado a ratos, y un romántico apasionado en otros y no podía decidir cual de los dos le gustaba más, o quizás lo que la perturbaba tanto era que le gustaba demasiado la mezcla de los dos.

Se hacía tarde y había que preparar las cenas para los clientes, Madie no podía sola con todo y aunque sus hermanas se habían ofrecido a ayudar no estaban demasiado acostumbradas a hacer las tareas propias de una casa, y menos, de una casa de huéspedes. Volvía cabizbaja y aún pensativa cuando al acercarse vio que las tres mujeres discutían con dos hombres, no le gustó nada y aceleró el paso.

—¿Ocurre algo?—dijo al llegar.

—Son abogados, Ian y Percival nos han demandado.

—¡¡Demandado!! No entiendo, si erais vosotras las que habíais puesto la demanda de divorcio ¿o me equivoco?

—Sí, le dijimos a Arthur que fuese preparando los papeles del divorcio —aclaró Griselle.

—¿A Arthur? A ver, aquí, quien se supone que es la menor, porque estoy empezando a ejercer de hermana mayor, a quién se le ocurrió semejante disparate.

—En aquel momento no podíamos pensar, ni siquiera estábamos seguras de que fuese lo correcto. Estaban echándonos de nuestra casa, nos estaban despojando de nuestra vida tal y como la conocíamos y Arthur siempre se había encargado de nuestros asuntos.

—Así os ha ido —masculló Kate.

—Pues parece ser que nos demandan por abandono de hogar —concluyó Anastacia.

—¡¡Pero qué hogar!! —Rugió Kate—. Si ellos ya se han encargado de dejaros sin hogar.

—Esto me supera, Kate, lo siento tanto. No quisiera cargarte con tantos problemas y menos aún después de habernos portado tan mal contigo. —Retorcía Anastacia un pañuelo entre las manos con el que de vez en cuando restañaba alguna lágrima.

—Tranquilas, ya veréis como también salimos de esta —las tranquilizaba Kate—, lo primero será ir a ver a un buen abogado y eso lo haremos mañana a primera hora.

—Lo que tú digas —concedía Griselle.

La cena transcurrió dentro de la normalidad, aunque la conversación fuera insustancial. Las dos hermanas se mostraban abatidas, cabizbajas, aunque intentaron mostrarse naturales delante de los dos huéspedes que se alojaban en la casa aquellos días, por suerte era temporada baja y hasta el fin de semana solo había gente de paso, de los que solo se quedaban una noche.

Kate se retiró en cuanto pudo a su habitación, tenía muchas cosas en las que pensar, aunque su cabeza no le diera tregua. Se imaginaba a Sebastián en los brazos de Lucía, las piernas enredadas en las de él, las piernas largas y perfectas de modelo de lencería fina... o no tan fina. Se la imaginaba con las alas de *Victoria's Secrets*, pero poco a poco le iban saliendo los cuernos y la cola de diablo.

De pronto se le clavó en las entrañas algo afilado que le quemaba por dentro como un hierro candente, de nuevo se miró en un espejo, se vio fea y vieja para un yogurín como Sebastián y un sudor frío le recorrió todo el cuerpo, él estaba allí, delante de ella, abrazando a Lucía y con el bebé también en brazos, no entendía cuando

habían llegado allí, ni qué hacían en su habitación.

Un rugido sordo y amenazante se escuchó de pronto, Kate pensó que eran las puertas del infierno que se abrían y las manos de lucifer agarraban las suyas y tiraban de ellas hacia el fondo haciéndole caer en el fuego del averno.

—Fuera de mi habitación —gritó Kate—. ¿No te has burlado suficientemente de mí?

Otra vez ese rugido que llegaba del más allá y que esta vez iba acompañado de unas ráfagas de luz que destellaban sobre sus ojos haciendo que los cerrase con fuerza. Una ráfaga de viento agitó con fuerza las copas de los árboles dando alguna de sus ramas en los cristales de su habitación. El corazón le estallaba en el pecho, quiso levantarse de golpe, tan de golpe que al querer incorporarse con la sensación de desasosiego, le bajó la tensión se mareó y se cayó dándose un golpe en la cabeza, despertando de ese modo de la pesadilla que estaba teniendo, con el consiguiente chichón.

Después de lanzar unos cuantos improperios se sentó en el borde de la cama y se frotó el bulto con la palma de la mano. El corazón empezó a rebajar el ritmo de sus sacudidas y por fin pudo mirar a su alrededor y darse cuenta que se había quedado dormida. Se durmió pensando en Sebastián y por eso aquella pesadilla, era consciente que él estaría con su familia y que tenía que olvidarlo como fuese. Se lo propuso con todas sus fuerzas, lograría olvidarlo. Cada vez serían más lejanas sus caricias, cada vez sus manos se irían diluyendo y no notaría tan presentes sus lisonjas, poco a poco se irían deshaciendo en jirones las huellas de sus besos.

Pero aún no, aún necesitaba sentirlo con ella, aunque fuese en una dolorosa pesadilla.

Capítulo 15

Sebastián llamó a su asesor y le preguntó cómo estaba el tema de la casa de Kate y sus hermanas.

—Pues tengo noticias, ha salido a la venta, pero piden una millonada por ella.

—¿Crees que podrás conseguirla? No importa lo que cueste, lo sabes.

—Pero, Sebastián, son euros lo que piden, y ya sabes el precio del euro comparado con el peso, sencillamente es una locura.

—No me importa lo que cueste, la quiero... mejor dicho, la necesito.

Ante aquella contundencia el asesor se calló y empezó a tramitar la compra del inmueble.

Pensar en Kate era lo único que lo mantenía activo, si no hubiese sido por eso, se habría sumido en la depresión.

Si algo odiaba en la vida era el mundo del espectáculo, y ahora se veía obligado a hacerse cargo de los negocios de su padre. Había sido todo tan precipitado que le era imposible lidiar con todo aquello y hacerlo bien.

Los asesores de su padre no lo miraban precisamente con buenos ojos, no es que le importase, pero necesitaba la seguridad de saber que hacía y hacían lo correcto. Primordial en aquel momento encontrar una persona de su máxima confianza que se pudiera hacer cargo del imperio como si fuese él, necesitaba delegar antes de volverse loco y tenía que ser cuanto antes.

Quería volar en cuanto fuese posible a Escocia, decirle a Kate todo lo que había pasado, pero lo tenía que hacer mirándola a los ojos y con la absoluta certeza que ella creería todo lo que él tenía que explicarle y que no pensara que le tomaba el pelo. Otra cuestión era el bebé, que a decir verdad ni siquiera era capaz de llamarlo por su nombre y eso que lo había escogido él, David, lo escogió porque se escribía igual en español que en inglés y su madre no tendría problemas al nombrar a su nieto... su nieto, qué sarcástico era el destino, en vez de hijo era hermano, y no sabía qué hacer con él.

Ahora estaba allí, sumido en sus recuerdos que eran lo que lo mantenían ligado a este mundo. Allí seguía, pensando en Kate, evocando el último beso suyo, el último suspiro suyo, el último te quiero suyo. Por ella hubiese sido capaz de dejar todo, incluso de envolverle la luna en papel de regalo y postrarla a sus pies, pero ella no lo admitiría, ella tenía sus principios y pensaba que él no era libre, aunque en realidad era cierto, él no era libre, él era esclavo de sus besos, de sus caricias, de esos enormes ojos que lo miraron con aquella angustia, el día que la vio sentada en aquel banco del aeropuerto. Sin saber que hacer. Tan fuera de lugar como una gatita asustada. Cada día que pasaba se sentía más anudado a ella, cada día la necesitaba más, era tan doloroso amarla tanto y no poder estar a su lado. ¿Se podía amar tanto en tan poco tiempo? Definitivamente, sí.

Después de tres semanas de intenso trabajo y no descansar más que unas pocas horas, y no porque no quisiera, es que no podía, ya que su cabeza no le daba tregua y prefería acallarla a base de no dejarla pensar en algo que no fuese trabajo, por fin tenía las cosas más o menos encarriladas como él quería.

La mansión de Kate por fin era suya, ahora solo faltaba ponerla a su nombre y que ella firmase las escrituras, esa parte quizás fuese la más difícil, conociéndola estaba seguro que no querría admitir un regalo como aquel, pero no sería él quien se lo diese, para eso estaba su administrador. Rió con ganas al imaginar en su mente la escena, al administrador encargado de entregarle las escrituras se lo dejaría bien claro, si ella no aceptaba, perdería el trabajo. Estaba seguro que haría lo imposible para que ella consintiera aquel regalo, no le salía a cuenta una negativa.

Habían ido a un abogado decente, las tres hermanas con el corazón en un puño, sabiendo que todo estaba perdido, sabiendo que no se puede firmar sin leer, por muy marido tuyo que sea.

Expusieron el caso, y, cómo temían, el letrado les dijo que si la firma de los poderes que habían otorgado era la de ellas, no había nada que hacer.

—Pero firmamos con engaños, no sabíamos lo que significaba aquello —se quejaba Grisele.

—Y nuestro abogado nos aconsejó hacerlo —continuó Anastacia.

—Como mucho, podemos denunciar al abogado por mala praxis, pero ustedes firmaron, debieron leer lo que firmaban antes de hacerlo —concluyó el abogado.

—Gracias, señor Gayre, nos lo pensaremos —aclaró Kate, tendiéndole la mano y despidiéndose, tenía que hablar con sus hermanas, no podían malgastar el dinero en abogados que seguramente no les iban a solucionar nada, habían firmado y eso no podían deshacerlo.

—Tranquilas, saldremos adelante — las calmó Kate.

—Pero no es justo, es nuestra casa, nuestras raíces —se quejaba Grisele, siempre con sus miedos.

—No quiero reprocharos nada, pero deberíais haberos dado cuenta antes de cómo son aquellos dos vividores —señaló Kate.

Anastacia enseguida quiso buscar solución al problema, de tener todo se habían quedado sin nada y Kate no podría mantenerlas de por vida, así que se acercó a su hermana menor y le dijo que se buscaría un trabajo, el que fuese, a Kate casi se le escapa la risa, eran sus hermanas y las quería, pero eran dos inútiles para trabajar, no lo habían hecho nunca.

—Kate, Anastacia tiene razón, tenemos que buscar un trabajo —se sumó Grisele— no podemos vivir a tu costa, ya tienes bastante con manteneros Madie y tú. Madie, oyendo aquellas palabras y teniendo una noticia que dar, pero sin saber cómo, aprovechó para soltar el bombazo.

—Por mí no tenéis que preocuparos, me traslado a vivir con Daniel, hace días que me lo pidió, pero con tantos problemas no había encontrado el momento de

comunicároslo —anunció.

Kate que iba para la cocina con unas tazas de café en una bandeja, casi la deja caer, algo se oía, pero Madie siempre había sido bastante hermética para sus cosas, así que aquello llevaba macerándolo bastantes días.

De pronto un revuelo de abrazos y felicitaciones empezaron a salir de todas ellas, Madie estaba en una nube, no podía creer que aquellas dos estiradas la felicitaran sinceramente, pero así era.

—Entonces ¿cuándo es la boda? —preguntó Kate.

—De momento no va a haber boda, no quiero volver a equivocarme.

—Daniel es un buen hombre, estoy segura que sabrá hacerte feliz, te lo mereces —alabó Griselle al novio.

Estuvieron un buen rato cotilleando sobre lo que haría después de mudarse... a la casa de al lado, decía, riendo encantada. Madie aseguró que seguiría ayudando con el hostel, era una persona muy activa y no podía estar quieta, así que aseguró que sería un placer para ella poder seguir atendiendo a los clientes tal como lo hacía hasta el momento.

Cuando por fin se calmaron, Kate se despidió de ellas y se fue a su habitación, era tarde y estaba cansada, argumentó, pero la realidad era que no podía soportar perder también a Madie.

Aunque ella dijese que no, se iría alejando, aunque ya no era tan joven, aún podía ser madre, o en todo caso adoptar un bebé, adoraba a los niños y era su gran sueño, al igual que el de ella.

Estaba contenta por ella, cómo no, conseguiría formar una hermosa familia, así que volvía a sentirse sola de nuevo, volvía a extrañar a Sebastián mucho más de lo que era capaz de admitir.

En aquellos meses alejada de él, esperaba olvidarlo poco a poco, ¿que dolía? Sí, y mucho, ¿que lo superaría?, seguro, todo en la vida se podía superar, y ella no iba a ser la excepción, el problema era que no se lo podía sacar de la mente, todo el tiempo lo tenía presente, su nombre martilleándole las sienes una y otra vez y, así, era difícil olvidar.

Se encerró en su habitación agotada, pensó que por una noche al menos podría dormir, los problemas eran tantos que a lo mejor aquella noche Sebastián no sería prioridad en su cabeza, pero se equivocó, era cerrar los ojos y allí estaba su imagen, risueño, atrevido y seductor como pocos, en aquel momento necesitaba desesperadamente que le hiciera el amor.

Se desnudó lentamente, mirándose al espejo, como la miraba él, se acarició los pechos pensando que era él quien lo hacía. El frío le erizó el vello y los pezones se le endurecieron. Se tumbó en la cama y se acarició por debajo de uno de los tangas que él le había regalado, de repente aquella cama se le antojaba solitaria, evocó a Sebastián y cerrando los ojos ya no eran sus manos las que acariciaban su clitoris, eran las de él, se le aceleró la respiración y buscó llegar al climax. Lo que daría ella en aquel momento por un beso suyo, se sintió húmeda y caliente. Poco a poco su excitación y sus caricias culminaron en un orgasmo, jadeó y mirando al techo se lo dedicó.

—Sebastián, esto va por ti, mi placer te pertenece, sin ti ya no soy nadie.

De pronto sintió vértigo, rompió a llorar, un llanto desconsolado, sentido y profundo, estuvo un buen rato llorando en silencio, con un llanto íntimo y desgarrador, hasta que no le quedaron humores en el cuerpo, hasta que se sintió vacía y ese vacío dejó paso a la serenidad.

Se despertó temprano, bajó a desayunar y se tomó un café bien cargado, necesitaba despejarse de los fantasmas de la noche anterior, y la mejor manera que había tenido siempre era trabajando duro.

De pronto sonó el timbre de la puerta, se sobresaltó, era temprano para visitas, a lo mejor alguien que buscaba alojamiento, pensó.

—Kate, te buscan —oyó a Madie que la llamaba desde la puerta.

—¿Quién es? —preguntó mientras se acercaba.

—Fernando Molina, señorita. —Se presentó el extranjero extendiendo su mano—. Vengo a hacerle entrega de unos documentos.

Kate se asustó, aquello sonaba a problemas de nuevo, pero el tal Fernando tenía un acento raro, su inglés tenía un acento parecido al de Sebastián. Se recriminó mentalmente, ahoracualquier cosa se lo recordaba, tenía que dejar de pensar en él como fuese, a no ser que Sebastián le hubiese puesto una demanda o algo por el estilo. “No, aquello era imposible”, se decía ¿De verdad era imposible? En su cabeza no cabía una conjetura más, incluso pensaba que al evocarlo aquella noche había desatado algún tipo de mal augurio contra ella.

—Pase, por favor.

La persona en cuestión, un hombre bien parecido de unos cuarenta años, entró en la casa, esperó a que le dijeran que se sentara y abrió el maletín que llevaba en la mano, Kate vio que sacaba unos documentos y un escalofrío recorrió su columna vertebral, no podía imaginar un problema más.

—La señorita Kate Cameron, ¿es usted? —preguntó formalmente, aunque se habían presentado en la puerta.

—Sí, ya le dije que soy Kate ¿a qué viene tanta insistencia en que confirme mi nombre? —se puso a la defensiva.

—Tranquila, señorita, es que traigo unos documentos que me tendría que firmar y tengo que comprobar, si fuera tan amable, con alguna acreditación que efectivamente es usted quien dice ser.

—Lo siento, no va a hacer falta ninguna acreditación, no pienso firmar nada.

—Pero si ni siquiera le he dicho de qué se trata —expuso el administrador.

—Nada bueno, seguro —volvió a objetar Kate.

Aquella mujer ni siquiera le dejaba hablar, pensaba Fernando, con razón le había dicho Sebastián que seguramente le costaría convencerla, ¡pero es que ni siquiera le daba la oportunidad de explicarse!

—Perdone, si me permite que le explique.

—No hace falta que me explique nada, dígame al impresentable de quien le envía que no pienso firmar nada y que ya hemos contratado a un abogado.

—Creo que está usted en un error —insistía el pobre hombre, sin que Kate le diera una tregua.

—No, el que está equivocado es usted si piensa que nos vamos a dejar avasallar por esos indeseables y se lo puede decir con todas las palabras, no me importa, y de paso le dice al abogaducho ese que le envía que no nos va a sacar ni un euro más, porque para nuestra desgracia ya no nos queda nada —rugió enfurecida pensando que era cosa de Arthur y sus cuñados.

—Perdone un momento, señorita, escúcheme por lo menos y después toma una decisión, pero déme la oportunidad de explicarle por qué estoy aquí —intentaba convencerla con poca suerte.

—Ya le he dicho que le diga a su jefe que no me interesa nada de lo que pueda decirme ese señor, y no pienso firmar nada, mis hermanas firmaron todo lo que les puso por delante y las ha expoliado por completo, lo siento, dígame de mi parte al señor Jones que ya está bien, que no quiero saber nada más de él, que se compre un euro de desierto y se pierda — casi perdió las formas.

—¿El señor Jones? Lo siento no conozco a ese señor.

—¿Cómo que no lo conoce? ¿No es él quién lo envía?

—¡Por supuesto que no!, yo vengo de parte del señor Suárez.

Se hizo un silencio tenso y cauteloso, Kate no supo que decir, no sabía quién era ese tal señor Suárez, pero seguía pensando lo mismo, no pensaba firmar nada, sobre todo no pensaba firmar nada que no hubiese revisado un abogado.

—No conozco a ningún señor Suárez —concluyó.

Se levantó haciendo que su interlocutor se levantase también, le tendió la mano para despedirlo y llamó a Madie.

—Por favor, Madie, acompaña al señor a la salida, ya se va.

El pobre hombre se encontró de pronto en la calle sin haber podido decir que lo que llevaba era bueno para ella, no entendía que fuese tan reticente a dejar hablar a alguien sin conocerlo y no entendía que dijera que no conocía a Sebastián, cuando él le había dicho que iba a ser su esposa, aquello iba a ser más complicado de lo que

pensaba.

Se fue para el hotel y llamó a Sebastián.

¿Qué narices pretendía Sebastián? Al momento no había relacionado el apellido con él, con tantos problemas casi lo había olvidado, pero de pronto se le vino a la cabeza y así constató que el acento que le sonaba tanto en verdad era porque se parecía mucho al deje que Sebastián le daba cuando hablaba en inglés.

Se asustó, no sabía qué pretendía, pero se asustó.

—¿Qué quería? ¿Quién era? —preguntaron casi a la vez las dos hermanas y Madie en cuanto se quedaron solas.

—Pues en realidad no lo sé, solo sé que venía de parte de Sebastián.

—Pero ¿con qué propósito?—indagó Anastacia.

—Lo cierto es que no lo sé, no le dejé hablar, prefiero no saber, solo sé que quería que le firmara unos papeles y me he negado, aquí no se firma un papel más si no es delante de un abogado.

Habló con rabia, todo el amor-odio que llevaba acumulado estaba aflorando en aquel momento. Se estaba revelando contra todo y contra todos en aquella persona que le había enviado Sebastián, la verdad era que se moría de ganas de saber qué narices querría al enviar a su administrador, él tendría muchas cosas que administrar, a ella prácticamente no le quedaba nada, así que nada podrían quitarle.

—No me parece bien lo que has hecho, Kate, deberías haberle dejado explicarse por lo menos —comentaba Griselle— no te reconozco, tú no eras así.

—Tú lo has dicho, no era, pero ahora lo soy. No me voy a dejar avasallar por nadie nunca más, lo prometo.

—Aló—contestó Sebastián al otro lado del mundo.

—Sebastián, esto está siendo mucho más difícil de lo que me dijiste, esa mujer ni siquiera me dejó hablar.

—Pues ya sabes lo que hay, si ella no acepta, tú te vas al paro.

—Qué cabronazo eres, por muy jefe mío que seas jajaja.

—Te avisé que no iba a ser fácil, así que insiste, te conozco bien y sé que puedes conseguirlo, además de tu jefe soy tu amigo, esta tarea no se la podía encomendar a cualquiera —rió Sebastián.

Aunque tenía prisa por solucionar aquel tema, estaba disfrutando al comprobar que no se equivocaba al pensar que Kate se lo pondría espinoso.

Fernando estuvo dándole vueltas al asunto toda la tarde, no sabía cómo enfocar la cuestión, hasta que pensó en la frase de Kate “no pienso firmar nada si no es delante de un abogado” pues bien, tendría lo que quería.

Estuvo toda la tarde buscando un abogado que le sirviese, tenía que ser alguien con paciencia y algo de sentido del humor, ya que no sabía lo que aquello se podía alargar. Por fin habló con uno que parecía interesado, sobre todo al decirle de quien se trataba, aunque no estuviesen pasando por su mejor momento, el apellido era conocido y reconocido en toda Escocia.

Redactaron el documento y lo hicieron llegar a la casa de Kate a través de un pasante, Fernando no quería que lo relacionara con la citación, estaba seguro que de ser así se negaría en redondo de nuevo.

Kate seguía dando vueltas en su cabeza al asunto qué habría llevado a Sebastián a enviarle un emisario suyo, cuando de nuevo Madie la avisó que alguien la había citado en un bufete de abogados, tanta coincidencia y a la estaba poniendo de los nervios, ¿es que todo el mundo se había puesto de acuerdo? Aquello era el colmo.

—A ver, ¿qué pasa ahora? No le debemos nada a nadie, así que no entiendo qué narices quieren de nosotras todos los abogados de Escocia. —Despotricó al ver la notificación.

—Perdone, señorita, pero es que yo no tengo ni idea de lo que se trata, solo me han dicho que lo tenía que entregar en mano.

—Está bien, perdona, es que estoy un poco alterada estos días ¿dónde tengo que firmar?

El joven le extendió el acuse de recibo y se marchó. Kate volvió a sus cavilaciones, dos abogados en dos días, igual era algo grave, debería ir a ver de qué se trataba y salir de dudas. No se lo quiso pensar demasiado, cogió un abrigo y el bolso y se fue a ver qué demonios querían de ella.

Llegó a la dirección en cuestión y en recepción dijo que la habían citado, preguntó si le sabrían decir de qué se trataba todo aquello, pero tan solo le dijeron que esperase, que en breves momentos la atendería el abogado encargado de su caso. Aquello lo único que consiguió fue ponerla más nerviosa, tanto misterio ya estaba acabando con sus nervios. Se sentó a esperar que se desocupara el abogado, cogió una revista del revistero y se puso a hojearla, no se concentraba en nada, ni siquiera se había dado cuenta que era sobre coches y motores, la soltó y jugueteó con el móvil, leyó un par de watsapp que tenía sin leer, casi sin entender lo que ponía, no quería pensar qué nueva catástrofe le aguardaba, pero su cabeza terca, volvía una y otra vez. Por fin salió la secretaria y le dijo que podía pasar... horror, terror, pavor fue lo que sintió al ver tras la mesa del despacho a su ambicioso ex pretendiente.

—Buenos días, querida. Pasa, pasa y toma asiento, por favor —se levantó ofreciéndole una silla al otro lado del escritorio.

—No tengo ni idea de por qué me has citado, pero no creo que tengamos nada de qué hablar tú y yo —dijo, dando media vuelta para marcharse.

—No corras tanto, siempre sacando conclusiones antes de hora, eres incorregible, querida —bromeaba Arthur, ya que era él el encargado de hacerle entrega de los documentos a firmar.

—¿Puedo saber qué haces aquí? —preguntó Kate confundida.

—Trabajar, qué crees que puede hacer un abogado en un bufete de abogados, Kate, te creía más inteligente —contestó sarcástico.

—Has entendido perfectamente mi pregunta, tú tenías despacho propio, ¿qué haces aquí? Es fácil la respuesta.

—Amor...

—No... me llames... amor —dijo Kate con la boca apretada.

—Perdón, había olvidado que me detestas, jajaja, ahora trabajo aquí, tranquila, solo estoy cumpliendo ordenes del jefe. Pero siéntate, por favor, será solo un minuto.

—Está bien, acabemos con esto cuanto antes.

—Es muy sencillo, tengo unos documentos que me tienes que firmar, ayer pasó por tu casa el señor Molina y lo sacaste de muy malos modos. Kate, Kate, que voy a hacer contigo. Qué ha sido de tus modales.

—Olvidate de mis modales, no entiendo qué quiere ese señor que le firme, yo no tengo nada que firmar a nadie. Pero puedo echarle un vistazo al documento solo por salir de dudas —concedió Kate.

Arthur se levantó, fue a los archivadores y sacó una carpeta con su nombre y un sobre sellado dentro, “con razón estaba tan interesado en saber el contenido de los documentos”, pensaba Kate.

—Aquí están, si quieres podemos llamar al señor Molina, aunque tengo plenos poderes para que lo abras en mi presencia, siempre y cuando lo firmes.

—Ya te he dicho que no pienso firmar nada, los leeré, pero no entiendo qué puede ser tan importante, para que ese señor se tome tantas molestias.

—Si no lo vas a firmar, no tiene sentido que lo leas —la retó.

—Si no lo leo, no tiene sentido que lo firme —estableció Kate.

Arthur le tendió el sobre cerrado, con calma, despacio, queriendo alargar el momento aumentando así su curiosidad, aunque quizás el más interesado en saber qué contenía el sobre era él. Por fin lo dejó encima de la mesa al alcance de Kate. El abogado sacó un puro del cajón de su escritorio y empezó con el ritual de encenderlo, sabía que ella odiaba el olor a tabaco, por eso la provocaba, le encantaba verla sufrir, desde que lo había rechazado en público el odio que sentía hacia ella era tan grande que hubiese dado todo por verla arrastrarse por el fango.

Kate sacó el documento del sobre y no entendía nada, era una cesión de propiedad, eran las escrituras de la casa de su familia, la casa en la que había vivido toda su vida y que aunque no dijera nada y se hiciera la fuerte delante de sus hermanas, tanto extrañaba.

—¿Qué significa esto? —preguntó a Arthur mirándolo a los ojos.

—Lo siento, yo no tengo idea de lo que contiene el sobre, solo me han dado ordenes de que lo firmes... como sea —comunicó cada vez más intrigado—. Déjame ver, quizás te lo puedo descifrar si no lo entiendes.

—No te preocupes, sé distinguir perfectamente unas escrituras, lo que no entiendo es el por qué.

Arthur, casi le arrebató de las manos los papeles al oír la palabra escrituras, y casi se atraganta con el humo de su propio cigarro, al ver que se trataba de la mansión de los Cameron. No podía creer que la casa por la que tanto habían maquinado sus cuñados, y él mismo, iba a volver a ella.

Se levantó y se sentó en el borde del escritorio, de pronto empezó a anotar mentalmentelas posibilidades que aquello le pudiera reportar,“llamaré a Ian y a Percival” pensó,“no, mejor no” cambió de pensamiento en el mismo segundo que empezó a tomar forma otro.

—Querida Kate, pensándolo bien, puedes tomarte tu tiempo, esto no es cosa baladí, deberías darme unos poderes para que resuelva yo esto sin que tengas que ver a nadie, puedo ser tu representante y...

—Ni lo sueñes —atajó Kate.

Tal como estaba sentado extendió una mano intentando acariciarle la cara, Kate la giró de golpe, después se lo quedó mirando fijamente a los ojos. Arthur se puso de pie, aquella mirada le dio un escalofrío, era fría como el acero, no podía equivocarse de nuevo, se dijo, aquella vez tendría que jugar bien sus cartas, no tendría más oportunidades.

Kate se levantó, metió los documentos de nuevo en el sobre y se encaró a su ex amigo, ex novio y ex todo.

—Por favor, llama al señor Molina, quiero hablar con él, necesito explicaciones —estableció.

—Está bien, lo citaré para mañana a las nueve, ¿te parece bien esa hora?

—A las nueve en puntoestaré aquí—indicó Kate.

Se levantó y fue para la puerta, Arthur se plantó delante y se interpuso entre la salida y ella.

—Kate —dijo suavemente—, me gustaría que hiciésemos las paces, lo digo en serio.

Se acercó a ella y le dio un casto beso en la mejilla, después de aquello y viendo que ella no había opuesto resistencia alguna, se atrevió a colocarle un rizo rebelde tras la oreja.

—Por favor, no sigas, no lo estropees —sugirió ella—. Tengo que irme, me están esperando en casa.

—¿Quieres que te acompañe? —sugirió.

—¡Desde luego que no! —exclamó Kate.

Arthur por fin se hizo a un lado dejándola pasar, en cuanto la puerta se cerró una sonrisa taimada apareció en su rostro. Antes de llamar al administrador de Sebastián, tenía mucho trabajo que hacer, aquella cita con Kate había sido algo caído del cielo.

Si se había medio enterrado en aquel pueblucho, como decía él, no era porque le entusiasmara la idea de trabajar en un bufete a la orden de un jefe que siempre estaría por encima de él, estaba allí para poder controlar a Kate y a sus hermanas, así que aquel golpe de suerte no pensaba desaprovecharlo.

—¿Dónde has estado? —Preguntó Griselle, cuando la vio aparecer por la puerta—estábamos preocupadas, pensábamos que te había pasado algo.

—He estado en el bufete de abogados, quería saber de una vez por todas qué eran aquellos papeles que a toda costa quieren que firme.

—Y ¿los has firmado?

—De momento no, aunque no te lo creas el abogado era Arthur, no me merece ninguna confianza, la verdad.

—¡¡¿Arthur?!! Qué se supone que hace ese impresentable por aquí.

—Según él, trabaja en el bufete, pero no sé, no me convence, estaba muy amable, hasta me pidió que hiciésemos las paces.

—Igual ha cambiado —comentó su hermana.

—Parece mentira que con lo que nos ha hecho, sigas pensando que es buena persona.

—No he dicho que sea buena persona, pero puede estar cambiando, las personas cambian.

—Las personas cambian de ropa, o de peinado, pero una víbora sigue siendo una víbora lleve el traje del color que lo lleve.

—No deberías ser tan mal pensada, a lo mejor deberías darle una oportunidad.

—¿Te estás oyendo? ¿Ya se te ha olvidado lo que te ha hecho?

—Bueno, pero entonces qué era lo querían que firmases, no me lo has dicho —intentó cambiar de tema, su hermana quizás tenía razón.

A las nueve de la mañana estaba como un clavo en el despacho de abogados. Por mucho que insistieron sus hermanas no quiso que la acompañaran, después le tocó el turno a Madie, incluso le ofreció que la acompañase su prometido, Daniel, pero también se negó, aquello tenía que resolverlo ella sola les dijo, lo que no les dijo era que el señor Molina era el representante de Sebastián, primero tenía que averiguar qué significaba todo aquello. Necesitaba saber de dónde había sacado las escrituras de la casa y por qué era él el propietario. Tantas dudas estaban acabando con su estabilidad, había pasado una noche terrorífica, su cabeza no paraba de hacer cábalas y de generar hipótesis sobre el significado de todo aquello, sin poder llegar a ninguna conclusión, y si había llegado a alguna la había descartado por inverosímil.

Con puntualidad británica se presentó el administrador de Sebastián, se encontraron en la sala de espera mientras llegaba Arthur, que seguramente quería hacer una entrada triunfal al llegar diez minutos tarde.“como siempre, éltiene que ser el protagonista” pensó Kate.

—Buenos días, pasadpor favor al despacho.—Señaló Arthur, abriendo la puerta y dejando sobre el escritorio un legajo de papeles.

Cuando estuvieron los tres acomodados, el abogado tras la mesa y ellos delante, Kate notó al abogado un poco nervioso y también algo más contento de lo habitual en un sitio que se suponía era bastante formal, pero una sonrisa lo delataba y a ella le producía malas vibraciones.

—Está bien, Kate, tu dirás, aquí está el representante legal del señor Suárez, él te puede explicar todas las dudas que puedas tener.

—Lo primero que quiero saber es por qué Sebastián es el dueño de mi casa —expuso Kate mirándolo fijamente a los ojos.

—Pues por nada en especial, salió a subasta y la compró.

—Y ¿cómo sabía él que salía a subasta?

—Eso se lo tendrá que preguntar a él, yo solo cumplo órdenes—matizó Fernando.

—Entonces que sea él quien me diga el por qué de todo esto.

—Bueno, él la quiere, supongo que sabe que para usted es importante esa casa y por eso lo haya hecho.

—Pues dígame que yo no admito regalos de esa envergadura, dígame que gracias, pero no —decretó y volviéndose a Arthur—. Devuelve al señor las escrituras, no las pienso firmar.

—Kate, no seas terca, piénsatelo.

—Buenos días, señores, tengo mucho trabajo que hacer, no puedo pasar el tiempo en tiras y aflojas que no van a llevar a ningún sitio.

Dicho esto salió del despacho con el corazón acelerado y el alma saliéndole por los ojos, había estado serena y controlada, pero al llegar al coche no pudo más, puso las manos cruzadas sobre el volante, dejó caer la cabeza y dio rienda suelta a sus emociones.

En el despacho, Fernando, el administrador de Sebastián, no esperaba una reacción así por parte de Kate, esperaba que al saber de lo que se trataba y que era su casa la aceptase de buen grado, pero nunca una negativa tan rotunda.

—Bueno, en ese caso, creo que ya no tengo nada más que hacer aquí, gracias señor Jones, ha sido muy amable —se despedía Fernando.

—No corra tanto, señor Molina, no todo está perdido.

—¿Qué quiere decir? Usted ha sido testigo de la negativa de la señorita Cameron.

—Sí, he sido testigo de su negativa, pero da la casualidad que es mi esposa y tengo plenos poderes para representarla. Además soy su abogado —informó Arthur.

—Perdone, creo que no le entiendo, la señorita Cameron es soltera según tengo entendido. —Se extrañó el administrador de Sebastián.

—Estamos pasando por una crisis, pero yo la estamos solucionando. Déjeme las escrituras y yo la convenceré para que las firme.

—No puedo hacer eso, tengo que consultar con el señor Suárez, esto cambia completamente las circunstancias en que tenía que entregar los documentos.

Arthur, viendo que se le escapaba el chollo, sacó un acta de matrimonio y un documento en el que Kate le otorgaba plenos poderes para actuar en su nombre.

—Está bien, déjeme consultar con mi jefe y mañana le digo algo. —Se lo quitó de encima como pudo y se fue a hablar con Kate, no le parecía correcta la forma de engañar a Sebastián, si estaba casada ¿por qué había tonteado con él?

Al llegar a casa de Kate, y aunque era muy temprano para la hora de Bogotá, llamó a Sebastián, aquello le estaba pareciendo demasiado anómalo, no sabía por donde tirar, creía que debía estar informado de la situación sentimental de Kate, que para él, era una persona muy falsa.

—¡Aló! —contestó un soñoliento Sebastián después de bastantes tonos y que saltara el contestador en un par de ocasiones.

—¡Sebastián!, ¡despierta, hombre! Tengo algo que decirte y te quiero con los cinco sentidos bien atentos.

—¿Qué es tan urgente para que me despiertes a las cinco de la mañana?

—¿Tú sabías que tu inocente Kate está casada? —soltó el bombazo sin anestesia.

Aquello acabó de despertar a Sebastián, si le dan un puñetazo no le hacen tanto daño, se quedó en shock, imposible, aquello no podía ser cierto.

—Te habrás confundido de persona, es imposible que Kate esté casada —se negaba a admitirlo Sebastián.

—Acabo de reunirme con ella y con un tal Arthur Jones, que dice ser su marido y además es su abogado, tiene unos poderes firmados por ella para tomar cualquier decisión que la ataña.

—Lo siento, no puedo creerlo, ese nombre me suena de algo, creo que se lo he oído mencionar a ella en alguna ocasión. Déjame que me despierte, luego me llamas, pero antes quiero que le preguntes a ella directamente. Que te diga si es cierto que me engañó tan vilmente.

—Está bien, estoy en la puerta de su casa, no quise hablar con ella sin haberlo hecho antes contigo.

Bajó del coche alquilado, respiró hondo un par de veces, no quería que notase lo cabreado que estaba, Sebastián era más que un amigo, no consentiría que se rieran de él. Cuando estuvo seguro de su calma, llamó a la puerta. Salió la misma Kate a abrir.

—¿Otra vez usted? Ya le he dicho que no pienso firmar nada.

—Usted señora no está dispuesta a firmar, pero lo deja en manos de su marido, muy hábil la jugada.

—¿Mi marido? Se ha vuelto usted loco, y me quiere volver loca a mí. Váyase de mi casa, no tenemos nada más que hablar. —empezó a cerrar la puerta, cuando un pie se atravesó y el visitante la empujó con fuerza.

—¿Me va a dejar hablar de una puñetera vez? —se enfadó Fernando, ya estaba bien de tanta tomadura de pelo.

Al notar como la puerta se abría de golpe y con el grito del administrador, se sorprendió, no supo qué pensar de aquella reacción por parte de él. Casi sin voluntad propia lo dejó pasar, estaba tan anonadada que su cabeza era incapaz de asimilar lo que estaba pasando.

—Señora Jones, pongamos los puntos sobre las íes...

—Creo que se equivoca, aquí no hay ninguna señora Jones, soy la señorita Cameron, de ahí que no nos pongamos de acuerdo, usted se equivoca de persona.

—No es eso lo que me ha dicho su marido en su despacho.

Otra vez lo cortó antes de terminar la frase.

—¿Mi marido? ¿Quién le ha dicho que tengo marido? No me he casado en la vida, reitero, se equivoca usted de persona.

—No me quiera tomar el pelo, su marido me ha enseñado el acta de matrimonio y unos poderes que usted le ha otorgado, así que no juegue con un buen hombre que lo hubiese dado todo por usted.

—¡¡¡Cómo tengo que decirle que soy soltera!!! ¿Quién le ha dicho que es mi marido?

—El abogado al que contraté y que usted conoce perfectamente, Arthur Jones, hemos estado con él esta mañana, o me dirá que no conoce a su propio marido, no quiera tomarme el pelo, soy mayorcito ya.

—¡Lo mato!, juro que lo mato!, esta es la última que me hace —Kate estaba fuera de sí, y el señor Molina no sabía si creerla o era todo teatro, el marido parecía muy seguro de lo que hacía y decía.

Kate salió como alma que lleva el diablo, no se paró ni a coger un triste abrigo, la ira era tan intensa que ardería cualquier cosa que la rozase.

El administrador salió corriendo tras ella, aquello era un despropósito, cada vez estaba más atónito, más confundido, ¿dónde se estaba metiendo su amigo? Aquello era una jaula de grillos.

Le costó seguir a Kate, conducía como una posesa, en una ocasión casi se estrella en un cruce, del frenazo que dio casi se deja la mitad de las ruedas en el asfalto, si seguía conduciendo así no llegaría a aclarar su versión, se estrellaría por el camino. Por fin y sin saber muy bien cómo, llegó ilesa al despacho del abogado o como él pensaba, de su marido.

—Señora, señora, no puede entrar, el abogado está reunido—intentaba pararla la secretaria.

—¡¡Cállate!! Y apártate de mi camino si no quieres que te aparte yo.

—¡Pero no puede entrar ahí! —intentaba retenerla sin éxito la secretaria.

Kate le dio un manotazo apartándola de la puerta del despacho y entró en tromba. Sin mirar a las personas que había reunidas, y con toda la furia contenida, se acercó a Arthur y le dio una solemne bofetada, tan fuerte que casi lo tira al suelo, no cayó gracias a que estaba de pie ante un sillón, aquella reacción no se la esperaba nadie, y menos Fernando, que la había seguido hasta allí y miraba estupefacto el espectáculo.

Arthur se levantó todo lo digno que pudo y dijo a los otros socios del bufete que por favor los dejaran solos, que aquella señora estaba un poco alterada.

—No es necesario que se vayan, me interesa que sepan lo rastro que puedes llegar a ser. Enséñame esa acta matrimonial que según tú tienes, porque no recuerdo haberme casado contigo. En una ocasión te dije que te alejaras de mí, ahora será la policía quién te lo diga.

—Cariño, estás muy alterada, creo que necesitas descansar, ya te lo dijeron los médicos. Siéntate...

—¡¡¡No... vuelvas... a llamarme... cariño!!! —cortó Kate con los dientes apretados, antes que pudiera seguir hablando.

Arthur se acercó a ella intentando que su voz sonase tranquila, aquello se le había escapado de las manos antes de empezar “maldita Kate” pensaba y “maldito Fernando”, que había ido con el cuento a ella en vez de a su jefe como le había dicho.

—Vamos Kate, cálmate, estamos pasando por una crisis, pero verás como si ponemos de nuestra parte todo se soluciona.

Kate al oírlo se puso furiosa, empezó a darle golpes con los puños en el pecho, al tiempo que gritaba:

—Eres un sinvergüenza, pero no te vas a salir con la tuya, esa casa ya nos la quitasteis una vez, mis cuñados y tú la perdisteis en las apuestas de caballos, este, señores, es el impresentable que tienen trabajando con ustedes —gritaba Kate con todas sus fuerzas— ladrón, eso es lo que eres, un ladrón, y ni siquiera de guante blanco, tus manos están teñidas de sangre y lo sabes tan bien como yo.

—¡¡Basta, Kate!! Basta, no sabes lo que dices —intentaba callarla Arthur, ante la mirada extrañada tanto de sus colegas como de Fernando.

Fernando estaba disfrutando del espectáculo, aquello estaba resultando ser mejor que una de las novelas que producía Sebastián. Mientras tanto, Kate seguía relatando a gritos las fechorías de Arthur en connivencia con sus cuñados y dándole golpes a Arthur donde pillaba, estaba cegada. El rostro de ella cada vez más cerca del de él, los ojos de ella clavados en los de él, su boca siseaba ante la suya todo lo que llevaba tantos años acumulado.

Los socios por fin reaccionaron separándola del abogado y tranquilizándola a duras penas. Prometiendo ayudarla a investigar los hechos y desde luego, si todo era como ella decía, lo expulsarían de la firma, le prometieron.

—Kate, ¿puedo hacerle una sugerencia? —Terció por fin Fernando.

—Dígame —concedió algo más calmada.

—Debería denunciar todo eso.

—No tengo suficientes pruebas, de lo que las tengo ya está denunciado. —Aclaró con una expresión fuerte y obstinada en los ojos.

Fernando asintió, estaba confundido, no esperaba aquello.

Capítulo 16

Desde que Fernando lo había llamado aquella madrugada un desasosiego se había instalado en él. ¿Tanto se había equivocado con Kate? Imposible, allí había un malentendido, seguro. Intentaba no dar más importancia pero no podía dejar de pensar en ello. En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—Aló, Fernando, por Dios, llevo horas esperando la llamada.

—No soy Fernando, Sebastián, necesito que me ayude. —Dijo una voz femenina desolada y carente de vigor, con un “usteo” muy colombiano.

—¿Quién es? ¿La conozco? —preguntó sorprendido de que supiera su nombre, ya que aunque le sonaba, no fue capaz de reconocer la voz.

—Soy Lucía, necesito su ayuda, por favor —gimoteó.

—¿Lucía? Puedo preguntar ¿dónde se había metido? Por si no lo recuerda tiene un hijo.

—Lo siento, de veras que lo siento —se lamentó Lucía—. Por favor, Sebastián, no tengo a quien recurrir, necesito un pasaje para volver a Colombia.

—Puedo saber ¿dónde estás? —Pasó al tuteo—. Y ¿por qué a estas horas vienes a acordarte de mí?

—Me han estafado, no tengo dinero ni dónde quedarme. Solo te tengo a ti.

—¿Y tus hermanos? Por qué no le pides ayuda a ellos.

—No quieren saber nada de mí, por favor, Sebastián, tienes que ayudarme —dijo compungida—. Se me acaban las monedas, estoy en un teléfono público.

—Dime por lo menos dónde tengo que enviar el billete, no debería, pero te voy a ayudar a volver a casa.

—Gracias, de verdad, gracias —llorando le dio una dirección en Los Ángeles al tiempo que se cortaba la comunicación.

Sebastián se quedó pensativo, qué demonios se le había perdido en Los Ángeles, “seguro que ha intentado timar a otro y le ha salido mal” pensaba, acordándose del engaño al que lo había sometido solo por entrar en el mundo del famoseo, que él tanto odiaba.

En vez de enviarle un billete de avión, se presentó en la dirección que le había dado. El espectáculo que encontró era desolador, estaba encogida en el rincón de la cocina de un restaurante chino, desplumando pollos, envuelta en la inmundicia. Unas magulladuras resaltaban moradas en su pómulo y tenía la mirada perdida.

—¿Lucía? —preguntó extrañado— ¿Qué ha pasado?

Lucía levantó la vista del montón de plumas y se lo quedó mirando como quien tiene una visión, no podía creer que estuviera allí, en persona. Se levantó de un salto y corrió a colgarse de su cuello sollozando como un animal herido.

—Recoge tus cosas y vámonos —ordenó Sebastián.

—No tengo nada que recoger, todo lo que me han dejado lo llevo puesto—sollozaba limpiándose las lágrimas con la manga—. Me engañaron, no sabes lo mal que lo he pasado. Me humillaron, Sebastián, me humillaron.

—Shhh, calma, ya pasó —decía él mientras la abrazaba y le pasaba la mano por la espalda— salgamos de aquí.

—Llévame a casa, por favor, llévame a casa. —Suplicaba.

Cogió una mugrienta bolsa de plástico en que lo único que tenía era sus documentos, unos pantalones y una mugrienta camiseta.

Salieron de aquel infecto lugar, no sin antes abonar al chino la manutención de ella por los días que la habían dejado estar allí, en un pringoso jergón tirado de cualquier manera en un rincón de la cocina.

Fueron directamente al aeropuerto, Sebastián no quería estar más tiempo allí del indispensable, aquel problema añadido no sabía como manejarlo, Lucía pensaría que la iba a llevar a su casa, la llevaría para que viese a su hijo y ver que decisión tomaba con respecto a la criatura, ya que ni siquiera le había preguntado por él. Intentaría ayudarla en lo que pudiese, pero no quería volver a tenerla en su vida, aunque fuese la madre de su hermano. Que gordo le sonaba aquello de hermano, pero la vida nadie dijo que fuese fácil y la suya desde luego no lo había sido, así que no estaba dispuesto a que el niño pasará por lo mismo que él.

Llegó exhausto, un viaje de ida y vuelta a Los Ángeles en menos de veinticuatro horas era agotador, pero quería solucionar el problema lo antes posible y esperaba noticias de su administrador, esperaba noticias de Kate.

Al llegar a casa, Sebastián obligó a ducharse a Lucía, le hizo tomar un caldo caliente y la metió en la cama, ella en aquel momento prácticamente carecía de voluntad, asentía a todo lo que Sebastián iba ordenando. Parecía más pequeña que su propio hijo, al que vio como a un extraño, aunque por un momento se le anegaron los ojos, pero solo por un momento.

Durmió casi veinticuatro horas seguidas, hasta entonces Sebastián no le había pedido explicaciones, aunque había llegado la hora. El mismo Sebastián la despertó, le había preparado ropa y había ordenado un buen desayuno.

—¿Has descansado bien? —preguntó sentándose frente a ella.

—Sí, gracias. No sabes cómo he extrañado esta casa.

—Perfecto —concedió—. Levántate, tienes el desayuno en la mesa. Porque ahora toca que me expliques muchas cosas.

—Está bien, dame un minuto —pidió Lucía desperezándose.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó Sebastián al verla entrar al estudio donde le había hecho llevar el desayuno, no quería que nadie los molestase.

—Ya te lo he dicho, me timaron, me pegaron cuando me negué a trabajar en lo que ellos querían y no tenía con qué volver a casa. —Miró el estudio con todos sus lujos y suspiró—. Menos mal que ya pasó y volvemos a ser una familia.

Sebastián se puso tenso, ya empezaba con sus fabulaciones.

—En cuanto te repongas tienes que irte, te buscas un apartamento en que estéis cómodos el niño y tú, yo me preocuparé de que a mi “hermano” —remarcó la palabra— no le falte nada.

—No fue idea mía, lo sabes. No pude convencer a tu padre para que se casara conmigo, por eso urdimos la farsa, pero yo quise decirte la verdad desde el primer momento.

—Lucía, por favor, ¿me tomas por idiota? Pero es igual, ya lo he asumido. Ahora dime por qué te fuiste de aquella manera —cuestionó antes que empezara a fabular de nuevo.

—Tuve miedo.

—Miedo de qué, Lucía ¿de haberme jodido la vida? Y puedo saber ¿qué hacías en Los Ángeles?

—Me ofrecieron un papel estelar en una película.

—Entonces habrás cobrado una suma considerable, ¿qué hacías en aquel tugurio? ¿En que gastaste el dinero? ¿No te habrás metido en algo turbio? No será cosa de drogas ¿No, Lucía?

—Me robaron, ya te lo dije —se negaba a dar explicaciones de su desgracia—. Sencillamente, ni siquiera me pagaron el trabajo.

—¿Por qué no acudiste a la policía?

En ese momento se derrumbó, no podía sostener por más tiempo la bochornosa verdad en su interior. Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar.

Cuando por fin se calmó un poco empezó a relatar la historia; sus ansias por ser famosa la habían llevado a dejarse arrastrar por unos desalmados que buscaban carne fresca para sus películas pornográficas, unos tipos sin escrúpulos que la llenaron de ilusiones ofreciéndole una quimera, le dijeron que sería la nueva Jennifer López, que la llevarían a lo más alto de la meca del cine y de eso no hubo nada.

La producción que tenía que encumbrarla era un film de tres al cuarto de porno duro y obsceno. Al darse cuenta quiso romper el contrato, pero no la dejaron, la querían obligar a hacer lo que ella sin leer había firmado y era tan obsceno y de mal gusto que no estaba dispuesta a hacerlo.

Entonces llegaron las palizas, como ni aún así daba la talla, la tiraron a la calle. Menos mal que otra de las actrices que estaban por allá, le pudo recoger sus documentos y una muda, la habían echado tal como estaba en aquel momento, desnuda. Estuvo unos días dando tumbos, incluso se ofreció a algún tipo por un plato de comida. El chino del restaurante se había apiadado de ella y le daba comida y techo, pero tenía que pasarse el día desplumando pollos y aún así decía que le debía dinero, que trabajaba lento.

Cuando llamó a Sebastián lo hizo con unas propinas que recogía ella antes que el chino lo hiciera. Le costó más de una semana conseguir dinero suficiente para hacer una llamada a Colombia, el resto ya lo sabía él.

Sebastián se quedó pensativo, una corazonada le decía hacía bastante tiempo que algo así le podía pasar si seguía con esas ansias de fama y dinero fácil.

—¿Te das cuenta, que eso es lo que te has buscado?

—¡¡Yo no he buscado eso!! —Chilló casi histérica—, me engañaron ¿cómo te lo tengo que decir?

—Lucía, ¿eres así de ingenua?, o ¿es el papel de tu vida?, no te conoce nadie y te van a dar un estelar. ¡Venga ya! A quien pretendes engañar. Si de verdad lo crees, te estás engañando a ti misma

—Les enseñé aquel anuncio que hice con tu padre, todo el mundo me aplaudió.

—Aquello era un bodrio, mi padre te lo dio para acostarse contigo, o ¿tampoco te habías dado cuenta de eso?

—¿Es necesario que seas tan cruel, Sebastián?

—No es crueldad, abre los ojos, Lucía, ni siquiera te has preparado en una buena academia, qué esperabas.

—Bueno, ya pasó, estoy en casa y me pienso preparar bien, verás como triunfo de verdad, porque tú me vas a ayudar ¿a qué sí? —dijo acercándose a él intentando seducirlo.

—Por ahí no sigas, Lucía, no te volverás a acostar conmigo, supongo que eso ya lo sabes.

Sebastián se levantó de su asiento y se enfrentó a Lucía, quería aclarar las cosas desde el principio, tenía que hacerle saber que si estaba allí era por ser la madre de su hermano. Quería que entendiera que si antes no sentía nada por ella, después de lo que había hecho, menos, así que se dispuso a dejar claro que una vez pasado el susto y de vuelta a su país se tenía que empezar a buscar la vida ella sola.

—Lucía, dejemos las cosas claras ¿qué piensas hacer con tu hijo? En el tiempo que llevas aquí ni siquiera has querido estar un rato con él a solas, ¿no sientes nada por él?

—Si te digo la verdad no sé que siento por ese niño.

—Cómo puedes ser tan fría, ¿de verdad no quieres a tu hijo?

—Sebastián, si ese niño está en el mundo no es por mí, es por tu padre, me obligó a tenerlo. —Confesó con la vista clavada en el suelo.

—No te entiendo, y me da miedo lo que estoy pensando.

—Piensa lo que quieras, nunca tuve instinto maternal, pero la religiosidad de tu padre le impedía deshacerse de él —reveló Lucía sin demasiado remordimiento, levantando de pronto la cabeza en un gesto de altivez.

—Prefiero no seguir escuchando —reprochó Sebastián—, muy religioso para unas cosas, pero para acostarse contigo y encasquetarme el niño a mí no le remordió la conciencia.

Sebastián no podía seguir escuchando tanto despropósito por parte de su difunto padre y la amante de este, aquello era rocambolesco, el caso es que el niño era adorable y no tenía culpa ninguna de tener aquellos padres.

—Está bien, entonces qué piensas hacer —indagó.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Justo lo que he dicho, que dónde vas a vivir y si te vas a hacer cargo del bebé.

—¡¡Sebastián!! Ese niño tal como quiso tu padre lo tenemos que cuidar entre los dos, yo no puedo hacerme cargo de él, no tengo dinero y no sé como cuidar a un niño, ya te he dicho que no tengo instinto maternal, tu padre no quiso que abortara, esa era mi intención.

Dijo esto como el que dice que se va a dar una ducha, sin el menor pudor. Sebastián no daba crédito a lo que escuchaba, desde luego no podía dejar aquella criatura en manos de una mujer tan desnaturalizada, estaba escandalizado por lo que estaba escuchando.

—Por favor, Lucía, ¡cállate!, ¡cómo puedes hablar así!

—Querías la verdad y es lo que te estoy ofreciendo, para eso están las criadas, ya lo cuidarán ellas.

Sebastián sonrió en una mueca de asco, estaba reviviendo su infancia, siempre con las criadas, y no podía decir que no lo quisieran, pero no eran sus padres y eso siempre lo llevó guardado en el corazón. No podía dejar que aquel niño inocente pasara por lo mismo que él.

—Dime una cosa ¿estás dispuesta a renunciar a la custodia del niño? —preguntó por fin.

—Qué quieres decir con renunciar —indagó Lucía.

—Pues eso, renunciar al niño, me concedes la custodia y te olvidas de él.

Lucía estuvo pensando unos minutos, su codicia puso a funcionar la avaricia de su cerebro, hizo unos cálculos rápidos y asintió.

—Sí, qué —pregunto Sebastián. —¿Aceptas?

—Bueno, supongo que algo me darás a cambio.

Aquello era el colmo, y, aunque se lo esperaba, no pensó que le fuese tan fácil olvidarse de su hijo para siempre.

—Qué quieres —preguntó él.

—Qué estás dispuesto a darme —inquirió ella a su vez.

—Te daré un apartamento y una pensión vitalicia, con la condición de que desaparezcas de mi vida y nunca más vuelva a saber de ti. Ah, el apartamento será fuera de Bogotá, donde no podamos encontrarnos por la calle, me das asco.

—Está bien, donde digas me parecerá perfecto —concedió ella sin inmutarse.

—No se hable más, mañana tendré listos los documentos, ahora, por favor, desaparece de mi vista.

Lucía salió altiva del estudio, Sebastián se quedó paralizado, ni en sus peores pesadillas imaginó que aquella mujer pudiera ser tan fría y calculadora, tan egoísta. Se levantó y se fue a la habitación del pequeño, nadie sabía que era su hermano, a todos los efectos era su hijo y a partir de aquel momento lo sería por siempre jamás, esperaba que Kate lo aceptara, se lo quedó mirando en su cuna, y le acarició la cabecita con cariño.

—Tú no tienes la culpa, y te prometo que vas a tener la mejor de las madres —le susurró.

El resto del día lo pasó entre abogados y asesores, quería dejar todo bien atado, por nada del mundo quería que Lucía encontrase un resquicio para perjudicar al niño o incluso a Kate. Tampoco es que tuviese demasiadas ganas de estar bajo el mismo techo que ella, le repugnaba, no podía soportar pensar en ella como madre, ni siquiera como mujer.

Dos días tardó el abogado en tener todo listo, las prisas de Sebastián lo hicieron trabajar a destajo, pero transcurrido ese tiempo fue capaz de redactar un documento con el que se dejaba claro, que bajo ningún concepto Lucía podía reclamar nada en lo referente al niño.

En aquellos dos días Sebastián apenas había aparecido por la casa, se había quedado en su antiguo apartamento, allí tenía los recuerdos de Kate y le gustaba mucho más que aquella casa tan enorme e impersonal. También lo había hecho para dejar a Lucía a solas con el niño, tenía la remota esperanza que al estar cerca de él, y a solas, se le abriera la espita del sentimiento maternal, le costaba tanto entender que una mujer no quisiera estar con su hijo, que se negaba a admitirlo, quiso pensar que solo era una pose ante él.

Cuando tuvo listos los documentos volvió a aparecer por la casa, para su desconcierto, Lucía se había dedicado a ella misma, peluquería, estética, manicura eran sus prioridades.

A Sebastián lo inundó la rabia, pronto había empezado a gastar lo ni siquiera había cobrado. ¡Qué iluso! Por un momento llegó a pensar que al volver encontraría la tierna escena de una madre acunando a su hijo, por desgracia no fue así.

—Lucía, aquí te traigo los documentos para que los leas, si algo no te parece correcto estás a tiempo de decirlo, cuando vayamos al notario y firmes ya no habrá vuelta atrás—le dijo secamente.

—Me fío de ti, no necesito leerlos.

—Yo te aconsejo que lo hagas, pero estás en tu derecho de hacer lo que te plazca. —La advirtió— Cómo ni siquiera has preguntado dónde está el apartamento, te diré que está en Maicao, ya te dije que no quiero tener que volver a verte.

—¡¡Sebastián!! Eso es tierra caliente —se quejó.

—Así podrás lucir el cuerpo todo el día, es lo que se te da mejor.

—No entiendo que me odies tanto.

—Lucía, no te odio, sencillamente no puedo estar en el mismo sitio que tú, ¿te has parado a pensar alguna vez en alguien que no seas tú?

—Sigues siendo injusto conmigo, siempre he querido una vida contigo, pero me has rechazado invariablemente.

—¿De verdad esperas que te crea? Ni una sola vez en tu vida has ido con la verdad, todo en ti es un espejismo. No eres más que una vulgar meretriz.

Al oír aquello, Lucía clavó en Sebastián unos ojos llenos de furia, tanto esfuerzo no le había servido de nada. Si se hizo amante de su padre fue porque él nunca le había hecho caso. Para que se acostara con ella tuvo que emborracharlo y aún así nunca fue suyo. El problema era que en vez de odiarlo cada vez tenía más necesidad de él, aunque fuese a través de su padre quería estar cerca, pero ni eso le sirvió.

Encima el viejo decrépito se murió y tuvo que destapar el pastel. “Viejo arrogante y pomposo” pensaba mientras fijaba la vista en los documentos, aunque la realidad era que no entendía nada de lo que allí estaba escrito, demasiado técnico para ella.

—Está bien, Sebastián, no tengo nada que objetar. Ese niño no significa nada para mí. El objetivo al tenerlo era conseguirte a ti, pero eso ya supongo que es imposible. —Rió sarcástica.

—Lo siento, Lucía, me temo que me falta tu sentido del humor, lo que hiciste en connivencia con mi padre, considero que es un insulto a mi inteligencia, no veo la gracia por ninguna parte.

—No me río, es una mueca, de lo bien que has sabido llevar esto. No me extrañaría que fuese cosa de tu puta inglesa. Desde el momento en que la vi, sabía que me traería problemas, con su cara de moquita muerta—el odio saltaba de sus ojos—, pero sabré cobrarme esta afrenta, tarde o temprano ella lo va a pagar muy caro, Sebastián, te lo aseguro.

—Has perdido el juicio, alístate, en una hora tenemos la firma de documentos ante el notario. Recoge todo, a esta casa ya no vas a volver... y creo que yo tampoco. —acabó la frase dejando caer los hombros, con la misma desgana con la que había habitado aquella enorme mansión, en la que nunca fue feliz.

Sebastián de pronto no estuvo seguro si había sido la mejor decisión, se cuestionó si debió ir a buscarla o dejar que ella se espabilara por su cuenta. Nada ganaba lamentándose, ya estaba hecho y no había marcha atrás.

Salieron de la notaría y Lucía iba cabizbaja, aunque atesorando el primer cheque que Sebastián le había dado delante del notario. Los meses siguientes le haría un ingreso en el número de cuenta que ella le diese, acordaron. Lucía quiso subir al coche con él, en un último intento de seducción.

—Adiós, Lucía, desde este momento tu vida corre por tu cuenta, tienes el billete de avión, y las llaves de tu nueva casa, intenta llevar una vida ordenada y todo irá bien.

—¿Qué insinúas, Sebastián?

—Solo lo que has oído, si me entero de que a alguien más le haces lo que me has hecho a mí, se acabó la mensualidad, el apartamento y cualquier privilegio.

Lucía dio media vuelta y se marchó con la certeza de que había hablado en serio, cogió un taxi y le dijo que la llevara al aeropuerto.

Mientras, sentado en el coche, Sebastián la miró alejarse, esperando que por fin el orden entrase en su vida, en la vida de los dos, de Lucía y la suya propia.

Capítulo 17

—Aló.

—Sebastián, por fin te encuentro —dijo Fernando cuando después de varios intentos pudo contactar con su jefe—, dónde te metes, como pronosticaste, tu enamorada no quiere ni oír hablar de que le regales la casa.

—Eso ya me lo esperaba, en un par de días me reúno contigo en Escocia. Intentaremos convencerla mano a mano.—Informó Sebastián.

Para Kate habían sido unos días agotadores, el personaje que había enviado Sebastián con la excusa de regalarle su casa la tenía en un estado de ánimo extraño, no sabía si odiarlo o adorarlo. De lo que sí estaba segura era de que nunca aceptaría un regalo como aquel, se pusiera el señor Molina como se pusiera. Pero no se negaba a sí misma que le halagaba que Sebastián hubiese estado tan pendiente de ella, esbozó una sonrisa al recordar los días que pasó con él en Bogotá, sin dudarle, los más felices de su vida.

—¡Kate! Dónde te metes, llevo rato buscándote. —Dijo Griselle al dar por fin con su hermana menor.

—Estaba cansada y he subido a mi habitación, pero dime, ¿para que me necesitas?

—Por fin una buena noticia. —Anunció mientras una enorme sonrisa acudía a su rostro.

—Para variar no estará mal —celebró Kate—. De qué se trata esa buena noticia —preguntó animándola a seguir.

—A partir del lunes me voy a poder mantener por mí misma —comunicó haciéndose la interesante—. ¡Tengo trabajo!

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo? No quiero que te molestes, pero no has trabajado en tu vida, ¿Qué piensas hacer?

—Me ha llamado Claire, mi nuera. Se ha establecido por su cuenta, ya sabes que es interiorista, y me ha ofrecido ayudarle como decoradora en su empresa, siempre ha alabado mi buen gusto decorando las casas de mis amigas, es algo que me encanta hacer y estoy segura que me sentiré útil, y lo más importante, no será una carga para ti.

—Me alegro muchísimo por ti, de verdad, aunque nunca vuelvas a decir que eres una carga para mí, eres mi hermana, te voy a apoyar siempre en lo que necesites y lo sabes.

Griselle se abrazó a su hermana sollozando, y odiándose por el tiempo que había pasado envenenándole la vida. Su hermana pequeña había demostrado ser de una talla superior, del odio había pasado a la admiración más sincera.

En aquel momento pasaba por allí Anastacia, al verlas abrazadas pensó que pasaba algo y se asustó. Aunque al ver la sonrisa de felicidad de su hermana mayor, pensó que muy grave no podía ser lo sucedido.

Cuando pudieron dejar de llorar le explicaron, a ella y a Madie, que fue la última en incorporarse, la buena nueva. Se abrazaron, rieron y lloraron hasta que Griselle le dijo a su hermana mediana que ahora le tocaba a ella, que se sentía tan bien de pensar que no dependería de nadie, que era mejor que si le hubiese tocado la lotería.

—Anastacia, no tienes que buscar nada, creo que con lo bien que va la pensión te podemos hacer un contrato, serás responsable de la recepción y de la organización de la pensión, eso siempre se te dio muy bien —ofreció Kate—. Así nos quedará tiempo a Madie y a mí para ampliar las actividades y ofrecer mejores servicios. Si es que aceptas, claro.

—¡¡Acepta!! Estoy encantada, voy a resurgir como el Ave Fénix, vamos a convertir esta pensión en el mejor hotel de toda Escocia —reía encantada con la exageración y las tres mujeres miraban al techo a la vez que ponían los ojos en blanco y soltaban una carcajada.

En esos momentos llamaron a la puerta, Madie las dejó a las tres y fue a abrir pensando que eran nuevos clientes. La sorpresa fue mayúscula.

—Buenas tardes, querida Madie —dijo Ian, el exmarido de Griselle, entrando en tromba sin esperar que ella le diese permiso, seguido de Arthur y Percival.— ¿Dónde están esas impresentables?

—No tengo ni idea de a quién te refieres, los únicos impresentables que conozco sois vosotros.

Sin pararse a escucharla, la hizo a un lado y se adentró en la casa vociferando los nombres de sus habitantes.

—Puedo saber ¿qué escándalo es este? —salió Anastacia tomando posesión de su cargo casi antes de ser nombrada—. ¿Qué haces aquí? —se dirigió a su excuñado con un tono de enfado que hasta a él le impresionó.

Tras ella acudieron Kate y Griselle, no entendían tanto alboroto, al ver allí a los tres hombres plantados al pie de la escalera con intención de subir al piso superior, se indignaron.

—En esta casa sois personas no gratas y lo sabéis —comunicó Kate.

—Hemos venido a hacerte una oferta, queremos ofrecerte un trato —alegó Ian.

—¿Un trato? Permite que me ría, no creo que tengas nada que tratar conmigo y aunque lo tuvieras, yo jamás haré tratos contigo.

—Creo que deberías escuchar lo que te tenemos que decir, siempre has sido muy cabezota, y eso te puede traer problemas.—Insistió fervientemente Arthur, corroborando las palabras de su amigo.

—¿Me estáis amenazando?

Las cuatro mujeres estaban alucinando en colores, las habían arruinado, humillado y menospreciado toda la vida y pensaban seguir haciéndolo por lo que veían, aquello era el colmo. Volvió a sonar el timbre de la puerta, Kate no queriendo protagonizar ningún escándalo delante de posibles huéspedes, los hizo pasar al despacho, una pequeña habitación a la derecha de la puerta de entrada, que en un primer momento servía como almacén, pero que era lo suficientemente grande para albergar una mesa y unos archivadores. Una vez dentro, cupieron los seis aunque un poco apiñados, Madie se quedó atendiendo la puerta, Kate fue al grano, según Arthur, había perdido los buenos modales, sobre todo desde que se había encamado con aquel indio colombiano, le dijo.

Madie iba de sorpresa en sorpresa, ni en sueños imaginó que volvería a ver a Sebastián, según Kate, su amor era imposible y lo estaba dejando morir, le había dicho, aunque ella sabía que solo lo había aparcado en un cofre cerrado en el fondo de su corazón, y parecía ser que había llegado la llave, se dijo contenta ante tal aparición.

—¡Hola, Madie! Yo también me alegro de verte. Puedes avisar a Kate, por favor —dijo un sonriente Sebastian.

—¡Sebastián! —exclamó sorprendida. No se había dado cuenta que estaba elucubrando hipótesis y se había quedado estática en la puerta—. Lo siento, estaba distraída, pero pasa, por favor, pasa.

En aquel momento unas voces salían de la primera puerta a la derecha.

—No te pedimos la luna, Kate, encima saldrías ganado. No lo entiendes, es cuestión de vida o muerte.

—Por mí, podéis morir los tres en este momento. Y llevaros vuestras amenazas con vosotros—chilló Kate fuera de sí.

—Kate, déjame explicarte la situación —medió Percival— hemos hecho una inversión que te reportará mucho dinero, pero nos tienes que vender la casa, es tuya, puedes hacer lo que quieras con ella.

Decía esto con un tono de voz bajo, casi susurrando, parecía que hubiese estado tomando clases de cómo hablar para convencer, Kate lo escuchaba y sonreía cínicamente, no podía creer lo que estaba oyendo.

—Para empezar y para que os quede claro, la casa no es mía y no lo va a ser. Yo no soy como vosotros —los abarcó a los tres con la mirada, ante el asentimiento de sus hermanas que no eran capaces de decir nada—. Para vuestra desgracia no pienso aceptar ese regalo, y por otra parte, si lo hiciera ¿sois tan necios que pensáis de verdad que os la podía vender? Os creía más inteligentes.

—Ya basta de gilipolces, Kate —Ian no aguantaba más presión—, hasta que no nos des esas escrituras no vamos a salir de aquí, lo harás por las buenas o por las malas —dicho lo cual le alargó el teléfono—. Llama al tipo ese y dile que firmas, que aceptas el regalo.

Al escuchar esto Sebastián no pudo más, Madie también mudó el color de cara, estaban extorsionando a Kate de nuevo, aquellos tipos no tenían escrúpulos. Sebastián sin pedir permiso y pensando que Kate se enfadaría, pero eso en aquel momento a él le daba igual, abrió la puerta del despacho y preguntó.

—¿Puedo saber qué está pasando aquí?

Se hizo un silencio en el que la tensión era como un muro, Sebastián paseó la mirada de un hombre a otro, después la posó en cada una de las mujeres.

—Aquí no está pasando nada, es una reunión de familia —dijo Arthur, el único que no pertenecía a ella, lo cual le hizo gracia a Sebastián.

Kate se quedó sin habla, no entendía qué narices hacía allí Sebastián, ni con qué propósito, el corazón se le aceleró de tal manera que pensó que las piernas no la sostendrían.

—Kate, coge ese teléfono —indicó Sebastián—, pero para llamar a la policía.

Los tres extorsionadores se quedaron como Kate, sin palabras. No entendían de dónde había salido y lo que era peor, había oído la conversación. Como casi siempre, el primero en reaccionar fue Arthur, los engranajes de su cerebro podían oírse a toda máquina.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación inmiscuirse en conversaciones ajenas? —Increpó Arthur intentando ganar tiempo.

—Da la casualidad que la conversación, como tú la llamas, sí es de mi incumbencia.

—Estamos hablando de negocios —continuaba Arthur—. Con Kate —apostilló.

—Estáis extorsionando a tres mujeres indefensas —rebatía Sebastián.

—¡Te he dicho que te vayas! —perdió los nervios Arthur, dando un empujón a Sebastián. A las mujeres se les escapó un grito unánime, Griselle, se llevó las manos a la boca, Anastacia se hizo un paso atrás, pisando a su exmarido que se refugiaba tras ella. Kate en un intento por parar lo que se avecinaba, quiso interponerse

entre los dos gallos de pelea, Arthur intentó hacerla a un lado empujándola, haciéndola trastabillar al tropezar con la pata de la mesa.

—¡A Kate ni la toques! Desgraciado —gritó Sebastián al tiempo que le descargaba un puñetazo en plena cara, haciéndolo sangrar abundantemente por la nariz.

El golpe lo cogió tan de sorpresa que no hubo forma humana de esquivarlo, los cuñados se quedaron en estado de shock, aquello no era lo que tenían planeado, solo necesitaban una firma en una escritura, necesitaban al precio que fuese aquella escritura. Habían vendido la casa con el convencimiento que podrían de alguna manera convencer a Kate de firmar, si no lo hacía por las buenas, desde luego tenían pensado que fuese por las malas, no se moverían de allí hasta no obtener aquella maldita firma. Y tenía que ser cuanto antes, en una semana habían quedado con los compradores para entregar el inmueble. El problema era que ya habían cobrado la paga y señal del precio acordado.

Otra vez el maldito Arthur los había metido en uno de sus trapicheos, y otra vez había salido mal. El marido de Griselle, Gengis Kan, como lo había bautizado Sebastián, estaba empezando a ponerse nervioso, Arthur le pagaría muy caro todo aquello. Si Sebastián no le había roto la nariz, se la rompería él.

Kate estaba casi en estado de shock, no por lo que Arthur y sus ex-cuñados tenían previsto hacer con la casa. Ella adoraba aquella casa, cada vez que pensaba en ella recordaba a sus padres, su infancia, su mundo feliz. Ellos ya la habían perdido una vez, estaban obsesionados con todo lo que era suyo y eso no lo iba a permitir. Aunque por desgracia la casa ya no era suya. Al pensar eso recordó súbitamente la presencia de Sebastián. El corazón volvió a adquirir un ritmo peligroso, abrió la boca buscando el aire que se negaba a entrar en sus pulmones. En un esfuerzo casi sobrehumano se obligó a respirar, a pensar, ya que la presencia de Sebastián la había noqueado.

—Sebastián, puedo saber qué haces aquí —inquirió cuando pudo sacar algo de voz de su garganta.

—He venido a por ti, te avisé que lo haría. Aunque creo que debemos solucionar este problemilla que ha surgido antes de hablar de nosotros—le susurró al oído.

Al decir aquello cogió las riendas del problema, se encará a los extorsionadores porque si seguía mirándola a ella no podría resistir no hacerle el amor allí mismo, delante de toda aquella gente, era tanto el deseo que sentía por ella, que tan solo verla, su cuerpo había reaccionado y su pene se estaba revelando de tanta abstinencia.

—Me gustaría que alguien me explicara qué pasa con mi casa —se dirigió sobre todo a Arthur, que era al que le tenía más inquina.

—Esa casa es de Kate —desafió Arthur—, y creemos que es demasiado grande para ella, le hemos propuesto un buen negocio.

—La casa de momento sigue siendo mía —apuntilló Sebastián.

—Las escrituras están a nombre de ella —terció Atila, según Sebastián.

—Estás muy mal asesorado, Atila, ella no ha firmado.

—¿Cómo me has llamado? —se enfureció Percival avanzando la barbilla en un intento de querer intimidar a Sebastián.

—Es que tu nombre no te pega nada —sonrió con suficiencia Sebastián—eres tan malo como Atila, a tu paso solo dejas destrucción.

En un intento de salvar su honrra, Percival se dejó ir hacia Sebastián, quiso propinarle un puñetazo que él esquivó con maestría adquirida en sus tiempos de internado, tiempos de peleas en bares, tiempos de buscar su sitio, y lo había encontrado al lado de aquella mujer, y desde luego, ningún Atila de pacotilla la iba a expoliar de nuevo.

—Sebastián, podía encargarme yo sola de esto —dijo malhumorada al ser consciente de lo que intentaba Sebastián.

—Lo sé, mi amor, y son todos tuyos. Pero no me negarás el placer de ayudarte —. Volvió a dejarla sin palabras de nuevo.

En ese pequeño lapsus de confusión, aprovechó Percival para tomar un abrecartas de encima del escritorio, alargó la mano cogiendo a su exmujer que estaba delante de él, inmovilizándola y clavándole el abrecartas en el cuello, Anastacia chilló al notar el pinchazo, sospechando que su ex al verse acorralado no dudaría en llevar a cabo cualquier tontería.

Griselle avanzó una mano y alcanzó el teléfono inalámbrico, empezando a marcar el número de la policía, en ese momento Arthur arrancó el cable de la base y dejó de funcionar.

—No cometas ninguna tontería, no es tanto lo que pedimos, solo una firma en unas escrituras.

—Está bien —concedió Sebastián— déjame llamar a Fernando, le diré que las traiga.

Intentaba ganar tiempo, pensó en darle alguna pista a su amigo, hacerle entender de alguna manera que debía llegar acompañado de la policía, sacó su móvil del bolsillo y buscó en sus contactos el número de Fernando.

—Pon el manos libres, que oigamos todos lo que dices —ordenó Arthur, que volvía a llevar las riendas.

No hizo falta, en aquel momento la puerta se abrió con brusquedad. Madie había llamado a la policía, sabía que nada bueno podía salir de allí, como casi siempre, había pasado inadvertida, el trío de delincentes no pensó en ningún momento que ella pudiese hacer algo por su cuenta, la habían subestimado, como de costumbre.

Al entrar el agente de policía en el despacho, Percival continuaba con el abrecartas en el cuello de su exmujer, había hecho tanta presión con la punta del afilado instrumento que un hilillo de sangre bajaba cuello abajo, aquello fue suficiente para que los detuvieran no solo por extorsión sino también por agresión, y según Sebastián les caerían muchas acusaciones más, aquello no había hecho más que empezar.

Una vez que se los llevaron, la policía se quedó tomando declaración de todos ellos. A Griselle quisieron llevarla al hospital para que le mirasen la herida, a lo que ella se negó en redondo, dijo que no tenía importancia, aunque cuando se vio libre le dio un ataque de nervios y temblaba como una hoja.

Habían pasado por una experiencia bastante traumática, y más dolorosa teniendo en cuenta que habían sido sus exmaridos, los padres de sus hijos, los que las habían puesto en peligro.

Madie apareció con una bandeja en la que portaba unas tazas y una tetera, aquello les reconfortaría, pensó.

En eso llegaron casi a la vez Daniel, el novio de Madie, y Fernando, ya que aunque Sebastián no llegó a hablar, sí había marcado el número y Fernando había escuchado parte de la conversación.

Después de las declaraciones a la policía, tediosas pero necesarias, empezaron a calmarse. Había sido un día muy duro, Jeff, el hijo de Anastacia no podía creer lo que había pasado, siempre pensó que su madre exageraba, su padre lo había manipulado a su antojo y el golpe había sido muy fuerte.

—Lo superaré —decía a su madre mientras esta lo abrazaba con cariño.

—Eres joven y fuerte, estoy segura de ello —lo consolaba.

Jeff había creído en su padre a pies juntillas, dejó de lado a su madre al separarse estos y siempre la culpó a ella, ahora no sabía como pedir perdón.

—Siento haberte decepcionado tanto, mamá.

—No, hijo, no me has decepcionado, tenías que darte cuenta tú solo, al fin y al cabo es tu padre y eso nada ni nadie lo va a cambiar. Todos cometemos errores —concluyó, pensando en como había tratado ella en otro tiempo a su hermana pequeña.

Kate y Sebastián se quedaron un rato contemplando la escena hasta que él le dijo que tenían que hablar.

—Podemos ir a un lugar tranquilo, donde estemos solos, si no te parece mal —aventuró esperando convencerla.

—¿Qué ha pasado con Lucía? —preguntó Kate antes de tomar una determinación.

—Lucía es pasado, en realidad nunca ha sido parte de mi vida.

—No digas eso, Sebastián, tienes un hijo con ella.

—De eso precisamente quiero hablar contigo, pero tiene que ser en otro lugar.

—Está bien, vayamos donde quieras, hablaremos, pero no cambiaré de opinión, te lo advierto.

—Con que me escuches tengo suficiente, después de oír lo que tengo que decirte tienes toda la libertad del mundo para tomar tu decisión... aunque espero que sea la que yo quiero —susurró Sebastián el final de la frase.

Salieron los dos y subieron al coche que Sebastián había alquilado al llegar a Glasgow, Kate se ofreció a conducir pero él le dijo que no hacía falta, se había aprendido el camino de memoria y estaba seguro de saber llegar.

—¿Puedo preguntar a dónde me llevas?

—Puedes preguntar lo que quieras, otra cosa es que yo te responda —contestó evasivo.

—Sebastián, no empieces, se hace tarde y me gustaría saber a dónde me llevas.

—¿Nadie te ha dicho que eres una mujer muy curiosa?

—Creo que tengo derecho.

—Claro que sí, y lo vas a saber en cuanto lleguemos.

—¡¡¡Uffff!!! Eres insufrible —se quejó Kate, aunque en el fondo le divertía aquel juego del gato y el ratón.

Cuando empezó a relajarse se dio cuenta que el camino era muy conocido por ella, aquella carretera la había transitado muchas veces de su casa, a la casa de veraneo, durante sus primeros años con sus padres, después con sus hermanas y ahora cada vez que necesitaba ir a Glasgow. El corazón se le aceleró al llegar a la carretera que enfilaba hacia su antigua mansión, la casa de sus padres en la que había sido inmensamente feliz, a pesar de sus hermanas.

—Sebastián, ¿Qué hacemos aquí? —Cuestionó, aunque sabía de antemano la respuesta— estás jugando con mis sentimientos.

—Para nada, solo te traigo al lugar al que perteneces.

—No debería ilusionarme, pero estoy emocionada, gracias por dejarme verla una vez más.

—Prueba por un momento a dejar de decir estupideces, por favor, la casa es tuya y lo sabes. Pero no te he traído por eso. Hemos venido aquí porque quiero que conozcas a alguien.

A Kate le dio un vuelco el corazón, no estaría pensando en presentarle a Lucía, por que si eso era así... se miró los zapatos, no recordaba si tenían suficiente tacón como para clavárselos en la cabeza. Le parecía muy retorcido, pero tampoco conocía tanto a Sebastián como para estar segura de que no fuese capaz de algo así. Su cabeza como siempre empezó a formular una hipótesis tras otra, como siempre poniéndose en lo peor.

La cara, a medida que avanzaban por el sendero que conducía a la entrada de la casa, le iba palideciendo. En esto, ella se fijó en el rostro de él y vio unos surcos bajo los ojos que hacía tan solo unos meses no estaban, “está preocupado” pensó, incidiendo más en sus elucubraciones, no era capaz de discernir qué pasaba, aunque de todos modos lo averiguaría muy pronto.

Llegaron al zaguán de la puerta y Sebastián abrió con su propia llave, no se sentía capaz de soportar ver aquella casa casi desvalijada como la habían dejado aquellos desgraciados, así que cerró los ojos para ayudar a su corazón a soportar aquella desgracia.

—Doña Rosita—llamó Sebastián en español.

Al oír aquel nombre Kate abrió los ojos con miedo, a quién le había traído, quién sería aquella Rosita a la que llamaba doña. Volvía a tener la cabeza en ebullición, de todas las hipótesis que se había formulado, en ninguna de ellas entraba en su cabeza que se hubiese traído a nadie que no fuese la detestable Lucía.

Lo primero que vio fue la casa al completo, todo lo que habían malvendido había vuelto a su sitio, literalmente se quedó con la boca abierta, pero el estupor no acababa ahí. Por las escaleras bajaba una señora de mediana edad, bastante guapa, con una belleza racial, exótica. La señora en cuestión era morena, de ojos oscuros, piel canela y boca sensual. No pasaría de los cuarenta y cinco, y, aunque no era demasiado alta, estaba delgada como un junco, lo que la hacía parecer incluso más joven. Vestía de forma discreta pero juvenil, pantalón negro y jersey de punto grueso en tono gris perla. Y lo peor de todo era que bajaba con un bebé en brazos. Kate estuvo a punto de perder el control de las piernas, la cabeza le daba vueltas y los latidos de su corazón amagaban con escucharse en toda la comarca. ¿Por qué le estaba haciendo esto? ¿Por qué tenía un bebé en brazos? Y quién era aquella mujer, ya que intuía que el bebé era su hijo.

—Rosita, te presento a la dueña de la casa —comunicó Sebastián, dejándola de nuevo noqueada.

—Encantada, señorita —dijo Rosita haciendo una especie de genuflexión, ya que llevaba el niño con ella.

Kate no supo como reaccionar, titubeó un instante pero luego le tendió la mano, y se acercó al niño, que en aquel momento abrió unos enormes ojos negros como el azabache, dejando a Kate completamente fuera de lugar. El bebé pareció darse cuenta y le sonrió como si la conociese de toda la vida. Kate volvió la cabeza para mirar a Sebastián, la estaba observando con una sonrisa que no le había visto nunca, no era cínica como otras veces ni siquiera divertida, era amorosa, una sonrisa de amor por ese hijo, dedujo ella con cierta envidia.

—¿Es tu hijo? —preguntó Kate, aun creyendo conocer la respuesta.

—Te presento a Daniel, mi hermano.

—¿Tu hermano? No te entiendo, no me tomes el pelo, Sebastián, no estoy de humor.

—Por eso te he traído aquí, a tu casa, y si quieres, nuestra casa, tengo muchas cosas que decirte, entre ellas esta. El hijo que tuvo Lucía no era mío, nunca mantuve relaciones con ella, me drogó para hacérmelo creer, el padre del niño era mi padre.

Aunque si que no se lo esperaba, buscó una silla para dejarse caer, las piernas habían dejado de sostenerla, aquella era quizás la única hipótesis que no había llegado a barajar. Se quedó muda, no sabía qué debía contestar, ni siquiera si debía hacerlo.

—Gracias, Rosita, puede retirarse y acostar a Daniel.—Ordenó Sebastián a la niñera.

Al quedarse solos, Sebastián se acercó a Kate y quiso besarla, ella lo esquivó y le instó a que le contase toda la historia antes de dejarla sin personalidad con sus besos, le dijo.

—¿No te parece que eres muy cruel con este hombre que ha atravesado medio mundo para darte un beso? —decía mimoso Sebastián mientras la acercaba a sí.

—Sebastián, por favor, necesito respuestas.

—Y las tendrás, todas las que quieras... pero primero... Ufff, Kate, no puedo estar a tu lado y no hacerte el amor, ¿no crees que ya he esperado bastante? —Volvía a suplicar, a una cada vez más receptiva Kate—. Somos dos supervivientes, a partir de ahora no volveremos a separarnos nunca más, te lo prometo.

Dicho esto acercó su boca a la de ella y la beso con exigencia, con impaciencia. La boca de Sebastián se volvió dura e implacable en la búsqueda de su lengua, era tanta la necesidad que se tenían, que no hubo juegos, ni pruebas gentiles, solo desesperación.

Las caricias parecían estar sin estrenar, parecían recién sacadas de un envoltorio de regalo. Subieron a su habitación, la misma que los acogió la primera vez de él en la casa y casi no tuvieron tiempo de desnudarse, le levantó la falda y allí mismo la tomó con una intensidad desesperada, como si no hubiese un mañana.

Después de esa primera vez, ya con más calma se volvieron a amar y esta vez estuvieron más relajados, las manos de él se movieron con destreza al cierre del sujetador, abriéndolo con facilidad, sujetador y blusa cayeron a la vez. Acarició con las manos aquellos turgentes pechos que tanto anhelaba.

El cuerpo de Kate tembló al notar los dedos de él acariciar los pezones una y otra vez. Kate susurró su nombre, “Sebastian”, sin acento, aquel sonido simplemente lo llenó de un deseo implacable, el estómago se le retorció de deseo.

La necesidad de él, hacía brillar de lujuria los ojos de Kate. Estaba tan hermosa, admiraba Sebastián, era bella por dentro y por fuera, y, lo mejor de todo, era suya. Era pura pasión, era deseo, era un fuego constante y él necesitaba abrasarse en aquel fuego, un fuego que no se consumía por muchas veces que hicieran el amor. Nada parecía ser suficiente para saciar aquellas ansias.

Cuando por fin lograron saciarse, durmieron, o lo intentaron, ya que el resto de la noche la pasaron abrazados y se tocaban para cerciorarse de que estaban juntos, de que aquello no era un sueño.

Bajaron a desayunar, Sebastián había contratado personal de servicio y ya tenían todo preparado en la mesa del comedor. Después del reconfortante desayuno fue cuando llegaron las explicaciones, Sebastián habló por horas, intentando no dejar ningún detalle en el tintero.

Kate lo escuchaba atentamente, tan solo formulando alguna que otra pregunta sobre todo del bebé, ya que no se lo podía sacar de la cabeza. Cuando por fin terminaron las explicaciones ella se quedó pensativa, había sido todo tan rocambolesco que era imposible digerirlo de una vez, creyó que necesitaría tiempo, pero solo fue un pensamiento fugaz, solo hasta que Sebastián habló de nuevo.

—Kate, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó con una rodilla en tierra, como mandaba la tradición y abriendo una cajita con un anillo de compromiso.

—Sí, claro que sí —contestó Kate, incluso antes de darse cuenta de lo que contestaba, y sin apreciar lo valioso del regalo.

Sebastián dejó escapar un suspiro de alivio, estaba seguro de poder convencerla, pero con lo cabezota que era pensó que le iba a costar más. Se levantó, la cogió por la cintura y la elevó como una pluma dando vueltas de felicidad por todo el comedor.

En aquel momento bajaba Rosita con el niño, Sebastián al verlo lo cogió y se lo dio a Kate que estaba encantada de poder abrazarlo, de poder llenarlo de besos, ya que eso es lo que necesitaban los niños según su experiencia.

—¿Ves, Daniel? Te dije que tendrías la mejor madre del mundo —le decía Sebastián al pequeño, que parecía entender todo, ya que empezó a reír de felicidad.

—Tenemos que decírselo a mis hermanas—señaló Kate.

—Desde luego que sí, y poner fecha a la boda.

Cuando llegaron a la pensión los estaban esperando, Sebastián había hecho los arreglos por medio de Fernando, por si no podía convencerla él, que lo ayudasen las dos hermanas y Madie, pero no fue necesario... como diría él después, “la tenía en el bote”.

Las felicitaciones no se hicieron esperar, la boda sería lo antes posible en la capilla del pueblo, hasta la madre de Sebastián dijo que haría hueco en su agenda para estar presente.

—Solo queda un pequeño detalle, mi amor —apuntó Sebastián—. ¿Dónde quieres ir de viaje de novios? ¿Paris? ¿Roma? ¿Venecia? O un tour por todas las ciudades del amor, lo que tú quieras para mí será perfecto.

—Perdón por interrumpir tan románticos planes —bromeó Griselle— del viaje de novios nos encargamos nosotras.

Decía esto mientras blandía en la mano dos reservas de hotel y sonreía cómplice con las otras mujeres de la casa.

—De viaje de novios vais a Granada... pero, a la de España.

Agradecimientos

Quisiera agradecer esta novela en primer lugar a mi familia, que son los que con infinita paciencia soportan mis cambios de humor dependiendo de si la historia fluye o no.

También agradezco a todas mis lectoras y seguidoras y algún lector que me consta lo hay por ahí, ya que sin ellos no sería nadie. Sobre todo agradezco a las chicas del club del café, ya que con sus comentarios y bromas me mantienen con los pies en la tierra. Gracias; Marga Ruíz, Mariona Gómez, Montse Coll y Montse Mascaró. Por último, pero no menos importante, mi querida Silvia Barragán, que soporta mis neuras todos los días. Tampoco puedo dejar de mencionar a dos grandes amigas que me aconsejan y sobre todo, me quieren incondicionalmente; Cristina Nuria y mi querida Mónica Pelegrini.

Otra persona indispensable en estos agradecimientos es mi querida amiga y colega Anna Soler Segura, que ha sido la diseñadora de tan exquisita portada y se ha convertido en mi diseñadora de cabecera, de nuevo te doy las gracias por tu incalculable ayuda y tu inestimable amistad.

También quiero mencionar a tres personas que son muy importantes para mí, ya que ellas me ayudan a dar forma a mis locuras y son mis queridas lectoras Alfa, Ana M^a Gené, María Teresa Domínguez y Vicky Sancho ya que sin ellas mis libros no serían lo que son.